ULTRAVIOLET NIGHT

A.E.G. ANDRADE

A.E.G. ANDRADE

ULTRAVIOLET NIGHT

GRACIAS A MI MAMÁ Y PAPÁ POR SEGUIR APOYANDO TODOS MIS PROYECTOS. SI HAY PERSONAS A LAS QUE NUNCA TERMINARÉ DE AGRADECER TODO LO QUE HAN DADO Y HECHO POR MÍ, SON MI MAMÁ Y PAPÁ.

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES A:

ODALYS REYES HERNÁNDEZ

—PRÓLOGO—

La guerra, la actividad por excelencia del necio, permitida por el ciego, continuada por el sordo y disfrutada por el egoísta, donde la única victoria certera es el de la muerte sobre la humanidad. El mundo siempre ha visto los resultados de la guerra, desde la primera piedra lanzada hacia el otro, estableciéndose como una norma en todas las sociedades, no fue sino hasta la primera de talla mundial que todo sería diferente.

Las tensiones entre los Estados europeos a principios del siglo XX mantenían la atmosfera al borde del conflicto. A pesar de múltiples intentos por establecer una paz en la región, tras la repartición del continente ancestral de África, por las potencias europeas en la Conferencia de Berlín de 1885, las relaciones entre los líderes participantes comenzaron a desestabilizarse. Estallaron múltiples revoluciones alrededor de toda Europa por abandonar los antiguos modos de gobierno para virar a nuevos, como el de la democracia mexicana, provocando enfrentamientos internos, los cuales se creían que se mantendrían como simples problemas domésticos, terminaron siendo la antesala de lo que terminó por devenir en el suceso decisivo para el comienzo del mayor de los conflictos, la madre de todas las guerras, la Gran Guerra Mundial.

El 29-30 de junio de 1914, en la ciudad Sarajevo, del entonces Imperio Austrohúngaro, fue asesinado en plena luz del día, el heredero al trono, el archiduque Franz Ferdinand, a manos de Gravelli Cipnpri, miembro del partido Nacional Libertador, quien tras cometer el homicidio se refugió en el Estado vecino de Serbia. El Imperio Austrohúngaro acusó sin

pruebas a Serbia de haber participado directamente en la muerte del heredero, emitiendo un ultimátum, exigiendo concesiones económicas y territoriales, así como una disculpa oficial por parte de su gobierno.

Serbia desconoció la acusación, ignorando por completo la petición, provocando que el Imperio Austrohúngaro le declarara la guerra el 1 de julio, iniciando inmediatamente un ataque a la ciudad de Belgrado. Ante aquella situación, el último Zar del Imperio Ruso, Nicolas II, bajo un sentimiento de responsabilidad, ordenó el despliegue de tropas imperiales para defender al Estado hermano de Serbia.

El emperador alemán, Guillermo II, al enterarse del conflicto, extendió y prometió un apoyo total al Imperio Austrohúngaro, sabía que una guerra contra el Imperio Ruso era inminente, que debían atacar antes de que el ejército ruso se fortaleciera más, pues era el Estado con mayor crecimiento militar de la época; por lo que le declaró la guerra a este y a Serbia.

Francia, siendo un aliado cercano al Imperio Ruso, declaró la guerra al Imperio Austrohúngaro y a Alemania el 23 de agosto, seguido del Reino Unido, quienes mantenían relaciones multilaterales importantes entre ellos, condenando enérgicamente el ataque como una ofensa directa a ellos también. En Asia del este, China y el Imperio Japones se unieron a la batalla, donde este último, tenía tratados con el Reino Unido y Francia, mientras que China se unió buscando la manera de mejorar su posición ante las potencias europeas, terminar con el periodo de los tratados desiguales impuestos tras su derrota en las dos Guerras del Opio.

Por su parte, el Imperio Turco Otomano decidió aprovechar la situación, declarándole la guerra al Imperio Ruso el 26 de agosto, con el fin de conseguir recuperar territorios en el Cáucaso, y obtener control total del Mar Negro.

En África, se enfrentaron las colonias alemanas, francesas y del Reino Unido, donde a los pocos meses se integraría el Imperio Portugués y el Imperio Español, que al principio se había declarado en calidad de neutral ante el conflicto; no obstante, su estatus cambió cuando Alemania atacó la colonia de Guinea Ecuatorial.

A un año de iniciada la guerra, en 1915, Los Estados Unidos Mexicanos, con el liderazgo del presidente Venustiano Carranza, se pronunció como un Estado aislacionista. México no quería participar en un conflicto armado del otro lado del pacífico, sabía que aquello significaría una gran inversión tanto económica como humana, la cual prefería evitar, enfocándose en la modernización y progreso interno.

La guerra había dejado a su primer millón de muertos, los combates más sangrientos de la historia de la humanidad hasta aquel momento fueron las del frente europeo: La matanza y el asedio de Liege, las 4 batallas de Ypres, la batalla de Tannenberg, y el sitio de Cer. Aunque las contiendas en África y en la región del Medio Oriente también fueron de las más sangrientas, no resultaron en las abrumadoras cantidades de bajas que las libradas en Europa.

Lo que al inicio se creyó que sería una guerra rápida y gloriosa, acabó siendo el escenario perfecto para las pruebas de las capacidades humanas para la destrucción y la muerte. Las batallas se lucharon en trincheras, donde la

ventaja armamentística pertenecía a Alemania, quien usó por primera vez armas y medios nunca antes vistos: torpedos en sus submarinos, zeppelines, gas cloro, aviones con metralletas al frente, entre otros, revolucionando el concepto de guerra, introduciendo a la contienda el uso de algo antes desconocido, las armas químicas.

El conflicto había causado millones de personas afectadas, así como desplazadas, como el éxodo armenio, a raíz del Imperio Turco Otomano, expulsando a miles de armenios, un grupo étnico con el que tenían discrepancias, donde el ejército imperial terminó por asesinar a una gran cantidad de ellos, mientras que los pocos supervivientes se vieron forzados a escapar hacia el frente del Imperio Ruso.

Francia y Reino Unido ofrecieron a los líderes árabes, ayuda para la formación de un Estado Árabe Libre y Autónomo, a cambio de su intervención en el conflicto, consiguiendo así que se unieran en contra del Imperio Turco Otomano, aunque en secreto, se habían reunido miembros de los gobiernos de ambos Estados para acordar la separación y administración del territorio del Imperio Turco Otomano tras su derrota, con el acuerdo Sykes-Picot.

Durante una de las operaciones de bloqueo naval que Alemania sostenía sobre el Reino Unido, dos barcos provenientes de América fueron hundidos por torpedos. En estos se encontraban ciudadanos mexicanos, provocando que la sociedad mexicana reclamara al gobierno para hacer algo al respecto. Carranza se limitó a enviar un mensaje de advertencia a Alemania, pues la política exterior de México estaba cimentada bajo los principios de la resolución pacífica de controversias, la libre autodeterminación de los pueblos y a la no intervención, por lo que, una declaración de guerra

sería algo en contra de sus principios, además de influir negativamente en el proceso interno de modernización.

Chile, Brasil y Argentina, intervinieron en el conflicto cuando uno de los submarinos alemanes había perseguido a un buque de la naval francesa hasta las costas chilenas, donde sufrirían de un ataque, del cual el buque lograría sobrevivir, singlando por las aguas de Argentina hasta llegar a las islas Malvinas, donde finalmente fue destruido, ocasionando daños a la población civil de la isla. Ante esto la armada argentina actuó de inmediato, logrando derribar el submarino alemán.

El suceso marcó la unión entre Chile, Argentina y Brasil, asegurando que el conflicto, de no acabarse con la victoria de la Triple Entente, podía expandirse hacia sus territorios, por lo que debían colaborar para vencer a la Triple Alianza.

Para febrero de 1917, lo que había iniciado como un conflicto entre dos Estados, se había convertido en una guerra de índole global, pues al menos un país de cada continente tenía un bando en el conflicto. El primer bloque, liderado por la Triple Entente, conformado por El Imperio Ruso, Francia, Reino Unido, Serbia, Montenegro, Bélgica, El Imperio Japones, China, Rumanía, Italia, El Imperio Portugués, El Imperio Español, Grecia, Brasil, Chile, Nueva Zelanda y Argentina.

El segundo bloque, liderado por la Triple Alianza, conformado por El Imperio Austrohúngaro, Alemania, El Imperio Turco Otomano y Bulgaria; que, a pesar de ser menos miembros, eran los que habían demostrado una superioridad tanto estratégica como militar-armamentista.

La guerra daría un giro inesperado hacia un sece de hostilidades y construcción de la paz. El 15 de marzo, el Zar Nicolas II es obligado a abdicar por un golpe de estado, perpetuado por la población rusa que estaba cansada de la guerra, que le estaba costando millones de vidas y recursos, no tenían suficientes alimentos para seguir manteniendo tanto a los soldados en el frente como a la población, por lo que se instauró un gobierno provisional. El nuevo gobierno prometió que acabaría con la guerra, pero no con actos diplomáticos, si no con una operación directa sobre la capital alemana.

Esta operación no se llevó a cabo por la guerra civil que se desató al interior, apoyada por Alemania, que quería que se saliera de la contienda. Fue así como el 7 de noviembre, bajo el mando de Vladimir Ilich, mejor conocido como Lenin, se dio una contrarrevolución, tomando el mando del gobierno, proclamando un armisticio, que detendría el frente europeo oriental. A los pocos días, se firmaría el tratado Brest-Litovsk, donde la nueva República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) se retiraba de la guerra, cediendo territorios a Alemania.

Este suceso fue el punto clave para terminar la Gran Guerra Mundial, pues el 5 de abril, con una estabilidad recién recuperada, la RSFSR envió a Feodor Kalanisky, en calidad de secretario de relaciones exteriores, a una misión diplomática en Alaska, para reunirse con su homólogo mexicano, Francisco Mujica, para abordar temas de cooperación económica, cultural, científica y, lo más importante, una mediación en el conflicto para poner fin a la guerra.

La reunión fue todo un éxito, concluyendo en que el presidente Carranza, creara los llamados 15 puntos de

Carranza, que eran pautas que proponía para una nueva reconfiguración del mundo tras el alto al fuego en todos los frentes.

1. Abolición definitiva del colonialismo europeo en África, Asia y América, restituyendo la soberanía a los pueblos subyugados y estableciendo protectorados temporales sólo bajo administración multilateral con fines transitorios y emancipadores.

2. Reconocimiento universal del principio de autodeterminación de los pueblos, incluyendo comunidades indígenas, minorías culturales y naciones sin Estado, quienes tendrán derecho a elegir libremente su forma de gobierno y vinculación internacional.

3. Supresión de la diplomacia secreta. Todos los tratados internacionales deberán ser públicos, supervisados por una Comisión de Transparencia Internacional.

4. Libre comercio y fin de bloqueos económicos unilaterales. Ninguna nación podrá imponer sanciones sin la autorización de un tribunal internacional constituido por miembros imparciales.

5. Desarme general y progresivo, comenzando con las potencias que posean mayores arsenales. Se priorizará el desmantelamiento de armas ofensivas y el fomento de fuerzas armadas de carácter defensivo.

6. Respeto a la integridad territorial de todos los Estados soberanos, especialmente de aquellos que emergen de conflictos bélicos o procesos de descolonización.

7. Reestructuración de Europa sin imposiciones victoriosas. Se fomentarán federaciones libres entre pueblos afines, como alternativa a los imperios fragmentados por la guerra.

8. Autonomía de las naciones eslavas, germánicas y otomanas, garantizando su derecho a formar confederaciones o repúblicas según sus tradiciones culturales y voluntad popular.

9. Reconocimiento de los derechos de los trabajadores y campesinos, promoviendo una carta internacional del trabajo, la tierra y la justicia social, aplicable a todos los Estados firmantes.

10. Creación de corredores de intercambio intercontinental, fomentando la cooperación técnica, científica y educativa entre América, Europa, África, Medio Oriente, Asia y Oceanía sin fines de dominación.

11. Protección de las nacionalidades y culturas amenazadas por asimilación forzosa. Las lenguas, religiones y costumbres locales deberán ser salvaguardadas como patrimonio de la humanidad.

12. Prohibición de la intervención militar extranjera con fines de cambio de régimen. Las transformaciones internas de un país son materia exclusiva de su soberanía nacional.

13. Constitución de una Liga Continental de Naciones Soberanas, orientada a la resolución pacífica de los conflictos, la cooperación entre pueblos y la preservación del equilibrio mundial.

14. Garantía absoluta de la libertad de navegación en mares, ríos y rutas internacionales, salvo restricciones decididas colectivamente por la Liga Continental de Naciones Soberanas.

15. México se compromete a no buscar hegemonía imperial, sino liderazgo moral y diplomático, fundado en los principios de justicia, no intervención, neutralidad activa y solidaridad entre las naciones libres.

Estos 15 puntos fueron entregados junto con una carta de invitación a una reunión entre todos los líderes involucrados para poner fin a la guerra. Los puntos resultaron lo suficientemente interesantes para todos los que decidieron asistir a la reunión, dando un alto al fuego en lo que se congregaban para escuchar las propuestas del presidente mexicano.

Así, se celebró del 6 de marzo al 29 de mayo de 1917 la Conferencia Internacional de Xochicalco para la Reestructuración de la Paz Global, en Xochicalco, Estado de Morelos, México. En este macro evento, además de contar con la presencia mediadora de México, también estaba el Consejo Supremo de Potencias Neutrales, organismo creado por los Estados neutrales al medio año de iniciada la Gran Guerra Mundial.

La conferencia fue considerada como el mayor éxito diplomático de la historia de la humanidad, debido a que no sólo marcó la forma en la que la guerra terminaría, sino que se abordaron los planes de reconstrucción de los Estados afectados, y la creación de un organismo internacional para

garantizar la prevención de otro conflicto de índole mundial, y mediar cualquier disputa por la vía diplomática.

Al día siguiente de la conferencia, el 30 de mayo de 1917, se firmó en el Ex Convento de Santiago Tlatelolco, Ciudad de México, ante las delegaciones de 43 naciones, el Tratado de Tlatelolco.

"En nombre de la justicia, la reconstrucción de la humanidad y el respeto a la soberanía de las naciones, los Estados firmantes de este tratado declaran solemnemente el fin formal de las hostilidades globales que sacudieron al mundo entre 1914 y 1917. Reconociendo el sufrimiento de los pueblos, el colapso de los imperios tradicionales y la necesidad de una nueva estructura multilateral basada en la equidad y la cooperación. Esta paz no nace del rencor de los vencedores ni de la humillación de los vencidos, sino del entendimiento de que la guerra ha demostrado el fracaso del viejo orden y la urgencia de una nueva era.

Convocados bajo el liderazgo diplomático de los Estados Unidos Mexicanos, y a través de los principios proclamados por el presidente Venustiano Carranza Garza en sus 15 Puntos de Xochicalco, las naciones firmantes acuerdan lo siguiente:

Principales Cláusulas del Tratado de Tlatelolco

1. Rendición total y simultánea de frentes:

Todas las fuerzas militares activas en los frentes de Europa, Asia, África y el Pacífico cesarán sus operaciones en un plazo no mayor a 15 días desde la ratificación del presente tratado. Los comandantes en jefe de los ejércitos aliados y centrales deberán ordenar la rendición táctica inmediata y coordinar la retirada ordenada de tropas a través de los Comités Mixtos

de Desmilitarización establecidos por la delegación mexicana.

2. Retirada general de tropas extranjeras:

Todos los ejércitos ocupantes deberán replegarse a sus territorios de origen antes del 1 de septiembre de 1919. Se priorizará el retorno de soldados a sus hogares, con garantías humanitarias, médicas y legales, sin represalias ni procesos penales por participación activa en la guerra.

3. Desarme parcial y controlado:

Todas las potencias firmantes se comprometen a reducir en un 50% sus fuerzas armadas en un periodo de dos años, bajo supervisión de la futura Liga Continental de Naciones Soberanas (LCNS). Se prohíbe la fabricación de armas químicas y biológicas, y se destruirán todos los arsenales de guerra considerados de carácter ofensivo.

4. Reconstrucción de Estados afectados:

Los Estados devastados por la guerra (Bélgica, Serbia, Polonia, Francia, el Imperio Otomano, entre otros) recibirán apoyo técnico y financiero de un Fondo Internacional de Reconstrucción, coordinado desde la ciudad puerto de Veracruz, México, por delegados temporales de la Comisión Provisional de la LCNS.

5. Reconocimiento mutuo y reintegración de potencias centrales:

Alemania, Austria-Hungría, el Imperio Otomano y Bulgaria serán reconocidos como miembros plenos del nuevo orden mundial. Se les garantizará su integridad territorial, con ajustes limitados y negociados caso por caso, respetando la autodeterminación de las comunidades internas.

6. Disolución de todas las colonias con el fin de una autodeterminación:

Las potencias coloniales deberán presentar planes de descolonización o federalización en un plazo máximo de 5 años. Las colonias africanas, asiáticas y del Medio Oriente serán puestas bajo tutela multilateral hasta alcanzar autonomía plena.

7. Creación de la Liga Continental de Naciones Soberanas (LCNS):

Se establece la LCNS como organismo permanente para la resolución pacífica de conflictos, la cooperación internacional, la fiscalización del comercio, y la promoción del bienestar de los pueblos.

La sede permanente será construida en la ciudad portuaria de Veracruz, México, sobre un diseño arquitectónico que simbolice la unidad continental y la justicia multilateral.

La Liga entrará en funcionamiento el 28 de mayo de 1918, al cumplirse un año de la firma de este tratado.

Cada nación tendrá derecho a voz y voto. Las decisiones vinculantes requerirán mayoría calificada de dos tercios.

8. Declaración Universal de Derechos Soberanos de los Pueblos:

Se promulga una declaración anexa que establece el derecho inalienable de toda nación a:

- Gobernarse a sí misma sin intervención extranjera.
- Proteger sus culturas, lenguas y religiones.
- Tener acceso justo a los recursos naturales globales.
- Recibir apoyo humanitario y técnico en caso de crisis.

Cláusulas Finales:

Este tratado reemplaza a cualquier acuerdo secreto o bilateral firmado antes del 30 de mayo de 1917. Todos los firmantes se comprometen a no recurrir a la guerra como medio legítimo de resolución de disputas".

Tras el fin de la guerra y con la reconstrucción de los Estados afectados por esta, se crearon nuevas organizaciones y organismos internacionales con objetivos de colaboración y cooperación mutua entre todos los países, entre los más destacados fueron los siguientes:

Organismo Internacional de Cooperación Energética – OICE

Fundado en la ciudad cede principal de Caracas, Venezuela, el 8 de diciembre de 1921, con el objetivo de garantizar el

acceso equitativo, soberano y sustentable a las fuentes de energía para todos los Estados miembros, reduciendo la dependencia de un sólo bloque o actor, y fomentando la exploración, desarrollo e intercambio de energías fósiles, hidráulicas y emergentes bajo supervisión multilateral.

Consejo Internacional de Mentes Avanzadas – CIMA

Fundado en la ciudad de Heidelberg, Alemania, el 10 de enero de 1922, con el objetivo de unificar y fomentar la investigación científica en el campo de la medicina, física, biología, química, ciencias sociales y filosofía bajo principios de cooperación y no apropiación monopólica del conocimiento.

Organismo Internacional de Cooperación en Tecnología y Usos Técnicos – OICUT

Fundado en la ciudad cede principal de Kyoto, Imperio Japones, el 8 de abril de 1930, con el objetivo de impulsar el desarrollo tecnológico justo, no colonial y compartido entre las naciones del mundo, asegurando que el acceso al progreso técnico no reproduzca relaciones de dependencia ni hegemonía industrial.

La suscripción de países incrementó al paso de los años, todos los Estados querían un lugar dentro de la LCNS, terminando así en cuestión de 10 años, en la cantidad de 110 miembros. De esta forma la humanidad avanzó a pasos sorprendentes.

En **1935** desarrollaron los primeros aeroplanos de vuelo trasatlántico multitripulado.

En **1939** se evitó una crisis mundial gracias a la colaboración bancaria y por el Consejo Económico Transcontinental.

En **1940** se instauró el primer laboratorio y centro de investigación de fusión nuclear controlada.

En **1950** se creó la Red Intercontinental de Datos e Información (RIDI).

En **1952** se pusieron en órbita los primeros satélites artificiales de telecomunicaciones y de RIDI "Sputnik-V" y el "Coatl-1".

En **1955** llegó el primer ser humano a la superficie de la luna, la Dra. Hideki Terescova, pronunciando la frase historíca: "Este primer paso no es en otro planeta, pero sí es el primero alcanzarlo".

En **1960** se instauró la Estación Espacial Internacional (EEI).

En **1962** se instauró la primera base internacional de investigación en la luna (LUN-5).

En **1970** se creó la primera cede de la Universidad Global de la Humanidad, en la ciudad de Shanghái, China.

En **1980** se consiguió el uso doméstico de dispositivos alimentados a base de energía nuclear limpia y no residual.

En **1990** se creó el Centro de Investigaciones Mundial para la Recuperación del Ártico (CMRA).

En el **2000** se construyó el primer acelerador de partículas en el mundo, resultando en un logro y progreso sin precedentes.

La humanidad vivió años de gloria dorada, bajo el amanecer de un mañana prometedor para todos. Ya no existían diferencias, se cambiaron por metas conjuntas, los Estados que antes estaban en constante conflicto, habían

aceptado su pasado, decidiendo que este no les arruinaría su futuro, llevando a todas las sociedades a una de las mejores etapas de la historia, conocida como la “Era del Mundo Compartido”.

La gente vivía de maravilla, el medio ambiente gozaba de una increíble estabilidad, los eventos intra y extraculturales eran los más bellos. Los libros de historia terminaron el capítulo de los conflictos con la Gran Guerra Mundial, dejando sólo registro de lo que esta fue en su momento, miles de lugares destruidos, millones de muertes, las vidas de todas las personas fueron transformadas, y el mundo, el mundo nunca volvió a ser el mismo. Fue así como se puso fin al conflicto bélico más sangriento y devastador de la historia de humanidad, al menos el perpetrado por individuos de la misma raza.

ULTRAVIOLET NIGTH

I—LA PRIMERA NOCHE—I

El martes 24 de septiembre del 2002, luego de años de ensayos y preparación, se activarían de manera simultánea los 7 aceleradores de partículas de la tierra, con el propósito de fungir como fuente de energía imperecedera y totalmente limpia por el resto de los días. Estos aparatos se habían estado construyendo durante los últimos dos años, luego del éxito del primero. Su Ubicación fue estratégica, uno por cada continente; el de América, en los Estados Unidos Mexicanos; el de África, en Chad; el de Asia, en China; el de Europa, en Austria; el de Oceanía, en Papúa Nueva Guinea; el de la Antártida, liderado por el equipo de Noruega, y finalmente el de la Estación Espacial Internacional (EEI), bajo la dirección de Bharat.

Un pequeño Iltar, de escasos 10 años, llegó de la escuela, apresurado para poder presenciar en compañía de su familia el momento tan anunciado por la comunidad internacional, la activación de los aceleradores de partículas, el inicio de una nueva era para la humanidad.

Tan pronto abrió la puerta de su casa, dejó caer su mochila a un costado de la puerta principal, se dirigió con prisa hacia su habitación, gritando "¡mamá, ya llegué!", para anunciar su llegada.

—¡Mamá, ya llegué!— gritó Iltar, lanzando la mochila al suelo con la emoción vibrando en cada célula de su pequeño cuerpo.

—¡En tu cuarto están tus pantalones cómodos, mi amor! ¡Cámbiate antes de venir!— La voz de su madre vino desde la cocina, como un eco familiar que llevaba años envolviéndolo en seguridad.

Iltar obedeció como si estuviera en una carrera contra el tiempo. Se cambió a toda prisa, los calcetines mal puestos, el suéter al revés, sus pensamientos no podían detenerse, no podía dejar de pensar en las mil y una cosa que llegarían en un futuro tras el encendido de los aceleradores de partículas.

Faltaban unos escasos 2 minutos, minutos para hacer historia. Corrió a la cocina, sus mejillas rojas, la respiración acelerada, se plantó frente a su madre, quien removía una olla con salsa caliente.

—¡Mamá, mamá!, ¡deja eso ya, es casi la hora! ¡Corre, están por encenderlos!—

Su madre lo miró con ternura y una pizca de resignación. Apagó la estufa sin decir una palabra y se dirigió con él a la sala. En casa ya sabían lo importante que era ese momento, Iltar había marcado los días en el calendario desde que fueron de visita a su escuela, miembros del OICUT, para contarles acerca del ambicioso y prometedor proyecto.

En la sala, sus dos hermanas mayores, Sofía y Luz, estaban sentadas, listas para presenciar en familia el tan anunciado día. Sofía, realizaba un collage en su libreta para su reporte de la escuela, y Luz ojeaba una revista de S-pop sin prestarle mucha atención, pero incluso ellas sabían que algo grande estaba por ocurrir.

El televisor, de esos con marco gris y altavoces grandes y rugosos, ubicados a los costados, ya estaba encendido. En la pantalla, una presentadora hablaba con

solemnidad mientras un contador digital descendía en números rojos.

“00:00:39

00:00:38

00:00:37

...”

Iltar se sentó en el suelo, sobre la alfombra de la sala, con los ojos muy abiertos, llenos de emoción y con el corazón bombeando como si estuviese por enfrentarse a su peor miedo. Su madre se sentó detrás de él, y le acarició el cabello, intentando calmarlo.

—Ya casi, mi amor— susurró.

En ese momento, todo el mundo guardó silencio. La transmisión era simultanea para todos los países, mostrando el acelerador de partículas de su continente, con la vista reducida en una esquina del resto de los equipos. El momento se sintió muy pesado, como si el planeta entero estuviese conteniendo la respiración, expectante ante el resultado, pues no se sabía que es lo que sucedería, nadie realmente lo sabía, tan sólo se podía especular y esperar uno de los dos posibles resultados, que funcionara o que fracasara.

Las cámaras enfocaban las distintas instalaciones, todas listas para activarlos al mismo tiempo, entonces, la voz de un científico, con acento francés, rompió la quietud.

—Activación en 3…2…1…—

El mundo guardó silencio por primera vez, escuchando atentamente y observando meticulosamente,

cada instante. Se bajaron los interruptores y se presionaron los botones, y, entonces, nada.

Ni un temblor, ni una chispa, vibración, sonido, nada, simplemente nada. El contador llegó a cero, todos activaron los aceleradores al unísono, terminando con la espera, mostrando nada. El silencio se volvió más espeso, la pantalla dividida mostraba rostros de científicos mirándose unos a otros con la confusión tatuada en la frente. Algunos revisaban terminales, otros hablaban por radios.

Las presentadoras en los estudios no sabían si continuar hablando o simplemente quedarse allí, congeladas, en espera de alguna noticia, de una explicación.

—¿Para eso tanto alboroto?, ¿para nada?— preguntó Sofía, frunciendo el ceño.

—Shhh, espérate.— susurró su madre, como si temiera espantar el momento.

Tras varios minutos de incertidumbre, el equipo de la EEI realizó la primera llamada entre las estaciones, quienes consternados preguntaron si habían tenido alguna clase de éxito, pues eran también, por su ubicación, quienes no podían sintonizar en tiempo real las acciones de los otros seis quipos restantes.

—¿Han tenido éxito?— preguntó una mujer con voz grave, como si ocultara algo más que incertidumbre—. No podemos ver los resultados de los otros equipos desde aquí.—

Los presentadores comenzaron a murmurar: “¿Falló?”, “¿era esto lo que debía pasar?”, “¿hubo algún error?”. Nadie entendía el porqué ni siquiera se habían activado, pues todos habían sido puestos a prueba de manera independiente para garantizar su funcionalidad.

Justo cuando el desánimo comenzaba a filtrarse en los rostros de todos, una interferencia crujió en el canal central, una señal desde el lugar más recóndito de la Tierra.

—Aquí la estación de la Antártica. Nuestro acelerador ha comenzado a funcionar. Repito, ¡ha comenzado a funcionar!—

Las personas escucharon sin interferencia el mensaje, mas parecía que nadie reaccionaba a lo informado, hasta que, a los pocos minutos, uno por uno, los otros aceleradores comenzaron a activarse.

—¡México, confirmando funcionamiento!—

—¡China, activado!—

—¡Papúa Nueva Guinea, operando!—

—¡Chad, estable y corriendo!—

—¡Estación Espacial Internacional, comenzamos a recibir datos!—

Iltar brincó de repente, alzando los brazos, como si hubiese vencido al mismísimo universo.

—¡Se logró, mamá!, ¡se logró! ¡Vamos a tener carros voladores y ciudades bajo el mar, así como en las películas!—

—Sí, mi amor. Lo lograron.— soltó una pequeña risa, abrazándolo con fuerza, contagiada por su inocente alegría.

—Ya ves, Sofí, sólo teníamos que esperar un poco.— le respondió Luz.

—Se estaba tardando.— respondió tratando de ocultar su asombro.

La televisión mostraba escenas de júbilo, el mundo estalló en felicidad, todas las personas abrazándose, fuegos artificiales improvisados, reporteros llorando de la emoción, todas las personas celebraron como si por fin hubiesen cruzado una puerta invisible hacia lo imposible.

Por desgracia esa alegría universal se vio brutalmente mutilada de repente por una voz seca y temblorosa que irrumpió en la transmisión como un cuchillo.

—Aquí la EEI...nuestro acelerador...se ha detenido..— dijo un científico, consternado, confundido.

Los rostros en los monitores cambiaron de un momento a otro, mostrando un pálido y seco miedo, devenido de aquel inesperado mensaje. En la EEI, las cámaras enfocaban a tres personas flotando, mirando fijamente una consola que sólo marcaba una palabra en rojo: “ERROR”.

La palabra quedó suspendida en la pantalla por un instante antes de desaparecer para siempre. A los pocos segundos de perder contacto con la Estación Espacial Internacional, el mensaje llegó desde el confín helado del planeta.

—Nuestro acelerador también se ha detenido— informó el equipo en la Antártida, con voz seca y vacía.

Le siguieron el resto. África, Oceanía, Asia, Europa, y finalmente, el último en desactivarse, el de América. Iltar dejó de sonreír al ver cómo se apagaba el acelerador, sus hermanas, al igual que él, no sabían cómo reaccionar, y su madre sólo frunció el ceño, expresando extrañeza, sin entender el porqué se apagaron todos.

Los presentadores no sabían que decir, miraban sus papeles, sus celulares, sus monitores, buscando una

explicación, mas no encontraron ninguna, al menos no satisfactoria.

Y entonces, de la nada, las luces de la casa titilaron por un instante, para después apagarse. El televisor murió, su viejo refrigerador dejó de zumbar; los autos en la calle, que se habían detenido en seco tras el colapso de las telecomunicaciones, se convirtieron en bloques inmóviles de metal.

Un apagón total, inmediato, irreversible se hizo presente en todo el mundo. El silencio eléctrico barrió el planeta como una ola negra, desactivando todo a su paso, desde el más simple reloj digital hasta los sistemas más sofisticados de defensa global; ningún aparato electrónico sobrevivió. La humanidad, que hasta ese día vivía conectada por millones de hilos invisibles, quedó ciega, muda y sorda.

El mundo se dividió en dos, aquellos que gozaban de la luz del día, y aquellos que tuvieron que vivir las peores primeras horas en completa oscuridad, siendo la luna su única fuente de apenas una tenue e insuficiente luz.

Iltar vivía en la ciudad capital de México, por lo que él y todas las personas de ese lado de la Tierra fueron afortunados de que el suceso se presentase durante el día, pero incluso con la luz del sol, el caos se apoderó de todas las personas. En calles y avenidas, vehículos detenidos se convirtieron en obstáculos inútiles, la gente salía de sus casas sin rumbo, buscando explicaciones en los rostros de sus vecinos, donde las ciudades se transformaron en ruinas vivientes de confusión y ansiedad.

Iltar y sus hermanas se asustaron por la repentina pérdida de la luz eléctrica, su madre intentó calmarlos, apelando a un suceso completamente normal.

—No pasa nada, todo está bien. Probablemente la estación eléctrica se sobrecargó por el uso excesivo de energía.— musitó más para sí misma que para sus hijos—. Quizás fue sólo un corto.—

Pero ni siquiera ella lo creía, conocía muy bien el funcionamiento de las plantas de energías, por su trabajo, sabía que un fallo por cualquier situación, en las estaciones eléctricas era prácticamente imposible.

Pasaron unos minutos con un sentimiento extraño, hasta que llamarón a la puerta. Era una de sus vecinas, quien le preguntó si tampoco tenían luz, detrás de ella, una multitud desbordada por el pánico. En ese momento nadie sabía si el problema había sido local o internacional, sólo sabían que no tenían ninguna fuente de energía disponible.

Aunque todos los lugares fueron afectados, los hospitales fueron los más castigados y por mucho, pues pacientes dependientes de equipos electrónicos como respiradores fallecieron en cuestión de minutos, y en los quirófanos, operaciones quedaron suspendidas, causando millones de muertes.

Muchos vuelos se quedaron incomunicados con las torres de comunicaciones, ocasionando accidentes fatales, y los pocos que aún no despegaban se enfrentaron al pánico colectivo de la situación. En cualquiera de las situaciones el horror era silencioso, lento y asfixiante.

Durante cinco días, no hubo noticia alguna. Nadie sabía si las naciones seguían existiendo, nadie sabía quién estaba vivo, si había sido un ataque, o algo más. La humanidad entera quedó suspendida en una pausa que parecía no tener fin.

Todo fue así hasta la mañana del domingo 29 de septiembre, cuando se restablecieron las primeras formas de comunicación rudimentarias, radiofrecuencia básica y mensajes en código Morse, métodos con los que algunos centros estratégicos lograron enviar y recibir información, permitiendo una básica, pero efectiva comunicación. Los datos iniciales eran tan inquietantes como incompletos, todos los aceleradores de partículas del planeta se habían detenido al mismo tiempo, al parecer como consecuencia de un fallo masivo, o eso creyeron al principio, aunque la realidad fue mucho peor.

Antes de que pudieran organizar algún tipo de respuesta coordinada, ocurrió lo impensable, la luz desapareció, no había sido la energía eléctrica, sino la propia luz del sol. No fue un eclipse, no fue una tormenta solar, ni nada similar, fue algo que, hasta ese día era imposible.

El mundo entero quedó en completa oscuridad. No importó la hora ni el lugar, desde las costas del Pacífico hasta las tundras del norte, desde las metrópolis más brillantes hasta las aldeas más apartadas, la oscuridad lo cubrió todo, y no una oscuridad natural, sino una absoluta, donde ni siquiera los faroles de petróleo ni las luces más potentes podían vencer.

En una casa cualquiera de ese mundo fracturado, el pequeño Iltar se revolvía en su cama, había despertado confuso pues no podía ver nada. Creyó, con la inocencia de un niño, que aún era de noche, por lo que volvió a cerrar los ojos, y se hubiese quedado dormido de no haber sido por los extraños sonidos que logró escuchar a lo lejos desde su ventana.

Eran gritos lejanos, cristales rotos, y otros ruidos que no logró identificar. Asustado por lo que estaba escuchando saltó de la cama e intentó buscar a su mamá y hermanas, mas no podía ver nada, si quiera sus propias manos, lo único que tenía para guiarse era el recuerdo de su casa y los gritos angustiosos de su madre, quien llamaba a sus hijos por su nombre, uno por uno, desde la oscuridad.

Consiguió llegar hasta su mamá, abrazándola tanto a ella como a sus hermanas. Sofía temblaba sin parar y Luz no dejaba de llorar con los ojos abiertos. Nadie sabía qué estaba pasando.

Su madre intentó calmarlos, consolándolos, diciéndoles que todo estaría bien mientras de fondo se escuchaban los gritos agónicos de decenas de personas sufriendo un destino que no se podían siquiera imaginar.

Permanecieron juntos todo el día soportando los gritos y ruidos del exterior, hasta que eventualmente se quedaron dormidos sobre el rebozo de su madre. Así llegó el amanecer del día siguiente, ella fue la primera en notarlo con la claridad del sol entrando por las ventanas de su hogar, los sonidos del exterior se habían extinguido horas antes, dejando todo en un perturbador silencio.

Despertó a los niños, y les pidió que no salieran de la sala, y con una mezcla de esperanza y temor, se levantó y caminó hasta la puerta principal, donde se detuvo con su mano sobre la perilla, pensando si debería o no abrir la puerta para ver lo ocurrido al exterior. Iltar no obedeció la orden de su mamá, y superado por la curiosidad, o quizás la necesidad de saber, qué era lo que había ocurrido lo llevó a seguirla sin que ella lo notara.

Clara respiró hondo, giró la perilla, fue jalando lentamente hacia sí la puerta, cuando de repente soltó un fuerte grito, llevando sus manos a su boca, y dejando la entrada completamente abierta.

La calle había desaparecido bajo un océano de sangre, las paredes, árboles, techos, coches, todo estaba cubierto con vísceras y restos de lo que habían sido en vida personas, sus vecinas, conocidas, amigas. Por donde viese se encontraba con piernas solas colgando de los cables del tendido eléctrico, ojos arrancados pegados en los postes de luz, y cabezas aún con expresión de súplica, flotando en un charco rojo espeso.

Iltar, quien siguió a su mamá lo vio todo, grabando en su memoria un paisaje repleto de escenas que su mente no podía procesar. Clara dio dos pasos hacia atrás, topándose con su hijo, que al verlo lo abrazó al instante, cubriéndole la vista, intentando borrar de su mente todo aquello.

“No mires, Iltar. No mires”, dijo consolándolo, pero era demasiado tarde. Iltar, había entendido algo que muchos adultos no querían admitir, el mundo no volvería a ser como antes.

Los días pasaron, uno tras otro, como hojas que se desprendían de un calendario que ya no tenía sentido. Nadie sabía con certeza qué había ocurrido aquel fatídico domingo, y lo más inquietante fue comprender que ese día no había sido un evento aislado sino el inicio de un ciclo sin fin aparente.

Cada domingo, sin falta, la oscuridad regresaba, y con ella, las criaturas. Los gobiernos, desprovistos de tecnología funcional y enfrentándose al colapso global, no pudieron ofrecer respuestas, lo único que lograron fue organizar

estrategias básicas de supervivencia. Emitieron comunicados a través de radios de onda corta, panfletos impresos a mano, carteles en plazas públicas y transmisiones esporádicas con generadores solares: “No salgan de casa los domingos, no abran ventanas, no enciendan luces, procuren tener comida, baterías, agua, medicamentos. Refúgiense. Sobrevivan”.

La humanidad aprendió rápido, no por obediencia, sino por necesidad. Los primeros que ignoraron las advertencias no vivieron para contarlo. Desde entonces, las personas saben que deben estar preparadas para la llegada de cada domingo, pues de no hacerlo, las probabilidades de sobrevivir eran mínimas. Ante lo ocurrido aquel primer día, terminó por conocérsele como “El Domingo Oscuro” y a los próximo como “Los Días Sin Luz”.

Pasó más de un año en esa rutina angustiante, hasta que por fin se descubrieron hechos que ayudaron a comprender mejor la situación. Todo lo vivido desde el primer apagón total fue debido al primer contacto que tuvo la humanidad con vida fuera de este mundo, o, mejor dicho, realidad. cuando todos los colisionadores se detuvieron, desgarraron el espacio-tiempo, creando fracturas en la capa universal en cada una de las locaciones en las que se llevó a cabo la prueba; lo que no sólo ocasionó que el mundo quedase en una oscuridad total, sino que también abrió las puertas a las criaturas nombradas como “Violets”, las cuales fueron las responsables en aquella ocasión de todas las muertes y del posterior caos presente en todo el planeta.

Los Violets, eran invisibles a los ojos humanos, y no de manera metafórica, no por simple ceguera emocional o intelectual, pues físicamente, estaban fuera del espectro visible, y sólo mediante el uso de la luz ultravioleta podían ser detectadas, y sus sonidos, gritos, chillidos, murmullos, o

lo que fuera que fuesen, podían escucharse únicamente si se sintonizaban las frecuencias específicas.

Esta información fue un gran descubrimiento que cambió la forma de enfrentar la amenaza; sin embargo, muchos creyeron que no había forma de luchar, que la humanidad, hundida por su propia soberbia científica y su codicia sin límites, había abierto una puerta que jamás debió de abrirse, y que, a causa de esto, ahora tendría que pagar las consecuencias, pero entonces, llegó una chispa de esperanza.

Años de investigación en conjunto con todos los países, lograron recabar información sobre los Violets que otorgaron conocimiento sobre su naturaleza, patrones en sus desplazamientos, reacciones a distintas frecuencias, respuestas a ciertos químicos, revelando sus puntos débiles, sus zonas vulnerables, e incluso su tipo de piel, que reaccionaba de forma explosiva a la exposición prolongada a altos niveles de lúmenes, niveles específicos de intensidad y pureza, capaz de dañar su biología sin que aún se sepa el porqué.

Por eso sólo aparecían los domingos, cuando el cielo se cubría de tinieblas y las leyes naturales parecían suspenderse, por causa de algo, una fuerza, una distorsión espaciotemporal, que se activaba sin falta ese único día, así pues, lo mismo que les permitía entrar a la dimensión, era también lo que los regresaba, absorbiéndolos al final del día.

Con ese conocimiento la Liga Continental de Naciones Soberanas (LCNS), presentó públicamente al Cuerpo Militar Especial Internacional (CMEI), un ejército sin banderas, sin fronteras, formado por hombres y mujeres de todas las regiones del planeta, seleccionados por sus habilidades únicas, entrenadas en protocolos no

convencionales, armados con tecnología de espectros múltiples y dispositivos de contención diseñados específicamente para combatir a la amenaza mundial de los Violets; convirtiéndose en la línea de defensa más importante de la humanidad, y aunque no eran infalibles, cada batalla librada, fuese ganada o pérdida aportaba conocimiento, y con ello, un acercamiento a una posible solución.

Algo que no se había logrado descifrar con los estudios, era si las criaturas pertenecían a una especie pensante, con raciocinio, o si simplemente seguían un puro instinto animal de supervivencia. Otra de las cosas que se desconocían era el motivo por el cual los aceleradores de partículas, incluso aquellos desmantelados o destruidos, se encendían sin que nadie los activara, cada domingo, a la misma hora, sincronizándose todos al unisonó, marcando el inicio del Domingo Oscuro, y al apagarse coordinadamente marcaba el fin de este.

Cientos de personas del mundo científico especulaban acerca de estas incógnitas, mas nadie podía ofrecer una respuesta basada en fundamentos comprobables, razonables y lo más importante, lógicos; lo único que se sabía de cierto era que la humanidad vivía atrapada en ciclos de luz y sombra, de miedo y resistencia, mientras los domingos continuaban cobrando víctimas, la frontera entre lo real y lo imposible se desdibujaba cada vez más, provocando una nueva clase de guerra mundial, no con un enemigo humano, sino con una amenaza que era algo más, algo que estaba en un terreno fuera del propio designio humano.

II—RECLUTAMIENTO—II

12 años después del primer contacto, el mundo se había convertido en un lugar asolado por el miedo y la desesperación, donde las personas sabían que debían estar preparadas para la llegada de cada domingo. Muchos lugares quedaron despoblados a raíz de los ataques indiscriminados de los Violets, se formaron grupos religiosos alrededor de ellos, predicando que era la primera de las señales, una trompeta del apocalipsis, que había sonado por el pecado que estaba ahogando a la humanidad; otros grupos buscaban ayudar a aquellos que no tenían posibilidad de salir de sus hogares para antes del domingo, siendo llamados como los grupos de recolectores, aunque todos, sin importar sus objetivos, seguían las indicaciones del CMEI, e idolatraban a sus elementos, viéndolos más allá de simples soldados, dotándolos de una aura cuasi divina, por ser los únicos que se enfrentaban directamente a un enemigo que le superaba por mucho, defendiendo la humanidad y siendo la única línea de defensa real.

Muchas familias perecieron, otras se mudaron a comunidades más alejadas de las ciudades donde yacían los aceleradores de partículas, pues se encontró que los ataques eran más intensos en las zonas más cercanas a estos, por lo que se optó por migraciones a los países más periféricos, aunque, aun así, los avistamientos de los Violets eran reportados en todas partes del mundo.

Otras tantas familias se vieron forzadas a adaptarse, como la de Iltar, donde él fue el único que se quedó en la capital de los Estados Unidos Mexicanos, sus hermanas y mamá decidieron emigrar al sur del país, cerca de la frontera

con la Unión de Repúblicas de la Gran Colombia, con el fin de estar en un lugar más seguro. Iltar no se fue con ellas porque para antes de que siquiera pensaran en marcharse, él había conseguido un buen empleo como ingeniero automotriz en una de las mejores fábricas del mundo, ganando lo suficiente para ser el que mantuviese a su familia.

A pesar de que estaba conforme en su trabajo, y feliz de saber que al menos su familia estaría en un lugar más seguro, nunca dejó de pensar en el objetivo que lo había estado impulsando todos esos años desde aquel primer contacto, unirse a las filas del CMEI, y apoyar en la aniquilación de los Violets.

Había estado esperando la oportunidad para alistarse, hasta que se le presentó. Un día su mamá le platicó que sus hermanas se habían ido de la casa porque ambas conocieron sus parejas, quienes les ofrecieron mudarse a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), siendo de los lugares más seguros del mundo, además de contar con la infraestructura más avanzada en cuanto a la defensa en contra de los Violets, ella no las acompañó por decisión propia, prefirió quedarse en donde se encontraban viviendo. Iltar le dijo a su madre que se mudaría con ella para no dejarla sola y hacerle compañía, mas esta se lo negó, que en donde estaba no había tantas oportunidades de trabajo, y que su puesto era tan bueno como para abandonarlo sólo por ir con ella.

A los pocos meses de aquella conversación con su mamá, la empresa para la que trabajaba abrió una nueva división, una especializada en la construcción y reparación de vehículos para el ejército del CMEI, así como también se dio la oportunidad de que sus trabajadores pudieran unirse a una sección del propio CMEI. Iltar no lo dudó ni por un

minuto, hablando con su jefe para aprovechar la oportunidad que tenía enfrente.

Iltar era de los elementos con mayor antigüedad en la empresa y con los mejores resultados en cuanto a aprovechamiento y rendimiento, por lo que obtuvo una oferta que no pudo rechazar. Se le ofreció un apoyo para poderse integrar a la alineación de la tercera sección del CMEI, en donde en caso de quedar, se le seguiría pagando su sueldo como si aún estuviese en su puesto dentro de la empresa.

En agradecimiento por la oferta, Iltar le garantizó a su jefe que no sólo pasaría el filtro del reclutamiento, sino que también sería el mejor de su sección. Tan pronto como llegó aquel día a su casa, se puso en contacto con su mamá para contarle la noticia. A pesar de que la llamada no era urgente ni para dar una mala noticia, Iltar no dejaba de mirar con cierto temor la pantalla de su viejo teléfono con los dedos tensos y la respiración contenida, como si sostuviera una pequeña bomba entre las manos.

Estaba sentado en el borde de su cama, en su cuarto alquilado de paredes delgadas y luz apenas perceptible. Afuera, el sol se escondía con lentitud, y aunque aún era martes, el aire comenzaba a volverse más denso, como la llegada de cada fin de semana.

Marcó y el tono sonó tres veces antes de que la voz cálida de su madre emergiera, cargada de una ternura que ni el tiempo ni la guerra habían podido erosionar.

—¿Iltar?— dijo, con ese tono suave que usaba cada vez que contestaba el teléfono—. ¿Estás bien, hijo?—

—Hola má, sí, estoy bien. ¿Y tú?, ¿cómo está todo por allá?— se permitió sonreír, cerrando los ojos por un instante.

—Todo está bien también, dentro de lo que cabe. Doña Cleo aún viene cada atardecer para platicar y hacerme compañía, el clima ha estado más fresco que de costumbre, y bueno, los paneles solares del calentador aún siguen fallando, ya llamé al técnico, dice que tiene mucho trabajo y que pasará cuando se desocupe un poco, pero igual logré calentar agua esta mañana. He estado preparando café a la antigüita, con la olla negra que le pertenecía a tu abuela, la que siempre que la usaba me decías que te sabía más a madera que a café.—

Iltar rio por lo bajo, y en esa risa había algo más que nostalgia; había amor, cansancio y culpa de no estar allí con ella.

—Pero má, de verdad ese café sabía a todo menos a lo que debería.— dijo con cariño—. Pero ahora lo extraño, extraño todo.—

Un silencio breve se instaló entre los dos, él sabía que su madre ya sentía que había algo más, algo que, a pesar de aún no decirlo, tenía una idea de lo que podía ser, pues desde que era niño, podía leerle el alma con sólo oírle hablar.

—Hijo, ¿qué pasó?— preguntó sin más.

Iltar miró el suelo, como si ahí estuviera escrita la respuesta correcta, luego levantó la mirada hacia la pequeña ventana que tenía de frente, admirando los últimos rayos del sol.

—Hoy, en el trabajo llegó un supervisor del Comando Civil del Distrito, para informar que se abriría una nueva línea de ensamblaje dentro de la empresa, una dedicada única y exclusivamente para la creación y reparación de vehículos especiales para el CMEI, además de que se abrirá una nueva

sección dentro de este, en la cual podríamos aplicar para formar parte de sus filas.—

—Pero sigues trabajando en la planta de distribución, ¿no?— preguntó sin entender muy bien lo que le había dicho.

—Sí.— respondió rápido para calmarla.

—¿Entonces, hay algo de malo?—

—No, de hecho, mi jefe me hizo una propuesta muy tentadora, me ofreció ayuda en el proceso de reclutamiento en caso de que me interesara, además, si consigo quedar, conservaría el sueldo como si aún estuviera ahí. Me dijo que es parte del convenio con el Ministerio de Protección y que están tratando de convencer a más gente joven, gente con "potencial operativo", y que yo soy de sus mejores hombres dentro de la empresa.—

—¿Y qué le respondiste?— inquirió ella, sin alzar la voz, pero sin ocultar la tensión.

Iltar dudó en decirle, se puso de pie y comenzó a caminar en círculos breves por el cuarto.

—Les dije que lo pensaría, quería hablarlo contigo antes de dar una respuesta, no quiero que te enteres por otra persona si decido aplicar.—

—¿Tú quieres ir?— cuestionó con desconfianza.

—Es una muy buena oferta la que me hizo el jefe, sabes que los miembros del CMEI no ganan mucho y...— fue interrumpido.

—No, no quiero que me digas lo que te dijeron, ya me dijiste la oferta, quiero saber si tú quieres hacerlo, no por lo que signifique, sino porque realmente quieras.—

—No lo sé, sabes que quiero hacer algo útil, quiero entender lo que pasó aquel domingo, mamá. Yo estuve allí. Vi cosas, cosas que nadie más vio, no puedo fingir que no me marcó. No quiero, seguir arreglando simples autos mientras otros enfrentan a lo que acabó con cientos de personas, con nuestros vecinos, amigos, familia.—

—Eras un niño, no había nada que pudieras hacer, no hubo nada que pudiéramos hacer, sólo refugiarnos y sobrevivir.— su voz comenzó a quebrarse.

—Lo sé.— dijo él, tragando saliva—. Pero si puedo hacer algo, si puedo ayudar, aunque sea un poco…tal vez valga la pena.—

Clara tardó en responder, estaba al borde del llanto, no quería que su hijo se enlistara en una guerra que, ante sus ojos, estaba más que perdida. Quería que todos sus hijos vivieran una vida lo más normal posible, pues sabía perfectamente que, por más que lo deseara, nunca podrían tener una como la que ella sí pudo disfrutar.

—Si lo haces…prométeme que no vas a olvidar quién eres, siempre verás por ti primero, no por las demás personas, no te hagas el héroe en un mundo donde son olvidados. Prométeme que vas a cuidarte más que a nadie, no le debes nada al mundo, pues este ya te ha quitado suficiente.—

—Te lo prometo, mamá.— asintió, aunque ella no podía verlo.

—Entonces…haz lo que tengas que hacer, y si llegas a quedar, no me dejes de llamar, aunque no sea todos los días, pero sí por lo menos todos los martes, como hoy, no importa si no es una gran plática de varias horas, mínimo que sean cinco minutos, pero quiero saber de ti, ¿sí?.—

—Sí, no te preocupes, no podría estar tanto tiempo sin saber de ti tampoco, prometo mantenerte informada, como lo he hecho siempre.—

A la mañana siguiente, Iltar despertó antes del primer aviso del reloj, donde apenas y había conseguido pestañar un par de veces. Sus pensamientos lo habían mantenido entre la vigilia, y los recuerdos de aquel domingo no dejaron de repetirse en su memoria, atormentándolo como una espina atorada en el tiempo.

Muchas personas cercanas a él, incluida su familia, habían notado que su comportamiento tras haber visto los horrores del Domingo Negro era inusual, inapropiado para un niño que, a pesar de no crecer en un ambiente como los de antes del suceso, sí resultaba ser preocupante, como si aquello hubiese dejado una mancha imborrable en su persona.

Se le llevó a terapia, parecía mostrar avances en el tratamiento, mas aquellos resultados fueron los que él quería, sabía que, si no mostraba mejora, seguirían intentando hacerlo recuperarse, recuperarse en algo que él no deseaba si quiera olvidar.

Se vistió con su uniforme de trabajo, aún limpio y con la insignia de la fábrica pegada al brazo izquierdo, desayunó algo ligero, salió del edificio y se dirigió con paso veloz al trabajo. El trayecto fue silencioso, las calles seguían respirando ese aire contenido, ese murmullo colectivo de una humanidad que había aprendido a llevar una vida “normal” en un mundo donde de un día a otro, podía ser el último para todos.

Al llegar fue directo a la oficina de su jefe. Golpeó dos veces, y al escuchar el clásico “adelante”, entró con el rostro decidido.

—Ingeniero Salvatierra.— dijo, firme—. He tomado una decisión. Me presentaré al proceso de reclutamiento del CMEI. Gracias por la oportunidad y por haberme recomendado.—

—Excelente noticia, Iltar, sabía que tendrías el valor para aceptarlo. Ten, lleva esto contigo.— le entregó una carpeta sellada—. Es tu expediente técnico, puede que les interese. Tienes que presentarte en el Distrito 7, Sección de Evaluación e Ingreso, antes del mediodía.

—Muchas gracias, señor.—

—Esperamos grandes cosas de ti.—

—Igual yo.—

Sin nada más que hacer, se retiró de la oficina y se puso en marcha hacia el Distrito 7, con una felicidad interior que contrastaba brutalmente con el ambiente general de la población.

El complejo del CMEI en el Distrito 7 era una fortaleza de metal mate, reforzado para soportar grandes explosiones, con sensores de movimiento y lo más característico, largas filas de personas esperando para presentar su solicitud de ingreso para pertenecer al CMEI, en otras palabras, todo parecía estar hecho específicamente para intimidar. La entrada estaba custodiada por soldados con visores ultravioleta, armas de pulso y uniformes austeros, con apenas protección en sus puntos vitales.

Iltar quién había llegado antes del mediodía, tuvo que esperar 2 horas en la primera fila para pasar por el primer filtro, luego, por otra fila donde esperó una hora más para la revisión biométrica, hasta que finalmente, llegó a una sala de espera con otras cincuenta personas, donde algunas parecían listas para la guerra mientras que otras, como él, estaban más cansadas que motivadas.

Tras media hora de espera, una mujer con uniforme gris y actitud imperturbable lo llamó por su nombre.

—Iltar Noren.—

—Sí, soy yo.— respondió enérgicamente.

—Sala de evaluación 2. Sígame, por favor.—

La entrevista duró quince minutos, revisaron sus resultados, comparándolos con parámetros establecidos, revisaron sus reflejos, escanearon su columna, y midieron su exposición a radiación residual. Cuando todo el proceso terminó, le hicieron esperar otros cuarenta minutos antes de recibir el veredicto.

Un hombre uniformado, de rostro inexpresivo, se acercó hasta él, extendiéndole una hoja con el encabezado: “Resultado de la Aptitud General Operativa”.

—Lo siento, hijo, no cumples con los parámetros de integración. No puedes integrarte a nosotros.—

—¿Qué?— dijo consternado.

—Tu índice de compatibilidad neural con las interfaces tácticas es inferior al 62%. Eso te descarta automáticamente del programa CMEI.—

—¿Cómo?— preguntó sin poder creerlo.

—Agradecemos tu interés. Puedes retirarte.—

—¡No!— espetó, subiendo el tono—. ¡Esto es absurdo! ¡Tengo experiencia técnica, condición física, he pasado por varios entrenamientos físicos, conozco las normas de emergencia, lo sé todo, claro que soy apto, tengo que serlo, no puedo ser rechazado!—

—Señor, por favor.— dijo la mujer del módulo de seguridad—. Baje la voz.—

—¡No me van a sacar de aquí como si no sirviera para nada!, ¡no tienen idea de lo que he vivido a manos de esas bestias!, ¡tengo que ayudar a destruirlas a todas!

Sus gritos provocaron que la tensión del lugar aumentara, varios reclutas voltearon a verlo, extrañados por las cosas que exclamaba. La situación llego a tal grado que dos guardias se acercaron con intención de escoltarlo fuera del lugar. Fue entonces cuando una puerta lateral se abrió, y un hombre más alto, de rostro duro y cabello peinado hacia atrás, con insignias que lo identificaban como supervisor, apareció.

—¿Cuál es el problema aquí?—

—Recluta rechazado que se niega a salir, señor.— respondió uno de los guardias.

—Llévenlo a mi oficina. Yo me encargaré de él.—

Iltar fue escoltado hasta el puesto del supervisor. La oficina era amplia, austera, con una ventana blindada, un escritorio al centro, con un monitor que mostraba las cámaras de seguridad de cada región de un cuadrante de las instalaciones. El supervisor se presentó mientras Iltar se sentaba frente a él.

—Teniente Coronel Olvar Hersten, supervisor de la región este del segundo cuadrante del complejo de Evaluación e Ingreso al CMEI.—

—Ingeniero automotriz Iltar Noren. Un placer, Coronel.— estrechó la mano con él.

—He visto casos como el tuyo, Iltar, jóvenes con motivación, algunos incluso con historias de supervivencia, pero esto no es una cruzada personal. Necesitamos gente compatible con los sistemas, no sólo con voluntad.—

—Entonces, ¿ya está decidido todo por un simple porcentaje?, ¿no importa nada más? Coronel, con todo el respeto, tengo todo lo necesario para ser un buen soldado, le pido me dé una oportunidad de demostrarlo.—

El Coronel lo miró unos segundos, luego suspiró.

—Hay una subdivisión que se encarga de soporte técnico de campo, técnicamente formarías parte del CMEI, sólo que no combatirías, brindarías soporte mediante drones, logística, sensores de radiación y demás medios. Dime, ¿eso te interesa?—

Iltar dudó. Aquello era menos de lo que buscaba, menos de lo que sentía que debía hacer.

—No es suficiente.—

—Podría ser tu única opción.— su tono comenzó a endurecerse—. Y si vuelves a causar otro alboroto como el de abajo, te vas a quedar sin nada.—

—¿Y si me niego?—

—Entonces te vas por la puerta con el resto de los rechazados.— respondió tajante.

Iltar se inclinó hacia adelante, dispuesto a protestar, a armar otra discusión si era necesario con tal de que le diesen una oportunidad, pero en ese instante, la tierra vibró.

Un leve sismo se manifestó, dejando a ambos inmóvil ante el inusual movimiento. El Coronel activó una línea de comando y solicitó un informe.

—¿Epicentro y magnitud?—

—Ninguno, señor. No hay actividad sísmica registrada en la región.—

La vibración aumentó, siendo más fuerte, provocando que el escritorio se tambalease y una lámpara se cayera. El movimiento fue tal que se formó una grieta en la esquina del techo de la oficina. De un momento a otro, el techo colapsó con un estruendo seco. Fragmentos de concreto, vigas metálicas y cables cayeron encima de ellos, quienes no tuvieron tiempo de reaccionar.

—¡Despierta! ¡Vamos, carajo, respira!

Al abrir los ojos, vio al Coronel intentando quitar los escombros de su cuerpo, hasta que algo en el lugar llamó su atención, ambos giraron en dirección hacia un agujero en la pared que había dejado el sismo, viendo con miedo en los ojos como lentamente todo se sumía en una completa oscuridad.

—Pero qué mierda…— murmuró el Coronel—. No debería estar pasando esto. No hoy…—

Y entonces, todo se apagó, el cielo, la luz del día, la Tierra y a lo que aún llamaban realidad. Después de unos minutos en completa oscuridad, Iltar no escuchó nada más que su propia respiración, densa y contenida, atrapada en su

garganta. En la oscuridad total, sin un punto de referencia, sin una luz que le diera forma al espacio, su mente se quebró hacia atrás, años atrás, recordó aquella vez de niño, aquel primer contacto.

—No…no otra vez...— musitó para sí mismo.

Sintió que el miedo le atravesaba el pecho como un hierro al rojo vivo. Un chasquido sonó a su lado, interrumpiendo el silencio, un destello azul-violeta rompió la oscuridad, el Coronel había activado una barra luminiscente de luz ultravioleta, dejando ver su rostro iluminado a trazos, cubierto de sudor y polvo.

—Vaya.— dijo entre jadeos, mientras le extendía la barra a Iltar—. Nunca creí que usaría esta mierda.—

Continuó quitando con dificultad un par de vigas torcidas y paneles partidos gruñendo con cada empujón, empapado en sangre ajena y propia, hasta que una alarma chirriante cortó el momento. “Todo personal no militar deberá evacuar a refugios de inmediato. Repetimos: evacuación inmediata. Zona nivel 3 en contención crítica”.

El Coronel se detuvo, y su mirada se tensó, mostrando en ella un miedo que no se esperaría de alguien del ejército.

—Maldita sea…eso no es bueno, nada bueno.— se inclinó y volvió a mover los últimos escombros que atrapaban a Iltar—. Debemos sacarte de aquí ya. Ya casi está, sólo fal...— un golpe seco y brutal interrumpió la frase.

El cuerpo del Coronel fue lanzado por los aires como si de un muñeco de trapo se tratase, estrellándose contra una de las paredes colapsadas del lugar. Un ruido húmedo y cruel llenó el lugar, el supervisor apenas tuvo tiempo de respirar antes de ser alzado, decapitado y desgarrado desde la

coronilla hasta la entrepierna. Sus órganos, aún palpitantes, fueron brutalmente arrancados y succionados por una fuerza invisible, hacia un punto en el que se perdían de vista.

La barra luminiscente de luz ultravioleta que aun sostenía con sus muertas manos reveló brevemente algo más allá de la comprensión, dejó ver una parte de la razón de aquella brutal escena, patas negras, alargadas, recubiertas de una sustancia iridiscente.

Iltar no pudo moverse, sólo pudo observar como el cuerpo sin vida del Coronel poco a poco se iba desvaneciendo en la nada como si nunca hubiese estado ahí, quedando sólo un charco oscuro de sangre vibrando bajo la barra luminiscente.

Los gritos de soldados comenzaron a oírse más cerca, el fuego de armas automáticas resonaba en ecos intermitentes, las decenas de personas que estaban formadas esperando para el registro se habían convertido en simples presas atrapadas en las fauces de un depredador superior.

La criatura una vez terminó con el Coronel, se marchó del lugar, saliendo violentamente por la misma puerta por la que minutos atrás había entrado Iltar. Su respiración era irregular, y su piel reaccionaba con miedo en cada célula de su cuerpo, un miedo que nunca antes había sentido; era cazado por algo que lo superaba en todos los sentidos, y, aun así, algo dentro de él quería rendirse, pero otra voz dentro de sí le decía que no podía quedarse ahí a esperar su muerte.

—Yo puedo.— susurró, luego otra vez, más fuerte—. Yo puedo...—

Con manos que apenas y le respondían, quitó los restos que le impedían moverse. Al reponerse sus piernas

cedieron por un momento, logrando sostenerse con el apoyo de los escombros. Se acercó hasta el charco de sangre y tomó la barra de luz ultravioleta del Coronel, luchando contra un hedor de carne podrida quemada.

No sabía si debía salir por la puerta, pero era eso o arriesgarse a soportar la caída desde el agujero, y en ambos casos, no tenía la certeza de lo que se habría de encontrar después, por lo que terminó por tomar la primera opción y abandonar la oficina.

El pasillo estaba parcialmente derrumbado, lleno de humo y ruidos metálicos. Siguió avanzando, la luz de la barra era lo único que tenía para guiarse, como un faro maldito entre los escombros. La salida principal estaba bloqueada por concreto fracturado y vigas colapsadas; maldijo en silencio, retrocedió, y buscó otra salida.

Un par de metros más adelante encontró un agujero en una pared lateral. Se asomó para ver hacia donde daba el acceso, observando así el gran patio central del complejo, lugar que antes estaba repleto de personas formadas, esperando pasar, se había convertido en el centro de todo el caos.

Explosiones, ráfagas de energía, soldados gritando órdenes mientras disparaban a blancos que por más que lo intentaba no lograba ver, teniendo que imaginarse a muchas de esas cosas desplazándose entre la oscuridad, criaturas a las cuales no podía dar una forma definida, pensadas como errores de la realidad, era el escenario que yacía frente a él.

Sin otra opción de escapar del lugar, atravesó el agujero, entrando justo en el campo de batalla. No caminó ni 2 metros hasta que vio como un soldado cayó cerca de él, su

cuerpo mutilado rebotó contra el suelo, su arma voló hasta caer justo frente a Iltar.

—¡DISPARA!— exclamaron varios soldados a lo lejos tan pronto vieron que el arma estaba a su alcance.

Se agachó con rapidez, como si su vida hubiese dependido del tiempo correcto para hacerlo, tomó el arma del suelo, una carabina de pulso militar, pesada y fría, e intentó apuntar sin objetivo a la vista.

—¡DISPARA YA, MALDITA SEA!—

Iltar apuntó, o intentó hacerlo, llevó su dedo al gatillo y cuando creyó que este tiraría del gatillo por simple inercia, se dio cuenta de que no podría. No reaccionó, no pudo, su cuerpo no respondía, el miedo lo inmovilizó de golpe, dejando sólo un cuerpo que no paraba de temblar y sudar.

En ese instante, un proyectil sonó, el impacto retumbó a centímetros de su oído. La cabeza de una criatura invisible que quedó parcialmente revelada por la luz ultravioleta que traía consigo, explotó a su lado, cubriendo por completo la parte izquierda de su rostro con la sangre de un Violet.

Aturdido, cayó de rodillas, perdiendo por un momento la visibilidad en su ojo a causa de la sangre. Aunque pudo haber reaccionado al momento, limpiándose la cara, su parálisis no le dejó si quiera que sus músculos actuaran por instinto, dejándolo vulnerable en medio de un campo de guerra.

—¡MUÉVETE, AL REFUGIO!— gritó un soldado sujetándolo del brazo con fuerza, mientras corría al refugio, desplegando una lluvia de balas a su alrededor.

-II-

El trayecto hasta el refugio fue un breve vistazo del vivo infierno ante los ojos vacíos de Iltar. Todo el tramo que tuvieron que atravesar entre la metralla, estaba sumido en una densa oscuridad, apenas interrumpida por los fogonazos intermitentes de las armas de fuego. Cada estallido de luz dejaba ver un instante congelado del horror, un cuerpo mutilado contra una pared, una pierna solitaria bajo una lámpara rota, sangre oscura corriendo por los paneles metálicos como raíces vivas, todo acompañado de un olor que era ácido, denso, mezcla de carne quemada, ozono y algo desconocido.

—¡SÓLO TENÍAS QUE TIRAR DEL PUTO GATILLO, ERA ESO Y YA!— exclamó el soldado que lo llevaba, mientras lo empujaba con fuerza hacia la compuerta del refugio.

Cerca del final del recorrido se abrieron dos grandes puertas como una mandíbula oxidada, soltando un chasquido húmedo. Era la entrada del mejor lugar para resguardarse ante un suceso como ese, uno inesperado y mortífero.

Antes de que Iltar pudiese llegar hasta la entrada, el soldado lo arrojó adentro del lugar con una increíble fuerza. Iltar cayó por el empujón quedando en el suelo rodeado de una gran multitud de personas que yacían resguardadas en aquel lugar. El refugio en cuestión era una gran cámara rectangular, de muros metálicos y sin ventanas, iluminada sólo por la luz de emergencia, un tenue resplandor rojizo que no bastaba para distinguir bien nada alrededor, ni siquiera los rostros.

El lugar tenía una fuerte mezcla de olores, sudor, orina, sangre, miedo. Había cientos de personas, hacinadas; desde personal civil, técnicos, asistentes administrativos, y

algunas personas con batas manchadas, otros cubiertos de polvo y ceniza. Un par de niños lloraban en silencio bajo las faldas de sus madres, temiendo por sus vidas, y rezando porque todo terminase rápido. Unos pocos soldados de rango menor estaban allí también, sin los trajes completos que usaban los del frente, con apenas chalecos antibalas y armas tan pequeñas e insignificantes a comparación de las de los elementos del exterior, que apretaban con manos temblorosas.

Iltar al reponerse se dejó caer contra una pared, intentando controlar su respiración que era más que irregular, como si estuviese hiperventilando, al borde de un ataque fulminante. En sus manos aún sostenía la barra luminiscente, y el arma descansaba sobre su regazo. El calor de la sangre del Violet seguía impregnado en su cara, seca y algo pegajosa.

Las horas pasaron lentamente, nadie hablaba, sólo se escuchaban lamentos, rezos, y el zumbido de la energía auxiliar, acompañado del crujir ocasional de la estructura que parecía sufrir también.

"¿Por qué no pude jalar el gatillo?, ¿por qué me quedé completamente paralizado?, ¡¿por qué?!", se decía a sí mismo una y otra vez, regañándose, juzgándose, castigándose. E incluso en ese momento de más seguridad y tranquilidad, no pensó en limpiarse la sangre del rostro, quizá no le importaba, o tal vez era para él un recordatorio de su humillante reacción ante el peligro.

Las puertas del refugio se abrieron con un silbido metálico, emergiendo del exterior una figura con un uniforme de cuerpo completo que se plantó en el umbral.

—Ya es seguro, evacúen de inmediato.— ordenó con una voz que sonaba metálica a través del amplificador del traje.

Las personas no tardaron en comenzar a salir una a una, donde Iltar fue el último en ponerse de pie y abandonar el refugio. Al cruzar por la salida, el soldado que había dado la orden lo detuvo con la mirada.

—Oye, chico, ¿estás bien?— preguntó con una mezcla de curiosidad y sospecha, atraído por la mancha que logró reconocer, sabía que no era suciedad, ni ceniza, conocía muy bien la sangre del enemigo.

Antes de que pudiera decir nada, otro soldado se acercó, aquel que lo había salvado; diferenciado por su casco que era diferente, más sólido, y con marcas a los costados como números de rallas y diagonales tallados sobre su superficie.

—¡Seage!, ¿¡qué carajo haces!? Nos están esperando en el hangar.— exclamó.

—Dame un momento.— respondió sin dejar de mirar a Iltar—. Creo que debemos llevarnos a este.—

—¿A esa puta marica?, no creo que sirva ni como carne de cañón— replicó Bravo, con una risa seca—. Con suerte y conseguirás que hable.—

—No le digas así.— gruñó Seage.

—¿Por qué no?, sí es el cobarde que te dije que había salvado. Tenía la oportunidad de matar a uno de frente y no hizo una mierda, tuve que salvarle el culo porque él no iba a hacerlo.—

Seage se volvió hacia él, con una dureza nueva en la voz.

—Mejor ya ciérralo, Bravo. Sin visor, no tenía forma de saber dónde estaba el maldito.—

—Tsss, dale, como sea.— bufó Bravo, encogiéndose de hombros—. Igual se llevó un recuerdito.—

Seage asintió, y miró el rostro de Iltar, notando como sus ojos estaban perdidos entre el trauma de lo acaecido.

—Tenemos que llevarlo con el equipo médico del Dr. Sostakovish. No sabemos qué reacciones pueda tener a la sangre.—

—Como quieras, pero si se orina encima, tú lo limpias.— resopló Bravo, antes de alejarse.

Seage lo tomó del hombro con firmeza y lo guio hacia el punto de extracción. Iltar no dijo nada, se quedó en silencio mientras avanzaban rumbo al punto de reunión, apreciando con horror los resultados de la batalla; techos colapsados, cuerpos calcinados, trozos de metal fundido, charcos enteros formados de sangre que reflejaban la tenue luz como espejos rotos, y en una esquina, un brazo clavado que aún sostenía una linterna encendida. El silencio era cuasi total, salvo por el eco lejano de los motores de los helicópteros que les esperaban.

Iltar vio el mundo que lo rodeaba exactamente como lo recordaba en aquella primera vez, dándose cuenta de que nada había cambiado realmente, que pudieron haber pasado 30 años y los resultados de cada encuentro seguirían siendo los mismos.

Llegaron hasta el sitio acordado, donde un pelotón los esperaba junto a una plataforma de aterrizaje improvisada. Un soldado se acercó a Seage, hablaron en voz baja, donde Iltar sólo alcanzó a escuchar: “El supervisor murió en el

colapso. No hubo tiempo de salvarlo”. Seage bajó la mirada por un segundo, retomando después el camino sin detenerse.

La total oscuridad se había terminado, dejando sólo la noche propia de la luna. El helicóptero descendió con un estruendo que hizo vibrar los metales de la base, las luces giratorias cortaban la niebla oscura del ambiente, proyectando sombras de los soldados como espectros armados.

—Vamos, sube.— dijo Seage.

Iltar se subió sin decir palabra alguna, sentándose al fondo, entre dos soldados que no lo miraron. Las hélices golpeaban el aire como látigos de fuego, y mientras el helicóptero ascendía, Iltar contempló las ruinas de lo que antes era el complejo de Evaluación e Ingreso del CMEI.

Mientras se alejaban del lugar, Iltar no pudo pensar en otra cosa que no fuese lo sucedido, formulando preguntas que parecían no tener respuesta, mas lo único que tenía claro en aquel momento de incertidumbre era que, a partir de entonces, las cosas no volverían a ser como lo eran antes.

III—SEGUNDA OPORTUNIDAD—III

Dentro del helicóptero el espacio era estrecho, metálico, apenas iluminado por unas pocos haces de luz de las luces artificiales que lanzaban destellos tenues sobre los rostros serios de los soldados. Todos estaban sentados, firmes, con las armas entre las piernas, el fusil aún humeante en algunos, la sangre aún fresca en muchos trajes. Afuera, a través de las ventanillas pequeñas y reforzadas, no se veía más que una noche cerrada, rota ocasionalmente por el reflejo de incendios lejanos.

Seage, aún con casco puesto, se giró hacia Iltar, que permanecía en silencio, sentado junto a la compuerta trasera. Le lanzó un trapo húmedo, empapado para que pudiese secarse la sangre del rostro.

—Toma, límpiate esa porquería de la cara.— dijo sin más.

Iltar recibió el trapo con manos temblorosas, y empezó a frotarse con fuerza toda la parte izquierda de su rostro, donde la sangre de la criatura le había salpicado. Por más que lo intentó, el líquido oscuro no se movía, era espeso, denso, casi seco, insistió con más fuerza, restregando con los nudillos incluso, hasta que la sangre, en lugar de irse, pareció hundirse en su piel. En cuestión de segundos, se volvió indistinguible del tono natural de su rostro, como si esta se hubiese mimetizado.

—¿Qué demonios?— murmuró.

—Así está mejor. No queremos que alarmes al equipo del Dr. Sostakovish con tu cara cubierta de esa cosa.— dijo pensando que se había limpiado la sangre.

Iltar no dijo nada al respecto.

—¿Cuál es tu nombre hijo?—

—Iltar. Iltar Noren, señor.—

—Dime, ¿qué es lo que hacías en el centro de reclutamiento?—

—Fui a presentar mi solicitud de ingreso para formar parte de la nueva división del CMEI.— guardó silencio por unos minutos—. Fui abordado por el Teniente Coronel Olvar Hersten, el supervisor de la región este del segundo cuadrante del complejo, o bueno, el que era. Vi cómo fue brutalmente asesinado por una de esas cosas; no pude hacer nada, quedé atrapado bajo escombros luego del terremoto que sacudió el lugar.

—Ya veo, con que eso fue lo que le pasó al supervisor. Bueno, yo soy Seage, Líder del pelotón 300; ese otro...— observó a su compañero—. Individuo, Bravo, es el líder del 299.—

—Es un honor, Líder Seage. Le agradezco su intervención, de no haber sido por ustedes, es probable que hubiese compartido el mismo destino que el Coronel.—

—En realidad nosotros nos encontrábamos en el lugar desde el principio, fuimos los encargados de calificar a los nuevos candidatos, verificando el desempeño físico, mental y táctico, éramos una especie de jueces. Después sentimos el movimiento sísmico, nos alistamos, y salimos al patio central para ver qué era lo que estaba ocurriendo, cuando nos agarró la noche ultravioleta.—

—Disculpe, Líder Seage, ¿puedo saber por qué me llevan?—

—La sangre de esas cosas…— dijo mientras se acomodaba el fusil entre las piernas—. Es la única sustancia proveniente de los Violets que el ojo humano puede detectar sin la necesidad de usar la luz ultravioleta, pero, hasta ahora, nunca la habíamos visto entrar en contacto directo con piel humana.—

—¿Usted nunca se ha manchado?—

—Cientos de veces, pero siempre con el traje puesto. Así no nos arriesgamos por contraer alguna especie de infección o mutación.—

—Y, entonces…¿debo preocuparme?— preguntó Iltar, mirando de reojo sus brazos, sus piernas.

—¿Sentiste ardor, comezón, dolor, o algo?—

—Nada, ni siquiera sentí cuando esta cubrió mi rostro. Es como si no hubiera pasado nada.—

—Entonces esperemos que siga así.—

Iltar observó su rostro por el reflejo de una de las ventanas, viendo como la sangre del Violet se había disipado dentro de su piel. Luego apretó los puños, suspiró, y murmuró con una voz cargada de vergüenza

—Lo siento…por haberme congelado allá abajo. De no haberme paralizado hubiera podido ayudar a salvar vidas.—

Dentro del casco, Seage lo miró de reojo, sin resentimiento, sin juicio en su rostro, sólo una comprensión seca, curtida.

—Eh chico, no te preocupes por eso, es completamente normal. A varios de los nuestros les ha pasado, al principio, al menos. No sé si los viste, pero incluso soldados de bajo

rango se quedaron paralizados, y tuvimos que dejarlos dentro del refugio junto con el resto de las personas.—

—Sí…vi a varios soldados refugiados con los civiles, incluso uno de ellos no dejaba de temblar.—

—El miedo no distingue jerarquías.— respondió como si recitara una lección aprendida por la mala.

Hubo una pausa, apenas marcada por el zumbido constante del helicóptero, hasta que Iltar rompió el silencio otra vez.

—¿Sabe qué fue lo que pasó exactamente? ¿Por qué atacaron si estamos lejos del domingo?—

Seage negó con la cabeza lentamente.

—Haces demasiadas preguntas mocoso.— Replicó Bravo.

—No, no lo sabemos aún, nos tomó a todos por sorpresa. Cuando escuché el sonido en mi casco, pensé que se había averiado, no tenía sentido, no era domingo como para que hubiese sonado.—

—¿El sonido?— preguntó frunciendo el ceño.

—Todos los cascos de combate tienen un radar interno.— hizo un gesto hacia su propio casco—. Detecta la radiación específica que emiten las criaturas, los Violet... y también la que se manifiesta los domingos. Cuando uno de esos espectros aparece, el radar emite una alarma, clara, concisa, infalible.—

—¿También sonó el suyo, Líder Bravo?—

—Por supuesto, el de todos, no sólo el de nosotros, sino que el de todos nuestros hombres, fue entonces cuando supimos que algo realmente jodido estaba pasando.—

Iltar tragó saliva, y su voz bajó aún más.

—¿Cuántos hombres perdió, Líder Sage?—

—Dos.— respondió rápida y secamente.

Iltar sintió un pequeño alivio, hasta que Seage añadió un comentario.

—Pero Bravo... él perdió a casi todo su pelotón.—

—¿Cómo…?—

—Yo no quería llevar soldados. Íbamos a infiltrarnos solos, evaluar, pero Bravo insistió, dijo que necesitábamos una distracción si las cosas se salían de control. Ahora le quedan los que yo perdí.—

—No tienes por qué contar eso.— le lanzó una granada inactiva que impactó su casco.

—¿Y cuántos forman un escuadrón?

—Depende de los que nos asignen por operación, pero por lo regular son de diez hombres, nueve soldados rasos y un líder. Bravo quedó con dos.— le regresó la granada con más fuerza.

—Oh, cielos, entonces sí fue una baja importante.—

—Y más si un maldito miedoso se queda sin hacer nada mientras que mis hombres y yo le cubrimos el culo hasta el refugio.— agregó molesto—. No te confundas niño, estás aquí sólo porque eres potencialmente un conejillo de indias perfecto para el trabajo de los doctores de la base, no porque seas una clase de elemento imprescindible.—

El silencio volvió a posarse entre ellos, donde el sonido del golpeteo de las hélices eran lo único que llenaban

el vació. Pasaron unos minutos sin cruzar palabra, hasta que finalmente, Seage revisó un pequeño monitor pegado a la pared interior y dijo con voz clara: “Estamos cerca”.

Iltar se irguió un poco, se tensaron sus músculos y observó a Seage, con una mezcla de temor y curiosidad.

—¿Qué me harán?—

—Una vez aterricemos te escoltaré hasta el laboratorio del Dr. Sostakovish. Después de eso no lo sé.—

—¿Algún consejo?—

—Sí, no se te ocurra hablar como baboso y dirígete con respeto y títulos hacia todos los que veas. No importa si llevan bata o armadura, aquí, hasta los científicos pueden darte una orden.— respondió Bravo.

El helicóptero empezó a descender. Iltar sintió la vibración aumentar bajo sus pies. A través de una ventanilla lateral, pudo ver el contorno de estructuras enormes, luces organizadas, un complejo subterráneo parcialmente expuesto, una ciudad oculta entre montañas.

Las compuertas traseras se abrieron con un zumbido mecánico, permeando que el aire más frío, denso, entrara desde la cabina. Todos se pusieron de pie, ajustándose el cinturón.

—Prepárate, estamos a punto de aterrizar.—

Iltar, quien nunca había estado en los aires, sintió el aterrizaje con mucho movimiento, sujetándose con fuerza de lo que tuviese al alcance para intentar tranquilizarse. Tan pronto se detuvieron las hélices y las puertas se abrieron de par en par, Seage giró hacia Iltar, sólo para decirle: “Bienvenido a la Base Midway”.

IV—MIDWAY—IV

Las hélices aún giraban cuando las botas de Iltar tocaron por primera vez el suelo de la base Midway. El concreto era pulido, oscuro, marcado por líneas amarillas y blancas que trazaban rutas y zonas de acceso. El lugar no era como Iltar se lo imaginó mientras estaban en camino, todo lo que pudo ver a simple vista fue un lugar que inhalaba tranquilad y exhalaba orden, control, disciplina. La pista de aterrizaje era un enorme espacio al aire libre, donde descansaban cientos de vehículos voladores, helicópteros, aviones, naves de combate, zepelines, y drones, aguardando en silencio para actuar cuando se indicara. La base era tan grande como una ciudad, donde la mayor parte de sus espacios se encontraban ocultos en la llanura, dejando al descubierto tan sólo la pista central, y la torre del centro de observación.

Un hombre de complexión recia, rostro curtido por los años y uniforme impecable esperaba a unos pasos del helicóptero, el gran Coronel Zapata.

—Aquí Líder Capitán de la escuadra 300, Seage, reportándose, Coronel Zapata— dijo con firmeza, saludando como cualquier buen soldado.

El Coronel levantó una ceja y, en lugar de devolver el saludo formal, sonrió con cierta familiaridad.

—Vamos, Seage, sabes que no es necesario toda la montada.—

Ambos se estrecharon en un fuerte abrazo, amigos que se habían visto en momentos de vida o muerte.

—Lo sé, pero tú muy bien sabes cómo es el protocolo.— respondió quitándose su casco, dejando ver una sonrisa torcida—. Qué gusto verte otra vez, hermano.—

—El gusto es mío. Aunque ojalá fuera bajo otras circunstancias.— musitó con desánimo en la última palabra.

—¿Sabes qué fue lo que ocurrió allá?—

Zapata negó con la cabeza, el gesto endureciéndose.

—No. Nadie lo sabe aún, pero te necesitamos.—

—¿Me necesitan?, ¿quiénes exactamente?, porque dudo mucho que hables por ti.—

—El General Secretario.—

—Otra vez ese imbécil.— bufó con desdén.

—Ese imbécil es nuestro jefe. Y sí, los quiere a Bravo y a ti para una misión.—

—Pues a Bravo van a tener que asignarle otro escuadrón.—

—Ahí vas otra vez, de vieja faldera y chismosa. Muévete.— exclamó Bravo mientras pasaba entre ambos, empujando a Seage.

—¿Por qué?— cuestionó sin comprender bien la riña.

—Pues míralo, sólo regresa con 2 hombres de 9.—

—Dios, no de nuevo…— palideció.

—Sí, a mí no me fue tan mal, sólo perdí a un par.— dijo moviendo sus hombros hacia enfrente, ademán que con frecuencia solía expresar confianza.

Zapata miró al suelo, como si calculara algo en su cabeza.

—Es el tercer escuadrón que pierde Bravo en seis meses.—

—Ya sabes cómo es él.— respondió con un ápice de resignación—. Por cierto, ¿el Dr. Sostakovish está en su laboratorio?, traigo a alguien que le puede interesar.— movió su cabeza señalando a Iltar.

—Sí, está con su equipo. Están trabajando desesperadamente para encontrar una hipótesis de lo que ocurrió.—

—Excelente, pues mira, él es Iltar. colocó una mano en el hombro de Iltar.—

—Es un gran honor conocerlo, Coronel Zapata.— hizo un gesto semejante a una reverencia, pero sin gracia.

—Seage, pero si es un niño.—

—Pues este niño es de los pocos sobrevivientes de lo que haya sido lo de hace rato, además, entró en contacto directo con la sangre de un Violet.— enfatizó lo último, como si fuese más que suficiente para que no le preguntara más al respecto.

El rostro del Coronel Zapata cambió en un instante. Dio un paso atrás como si Iltar resultara ser una gran amenaza.

—¡Seage, has perdido la cabeza!—

—¿Qué tiene?—

—¡Soldados!, ¡escolten de inmediato al civil con la Dra. Shang!—

—¿Pero por qué con ella?— preguntó desconcertado.

—¿No te das cuenta de que es un peligro biológico? Tú no te preocupas porque llevas encima el traje, nosotros no.—

—No es necesario que molestes a los muchachos, yo mismo puedo llevarlo hasta la Doctora Shang.—

—Ni hablar, ya he dado la orden, y a ti, ya te dije, te solicitan para una misión. Ve a la estación de observación, encuéntrate con Bravo y hablen con el General Secretario.

—Pero…—

—Es una orden directa, Capitán.—

—…Sí, Coronel.— apretó la mandíbula.

Antes de que Iltar fuera escoltado, Seage le habló en voz baja.

—No es mal momento para recordarte lo que te dijo Bravo, respeto y títulos, siempre.—

Dos soldados lo rodearon y lo escoltaron por toda la base. Ascensores metálicos, puertas con escáneres, luces que parpadeaban con precisión quirúrgica, la base Midway era una ciudad de acero, profundamente enterrada bajo tierra, con una presencia invisible.

Iltar sólo podía ver a soldados como Seage y Bravo, con trajes complejos, soldados con uniformes inferiores, personal con batas de laboratorio, y unas cuantas personas de traje militar formal. Al llegar al laboratorio de la Dra. Shang, quedó impresionado por su arquitectura, era un cubo inmenso de cristal reforzado, lleno de pantallas, cápsulas de pruebas, brazos mecánicos y docenas de científicos concentrados en sus labores, con una actitud inmutable.

—¿Qué hacen aquí, soldados?— la voz de la Dra. Shang se alzó desde un escritorio lleno de monitores y fórmulas holográficas.

—Lamentamos la intromisión Doctora, pero este civil tuvo contacto directo con la sangre de un Violet.—

—Mierda.— se puso de pie de inmediato—. ¡Rápido!, déjenlo en la cámara de desinfección y después quítense sus trajes, tírenlos, quémenlos, hagan lo que quieran con ello, mas no los usen más.—

Los soldados empujaron a Iltar hacia la cámara de desinfección, que no era más que un habitáculo esférico con paredes translúcidas y puertas automáticas en ambos lados que apenas producían ruido alguno. Chorros de vapor lo envolvieron, luces verdes y rojas lo escanearon desde pies a cabeza, sintiendo pulsos de energía como si fuesen agujas leves bajo su piel.

Cuando terminó el proceso, y creyó que lo dejarían salir, lo trasladaron a otra sala, donde lo esperaba una celda de contención y observación, transparente, aséptica, con una apariencia bastante futurista.

—¿Qué es esto?— preguntó nervioso—. ¿Por qué tanta protección?, me tratan como si fuera…¿el paciente cero?—

Desde fuera, la Dra. Shang lo observaba con los brazos cruzados, sin mostrar ninguna emoción.

—Es porque aún no sabemos como puedas reaccionar.—

En ese momento, Iltar notó el miedo en los ojos de quienes lo miraban, un miedo que él conocía a la perfección, a lo desconocido, a lo peligroso.

—No te preocupes, todo esto es por la seguridad de todas las personas, e incluso de la tuya.— dijo con tono firme, pero contenido.

—Sé que soy el primero que tiene contacto directo con la sangre de un Violet.— respondió como si buscara confirmar lo que ya sabía.

—¿Qué?— soltó una carcajada seca—. ¿Pero quién te ha dicho semejante mentira?—

—Seage me lo dijo...—

—Es el Capitán Seage para ti, niño.— replicó notablemente molesta.

—No soy un niño.— respondió de la misma manera.

—¿Ah, no? Pues para mí y para todos en esta base, eso es lo que eres. Dime, ¿cuántos años tienes?, ¿20...o quizá 22?—

—Sí...22, ¿cómo…?— fue interrumpido.

—De acuerdo con los resultados de tus análisis, ese debería ser el rango de tu edad, además, no te ves tan grande.— suspiró, volviendo la vista a una tableta médica—. Y créeme, no tienes ni la más remota idea de lo que estás enfrentando.—

—Entonces…¿hasta cuándo me tendrán aquí encerrado?—

—Hasta que sepamos cuáles serán tus reacciones ante la sangre de la criatura y si sobrevivirás al proceso.—

—¿Reacciones…? No entiendo.— frunció el seño.

—Verás, no eres ni de lejos la primera persona que ha sido expuesta a la sangre de un Violet. Cada uno de los sujetos de prueba anteriores experimentó cambios distintos, aunque, lamentablemente, su destino fue el mismo.—

—Entonces…no soy el primero.—

—No, para nada. Lo que te dijo el Capitán fue lo que él sabe, y lo que es "oficial". ¿De verdad crees que nunca se nos

ocurrió estudiar los efectos biológicos de los Violet en humanos?—

—...—

—Vez como todavía eres un niño. Mira, no eres el primero ni serás el último, la diferencia es que sigues con vida, y que tu caso no fue controlado.—

—Se refiere a…—

—El entorno. Las personas sometidas a pruebas lo han sido bajo entornos completamente estériles, herméticos; tú, en cambio, entraste en contacto con la sangre en campo abierto, entre cuerpos, polvo, químicos, restos humanos y quién sabe qué más. Hay tantos factores involucrados que es imposible determinar cómo evolucionará tu condición.—

—No creo ser el único que haya tenido contacto con sangre fuera de los laboratorios…—

—No, claro que no, pero sí el único que ha sobrevivido más de seis horas.—

Iltar guardó silencio, impactado por el dato. Pasaron unas horas, el cuarto estaba iluminado por una luz blanca constante y fría, su celda era silenciosa, demasiado limpia, con paredes de vidrio que lo hacían sentirse más exhibido que protegido. Entonces, la puerta del laboratorio se abrió y apareció Seage.

—Hola, Li.— saludó con una sonrisa algo apagada—. ¿Cómo va todo?—

—Hola, Seage.— respondió la doctora, dejando a un lado sus instrumentos—. Hasta ahora se encuentra estable…aunque no sé por cuánto.—

—¿Es muy grave?—

—Esperemos que no.—

Iltar se acercó a la pared transparente.

—¿Ya sabes algo de lo sucedido?—

—Niño irrespetuoso. Cómo te diriges así al Capi...— fue interrumpida.

—Está bien, Li. No me molesta.— sonrió de lado—. Sabes lo que pienso sobre los rangos y esas ridiculeces.—

—No son ridiculeces, Seage, es respeto.—

—No veo donde está el respeto en hablar de forma vertical entre dos seres humanos iguales.—

—Entonces, ¿qué fue lo que ocurrió?— insistió Iltar.

—Lo que tengo permitido decir es que no fue como los casos anteriores.— comenzó a hablar con un tono más grave—. Los primeros movimientos sísmicos se registraron a las 19:10, hora Moscú, a las 10:10 para nosotros. El movimiento fue global, y el evento que le acompañó tuvo una duración de apenas 1 hora…ínfimamente menos que las 24 horas que dura cada "domingo".—

—¿Una hora?— repitió Iltar, sorprendido.

—Sí, y es justo eso lo que nos desconcierta aún más.—

—¿Y cuándo me dejarán salir?—

—No creo que haya necesidad de tenerte tanto tiempo confinado.— comentó Seage, mirando a la Doctora.

—En eso te equivocas.— replicó de inmediato.

—¿Por qué?— la miró confundido.

—Porque soy yo quien da esas órdenes aquí, no tú.— dijo con una mirada de autoridad—. Debemos asegurarnos de que no represente un riesgo biológico.— añadió, girando hacia Iltar—. Debemos observar cualquier anomalía, efectos secundarios, realizarle más pruebas.—

—¡No puedo estar encerrado tanto tiempo!, Doctora, con todo el respeto que se merece, pero me siento normal, no tengo por qué estar más tiempo aquí encerrado, lo que necesito es prepararme.—

—¿Prepararte para qué?—

—Para volverme a postular el año que viene a las Fuerzas Especiales.— respondió con tono firme.

—¿Aún quieres formar parte, a pesar de lo que viviste?— levantó las cejas, ligeramente sorprendido.

—Lo que me pasó fue miedo, algo natural, según me dijo, aprenderé a controlarlo, puedo hacerlo, hasta el punto en el que no me quede más que odio por esas criaturas.—

El silencio fue breve, pero denso. Seage asintió con una mueca entre admiración y resignación.

—Interesante…Doctora, cuando hayan terminado todas las pruebas necesarias, y se aseguren de que su vida y la de los demás no corran peligro…quiero ser el primero en ser notificado.—

—Ya lo veremos.— respondió sin levantar la vista de su terminal.

Antes de abandonar el lugar, Seage se detuvo frente a la celda de Iltar.

—Oye, hijo…no mueras, demuéstrame lo fuerte que eres.—

-IV-

Después de que el Capitán se marchara, la doctora se giró hacia Iltar.

—Bien. Ahora ponte cómodo. Te aseguro que esto llevará su tiempo. Tengo que atender otros asuntos, pero estarás monitoreado por mi asistente, Fey. Si llegas a sentir cualquier cosa extraña…avísanos de inmediato.—

—¿Cómodo?, pero sí aquí no hay ni una triste silla.— reclamó girando con las manos abiertas para dejar claro su comentario.

—Vaya que te falta mucho para estar a la altura…— comentó con una sonrisa apenas visible—. La cama y el baño están en la esquina de la habitación. Si de verdad deseas formar parte del CMEI, tienes que aprender a prestar más atención a los detalles.—

Con pasos decididos, la doctora se marchó, tras ella la puerta se cerró con un leve sonido presurizado, dejando a Iltar casi solo. Del otro lado del vidrio, una joven con bata blanca, rostro sereno y cabello recogido en una coleta baja se aproximó al panel de control.

—Hola, Iltar. Soy Fey, la ayudante de la Dra. Shang, y estaré a cargo del control de tus síntomas y/o reacciones que pudieses tener. Dime, ¿cómo te sientes?, ¿todo bien?— dijo con un tono amable, suave y pausado, tono que muchas personas podrían considerar lindo, tierno.

—Supongo que sí, estoy bien, aunque, ya te digo, no me gusta sentirme como un animal en exhibición.—

—No lo eres, mejor velo como que eres una persona especial.—

—¿Especial cómo?, ¿cómo las otras personas que murieron?—

Fey dudó un segundo, luego sonrió con una mezcla de empatía y cansancio.

—Especial…porque aún estás vivo.—

Iltar se alejó de la pared para dirigirse hacia la cama que, como le había dicho la Doctora, no había visto del todo. Se dejó caer lentamente en el borde de la cama y observó todo el laboratorio, notando un silencio que era casi irreal, apenas interrumpido por el zumbido constante de las máquinas. Desde una terminal cercana, Fey tomaba nota de las últimas lecturas en su tableta de cristal líquido, con un gesto ausente, como si ya conociera de memoria cada fluctuación de las constantes vitales de los pacientes.

—¿Siempre es así de frío este lugar?— preguntó sin mirarla directamente.

Fey levantó la vista, sorprendida. Sus ojos grises, casi translúcidos bajo la luz blanca del laboratorio, se encontraron con los de él. No respondió de inmediato, como si estuviera considerando si valía la pena entablar una conversación.

—El frío no viene del lugar.— dijo con voz suave—. Viene de la gente que trabaja aquí.—

—¿Y tú no eres como esa gente?—

Fey dejó su tableta sobre una bandeja metálica, se acercó un poco, no demasiado, pero lo suficiente como para que Iltar notara que, al menos por un momento, no era sólo un sujeto de observación.

—Depende del día. Hoy…creo que no.—

-IV-

Hubo un silencio breve, pero no incómodo. Iltar se recostó, girando el rostro hacia ella. Las luces del techo reflejaban tenues sombras en su piel, acentuando las pequeñas líneas de preocupación que, a sus veintidós años, ya comenzaban a dibujarse.

—¿Tú sabes lo que me va a pasar?— cuestionó con apenas un susurro.

Fey tardó en responder, tomó una silla del lugar para sentarse enfrente de la pared más cercana a la cama; apoyó sus codos sobre sus delgadas rodillas, como si bajara su estatus de médica para estar al mismo nivel que Iltar, el humano.

—No.— dijo con honestidad—. Nadie lo sabe, aunque, bueno eso no significa que no debamos intentar predecirlo.—

—¿Y los demás?, ¿las personas que estuvieron antes que yo?—

—Esas personas, en definitiva, no eran tú, ni de lejos.—

—¿Tú los cuidaste también?—

—Algunos sí.— admitió, girando lentamente su muñeca para ver la hora—. A uno en particular. Se llamaba Dreven, tenía casi la misma edad que tú, creía que estaba destinado a resistir lo que nadie más podía, pero, sólo aguantó cuatro días, al quinto, su sistema nervioso se colapsó por completo. Pero antes de eso…— hizo una pausa, y sus ojos se perdieron un instante en el aire—. Antes de eso, me preguntó si aún quedaba algo humano en él, como si dentro de sí, sintiese que estaba perdiendo su humanidad.—

—¿Y qué le dijiste?—

—Le dije que sí, aunque en realidad no estaba segura.—

—¿Crees que me sucederá lo mismo?— preguntó en voz baja—. ¿Crees que llegaré a perder mi humanidad?—

—No lo sé, sólo el tiempo lo dirá, pero, al menos tú tienes algo que, incluso Draven no tenía.— dijo mientras lo miraba con calidez.

—¿Qué cosa?—

—Esperanza.—

—¿Esperanza?—

—Tienes un motivo por el cual seguir, una meta, unirte al CMEI, o al menos eso fue lo que escuché hace rato. Las personas que han estado en tu lugar no pudieron esperar mucho, unos días, algunas unas horas, antes de perecer ante las impredecibles reacciones de la sangre de los Violets. Para esas personas, la esperanza de recuperarse era una amarga meta, donde la muerte les ofrecía más ante su dolor, muchas veces, indescriptible.—

El silencio se volvió a hacer presente, pero era uno distinto, más desolador que confortante.

—¿Te quedarás aquí esta noche?— preguntó mientras sus ojos comenzaban a cerrarse.

—Sí. Te estaré vigilando, eres mi responsabilidad, cualquier cosa que te pase e incluso lo que no, es de suma importancia. Igual, si llegas a tener algún síntoma, el que sea, no dudes en hacérmelo saber.—

—¿Entonces, serás como una enfermera?—

—No, tampoco como la ayudante de la Doctora, sino sólo como yo, como Fey. Podemos dejar los títulos en paz por

hoy.— dejó escapar una pequeña mueca, el inicio de una sonrisa escondida.

—Me alegra que no seas como los demás. Gracias por ser una persona.—

—Gracias por compartirme tus pensamientos. Ahora, descansa, te ves exhausto. Descansar te ayudará mucho, lo prometo.—

—Si tú lo dices, aunque, probablemente me cueste dormirme.—

—¿Por qué?— cuestionó extrañada.

—Bueno, pues, porque estoy en un cubo con paredes traslucidas, donde cualquiera puede verme, digo, ¿cómo se supone que podré usar el baño así?— dijo con tono irónico, buscando hacerla reír.

—Ah, eso.— soltó una sucinta risa que resonó en la habitación—. No te preocupes, se puede solucionar.— activó el sistema de privacidad del cubículo, donde todas las paredes se oscurecieron a tal nivel que no se podía ver nada hacia adentro y viceversa.

—¿Pero qué?— se asombró por el cambio en las paredes.

—Listo, ¿ya está mejor?—

—Sí, mucho mejor. Gracias, Fey.—

—No es nada. Intenta descansar. Hasta mañana.—

—Gracias, ¿tú te dormirás también?—

—No, tengo que estar al pendiente de tus signos vitales, pero, no te preocupes, sólo hasta que regrese la Doctora, después

me iré a descansar. Ha sido un día largo y pesado, inclusive para nosotras.—

—Bueno, entonces, hasta mañana, y que descanses, cuando te vayas a dormir.—

—Gracias.— dijo con una pequeña risa contenida.

Iltar ya no respondió, su respiración se hizo lenta, pausada, vencida por el cansancio, hasta que eventualmente se quedó profundamente dormido. Fey lo observó en silencio durante un largo rato, hasta que llegó la Doctora, encargándose de su cuidado, permitiéndole irse a descansar. Antes de salir del lugar, se acercó a una de las paredes de la celda y se despidió de él.

—Duerme tranquilo, Iltar, aun no eres un experimento, eres humano.—

V—AISLAMIENTO Y ENTRENAMIENTO—V

Al día siguiente, las cosas no fueron mejor para Iltar. Los análisis, pruebas y estudios que realizaban sobre él lo dejaban agotado, exhausto. La Dra. Shang apenas y le dirigía la mirada, limitándose a hacerlo cuando tenía que darle alguna indicación, aunque en muchas ocasiones las instrucciones se las decía por medio de los altavoces de la habitación, con una voz que dejaba en claro la desconexión del sentido humano. Después de los primeros 4 días, de un par de noches durmiendo, viviendo en aquel monótono espacio, la luz del laboratorio, la indiferencia y las pocas actividades que podía realizar, ya no le molestaban tanto, se había empezado a acostumbrar a su nueva rutina; todavía no entendía qué tanto era lo que hacían con él, pero al menos, con cada nuevo diagnóstico, con cada interacción, conseguía sentirse más cercano a Fey y, a la propia Dra.

—Hola, Iltar, buenos días, ¿dormiste algo?— preguntó al ver que se estaba despertando, mientras revisaba una tabla de proteínas en una pantalla flotante.

—Lo justo para no volverme loco.— bromeó un poco, dejando notar que se estaba despertando apenas, para luego agregar con una sonrisa—. Buenos días, Fey, ¿tú cómo dormiste?—

—Bien, aunque no lo parezca, tengo un régimen de sueño bastante decente y estricto. Siempre duermo como mínimo mis 8 horas al día.— respondió con energía.

—Qué bueno que no eres como esas personas tan obsesionadas con su trabajo que descuidan su salud.—

—¿Por qué lo dices?— preguntó entre pequeñas risas.

—Porque cuando te conocí creí que eras de las que no duerme, se la pasa días en un mismo estudio, perfeccionista y exigente contigo misma.— respondió y se levantó de la cama, agarrando un conjunto limpio de ropa.

—Bueno, desde que llegaste he estado trabajando por días en un mismo estudio, sí soy algo perfeccionista y, bueno, lo de exigente, cómo no serlo cuando estás rodeada de cientos de personas que día a día dan lo mejor de sí para cambiar las cosas.— mientras le decía, activó el modo de privacidad del cubículo.

—Es cierto, tienes toda la razón.— se detuvo al darse cuenta de que había activado el filtro de privacidad—. Muchas gracias, que amable eres. No quiero que veas mi cuerpo así, todo cubierto de moretones, y pinchazos.— musitó al terminar de cambiarse.

—No te preocupes, he visto peores, además, todavía no deberías preocuparte por tu apariencia.— expresó con un tono que dejaba entre ver una pequeña risa sostenida.

—¿Por qué dices eso?— cuestionó extrañado.

—Porque aún no te hemos pinchado con las agujas grandes.— contestó sonriendo.

Antes que pudiese continuar su interacción, la Dra. Shang entró en ese momento, sorpresivamente tranquila, hojeando un informe que parecía preocuparle.

—Buenos días, sujeto I-042.— dijo en tono burlón.

—Es enserio, ¿ya no soy “niño”?— replicó con cierto desdén.

—Sujeto, niño, futuro soldado…todo es cuestión de contexto.— respondió sentándose frente a él.

—¿Por qué esa cara, Doctora?— preguntó al darse cuenta de su semblante preocupado tras revisar el informe que traía consigo.

—Ya tenemos el recuento de las bajas del domingo. Los resultados son, bueno, alarmantes, además, el reporte directo del Dr. Sostakovish; no ha tenido éxito con el grupo 45.— bajó su voz con lo último.

—Es cierto, había olvidado por completo que el domingo había llegado. ¿por qué aquí no se oscureció?, ¿o por qué no se escucharon disparos del enfrentamiento con esas cosas?— preguntó impresionado.

—Es por nuestra condición. La base cuenta con reflectores especiales que distorsionan las frecuencias visuales y cognitivas que perciben los Violets; lo que, al parecer también nos exime del efecto de oscuridad total. En otras palabras, mientras estemos dentro de la zona de la base, somos invisibles para ellos y todo lo que traen consigo.—

—Vaya, no tenía idea. Entonces, los resultados de este domingo, ¿son alarmantes?—

—Desde hace dos años, se ha estado registrando un aumento en el número de bajas aliadas, y una menor efectividad contra los Violets. Esta última ha sido el domingo con más muertes que la de los últimos años.—

Iltar guardó silencio por unos minutos.

—Entonces, eso quiere decir que...¿estamos perdiendo?—

—No lo sé. Lo que sí sé, es que no podemos bajar el ritmo, en ningún lado. Todo el mundo está haciendo su parte, trabajando duro cada vez más, nosotros haremos lo mismo aquí.—

—¿Y qué hay con el Dr. Sostakovish?—

—¿Cómo que qué hay con él?—

—Recuerdo que mientras venía en camino a la base, me había dicho Seage que...perdón, el Capitán Seage, que me llevarían con él, pero desde que llegué he estado aquí, encerrado como animal.—

—Tú muy bien sabes el porqué estás en donde estás, y en cuanto al Doctor, él es el encargado del departamento de investigación tecnológica y armamentística, no sé porqué habrían de enviarte con él, porque tu caso claramente es competencia de este departamento y mía.—

—Oh, bueno. Y dígame, Doctora, ¿ha visto al Capitán Seage?

—Sí, está bien, regresó de una misión junto al Capitán Bravo. Eso me recuerda, me dijo que, si de verdad quieres formar parte de esto, necesitarás un poco más de contexto sobre la situación actual.—

—¿A qué se refiere exactamente con más contexto?— preguntó extrañado, como si no supiera lo suficiente con todo lo que ha vivido.

—Del mundo real, del otro mundo que nadie afuera conoce. Por ejemplo, dime, ¿sabías que hay tres bases por cada uno de los aceleradores?—

—¿Tres por cada uno?— repitió—. ¿Por qué tantos?—

—Distribución, seguridad, estudios paralelos. Cada una se especializa en algo, así como se encarga de velar por la seguridad de las ciudades aledañas, cubriendo la mayor parte del territorio. Bueno, el único lugar donde no tenemos acceso es a la propia Estación Espacial Internacional, porque desde el primer domingo, quedó fuera de contacto y desde entonces, todas las operaciones por conseguir recuperarla han terminado en un total desastre.

Iltar se quedó pensativo, asimilando la información. Por primera vez, notaba que lo trataban no como un enfermo, sino como alguien a quien se le confiaban secretos.

—Entonces, eso quiere decir que, de los 7 aceleradores, ¿tan sólo de uno no se tiene control?—

—Es correcto, aunque, no nos ha servido de mucho tener el control de los demás, pues una vez se encienden cada domingo es prácticamente imposible acercarse para estudiarlo, una gran presencia de Violets lo impide, y al final del día, se vuelven a apagar, quedando inutilizados.—

—Vaya, no tenía idea. Sobre los Violets, ¿qué es lo que sabemos realmente?— dijo intentando aprovechar el que la Doctora se había mostrado abierta a conversar más de lo usual con él en aquella ocasión.

—Eso lo dejamos para mañana.— dijo levantándose y dirigiéndose al equipo de análisis—. Por hoy ha sido suficiente, además, si te contara todo lo que sabemos, no tendríamos tiempo para tus pruebas diarias.—

—Pero…—

—Poco a poco, Iltar, no queremos que te explote la cabeza.— dijo Fey con una media sonrisa.

-V-

El día transcurrió con normalidad, le realizaron los exámenes que le habían estado realizando desde que llegó. No se sentía mal, se sentía como antes de todo lo ocurrido, preguntándose si realmente había sido sangre de un Violet lo que había manchado su rostro, pues con todo lo que ya sabía al respecto de las personas anteriores a él, no tenía presente ningún síntoma, ni siquiera el que se había presentado de manera indiferente en todos los demás, el deterioro de su condición mental, de su memoria.

Al llegar el final del día, tanto la Dra. Shang, como Fey tuvieron que retirarse para participar en una reunión en conjunto con los departamentos homólogos de las otras bases, dejándolo con atención mediante observación remota, con lo que eran los primeros indicios de una computadora autónoma, una inteligencia artificial.

Iltar estaba esperando la visita de Seage, pues aquello que le había comentado la Doctora, de que si de verdad deseaba formar parte del CMEI debía tener más contexto de la situación real global, lo dejó pensando, en sí de alguna manera, Seage había conseguido la autorización para entrenarlo e integrarlo posteriormente a las filas del ejército.

Al día siguiente, una tormenta de polvo se presentó en las inmediaciones de la base, mientras que, en el laboratorio, Fey, quedando como encargada del Iltar, luego de que la Dr. terminase los estudios diarios, y se marchara, sin cumplir lo que le había dicho días atrás, que le contaría todo lo que sabían al respecto de los Violets; decidió compartir con él una bebida, buscando alivianar la tensión de tantos días de pruebas sin parar.

—¿Nunca te cansas de estar aquí?— preguntó Iltar.

—No es tan terrible como parece. Hay algo adictivo en tratar de entender lo que no tiene lógica, además, me gusta cuidar gente que no merece morir.—

—¿Siempre has sido así?— preguntó curioso.

Fey lo miró de reojo.

—¿Así cómo?—

—Tan amable, servicial y, con gusto por cuidar de las personas.—

—No de todas las personas, hay algunas que simplemente son intratables, incluso en la enfermedad, pero, sí, podría decirse que la mayor parte del tiempo sí soy así.— soltó una pequeña risa—. Mi madre solía decirme que me equivoqué de profesión, que debí haber estudiado enfermería o medicina, en su defecto, en lugar de optar por algo más biológico y científico.—

—No conozco a tu mamá, pero concuerdo con ella, pareciera como si hubieses decidido nadar contra corriente, pero, supongo que igual te gusta lo que haces, y el lugar en el que estás.—

—No la conoces y nunca tendrás la oportunidad…— dijo con voz baja.

—¿Por qué dices eso?—

—Porque ya no está aquí...está en un mejor lugar, eso sin duda.—

—Oh, lo siento mucho.—

—No te preocupes, supongo que era cuestión de tiempo para que eso sucediera; nadie de mi familia tomó bien toda esta situación, pero a quién más le había afectado había sido a

ella. Poco a poco iba perdiendo el interés por las cosas, se fue sumergiendo en una depresión silenciosa que para cuando nos dimos cuenta, ya era demasiado tarde.— hizo una pequeña pausa—. Mi papá se hizo cargo de nosotras, por suerte, soy hija única, así que no había mucho por qué preocuparse. Mientras él salía a trabajar, yo me quedaba cuidando a mi mamá y haciendo las activades que ella no podía hacer. Hubo un día en el que me sentía demasiado cansada, le dije a mi mamá, ella me respondió que no me preocupara por nada, que ella me ayudaría con las cosas pendientes; le hice caso, porque estaba muy cansada, me fui a dormir y al despertar encontré todo en orden, había terminado todos lo que, hacía falta, pero, no la encontré a ella. Fui a revisar su cuarto, y allí estaba, acostada, no la quise molestar así que me fui. Pasó el tiempo, llegó mi papá, me saludó y me preguntó si mi mamá seguía dormida, mi padre había instalado cámaras en la casa, para estar al pendiente de nosotras, y vio como hizo todas las cosas con tanta energía y felicidad que le dio mucho gusto, y no dijo nada porque se fuese a dormir, le dije que sí, que aún estaba durmiendo. En lo que él iba a despertarla para cenar juntos, yo preparé la mesa, y cuando terminé fui al cuarto para decirles que ya estaba lista la comida...encontré a mi papá arrodillado, recostado sobre la cama, sujetando el brazo de mi mamá, llorando inconsolablemente...— se le quebró la voz.

Iltar se acercó lo más que pudo a la pared, intentando estar cerca de ella. Quería intervenir, decirle que no era necesario que continuara, pero, pensó que quizá debía dejarla continuar hasta donde ella lo deseara.

—Mi mamá se había quitado la vida, con una sobredosis de los medicamentos que tomaba para la depresión. Yo, no pude con la escena y me fui a mi cuarto, cerré la puerta con fuerza,

por enojo conmigo misma, no debí haberla dejado sola, en ese momento una carta calló del buró de mi habitación. Mi madre había dejado una nota para mí, en ella se disculpaba por todo el tiempo que invertí en ella, pensando que me había arrebatado mi infancia y parte de mi adolescencia, que no quería ser más una carga para mí, ni para papá. Al final lo último que me dijo fue que me amaba mucho, y que al despertar encontraría menos cosas de las que preocuparme...— no pudo continuar, se soltó a llorar.

Iltar se limitó a observarla en silencio a través del muro.

—No fue tu culpa...¿lo sabes verdad?—

—No pude con la culpa los primeros años. Mi papá fue el que me ayudó a sobrellevar la situación, aunque, sabes, nunca me pregunté ni preocupé por sus sentimientos, porque sí, yo había perdido a mi madre, pero él, había perdido a su mejor amiga, el amor de su vida, la madre de su hija, una parte de él, la cual murió esa tarde, en esa cama, con ella.— se limpió las lágrimas—. ¿Y qué hay de ti?, ¿has perdido a alguien?— preguntó para no sentirse la única sensible en el lugar.

—No, no he perdido a nadie. Aún tengo a mi mamá y hermanas conmigo, pero, bueno, me hubiera encantado tener a un papá como el tuyo. No lo conozco, dejó a mi mamá cuando se enteró que estaba embarazada de mí, me dijo que, simplemente lo dejó de ver, de un día al otro. No sabemos nada de él, y no quiero hacerlo. Mis hermanas que son mayores que yo, me cuentan que siempre estaba ocupado y cuando tenía tiempo libre, se la pasaba dormido, como si llevase una vida tan agotadora que de lo único que tuviese

tiempo fuese para descansar un poco antes de regresar a la rutina.—

—¿Cómo se llaman, tu mamá y hermanas?—

—Clara, Sofía y Luz.—

—Qué hermosos nombres.—

—El tuyo es un nombre muy bello también.—

—Gracias, aunque, quién le pone Fey a su hija, digo, hay cientos de nombres y deciden ponerle Fey. No me quejo, hay muy pocas personas con mi nombre, lo que me hace sentir más única.—

—Para mí lo eres. Aunque conociera a otra Fey, nunca podría estar ni cerca del significado que le has dado tú para mí.—

—Qué lindo, gracias.— dijo dejando salir una pequeña sonrisa cubierta por las lágrimas.

—Sabes, pensé que esto iba a ser peor.— confesó.

—¿Qué cosa?—

—Estar aquí, encerrado en estas paredes transparentes, observado las 24 horas, pero hablar contigo lo hace menos asfixiante, más soportable.

Fey no respondió de inmediato. En cambio, se volvió completamente hacia él.

—Tú también haces esto más humano.—

—¿Qué hay de tus compañeros?—

—La verdad es que nadie se habla entre nadie. Las personas aquí están para realizar su trabajo, ayudar en lo que puedan, no para hacer amistades, o al menos eso es lo que me han

dicho. Personas como los Capitanes Seage y Bravo, e incluso el Coronel Zapata, son afortunados de poder tener amigos con quien conversar de vez en cuando de cosas que no sean alguna misión, informe u orden. Lo más cercano a eso es con la Dra. Shang, aunque con ella porque soy su ayudante, donde estoy segura de que no hay más que una relación laboral formal.—

—¿Y qué hay de mí?— preguntó haciéndose sonar indignado.

—Tú, pues, eres un paciente más al que debo cuidar.— sostuvo una risa.

—¿En serio?, creí que estábamos creando algo aquí...— dijo desanimado.

—Pero por supuesto que sí, Iltar. No creas que le cuento mi vida a cualquier persona que conozco. Me gusta mucho que contigo pueda tener, aunque sea un pequeño momento fuera de todo esto. Un lindo y reconfortante espacio libre de, bueno, la horrible realidad de allá afuera.—

—Fey.—

—¿Sí?—

—Gracias.—

—¿Por qué?—

—Por no sólo cumplir con una obligación conmigo.—

No hubo más respuestas. Guardaron un silencio que fuera de ser incómodo parecía ser necesario luego de todo lo que hablaron. Al final ambos terminaron por despedirse; Fey salió del laboratorio e Iltar se acostó en la cama, intentando

dormir, asimilando la triste historia que había detrás de una persona tan linda como lo era ella.

Al amanecer, Iltar fue despertado por la Dra. Shang, quien estaba de mejor humor que de costumbre. Al despertar la vio entrar acompañada por Fey, con una tableta de datos en mano y un rostro que parecía robado de otra persona, una más relajada y feliz.

—Buenos días, Iltar, ¿listo para saber más sobre el enemigo, de los Violets?, hoy sí te contaré todo lo que sabemos sobre nuestros ilustres invasores.— dijo, sentándose frente a él.

—Buenos días, Doctora. Por su puesto, estoy listo, aunque también algo sorprendido de que llegase tan temprano.—

—Por favor, no digas tonterías. Temprano dice.— dijo esto último virando hacia Fey.

Deslizó su mano sobre el muro que los separaba, proyectando de ambos lados imágenes holográficas, datos e información que habría de compartir con él.

—A través de todos estos años, hemos conseguido capturar a unos cuantos, aunque no los hemos podido tener en cautiverio más allá de lo que dura el domingo, pues al terminar el día, estos, por alguna razón que aún desconocemos, se desintegran por completo, desapareciendo tal y como aparecen. De las pocas ocasiones hemos obtenido lo siguiente.— pasó la mano sobre la pared, cambiando la imagen proyectada.— No tienen ningún pariente biológico identificable, Nada de bacterias, virus, animales, hongos, nada, o al menos nada conocido.—

—¿Cómo puede ser eso posible?—

—Es lo que nos preguntamos todos.— comentó Fey.

—Por esta razón, hemos tenido que registrarlos dentro de una nueva y propia categoría. Al principio les dimos el nombre genérico de *Violetum exhumantis*, aunque hoy en día nadie usa ese término fuera de los informes, pues con la información más reciente, se la ha atribuido un nombre más científico, acuerdo con su naturaleza.—

La Doctora pasó horas explicándole todo sobre los Violets, información que nadie más que las personas dentro del CMEI conocían, era información altamente clasificada y exclusiva, pues se quería evitar la producción de opiniones fuera del campo científico en cuanto a estas.

Lo que se sabía era lo siguiente:

DESCRIPCIÓN GENERAL:

Nombre científico: Hexactylus Tentacularis.

CLASIFICACIÓN:

Reino: Exovitae.

Descripción: Este nuevo reino incluye a todas las formas de vida extraterrestres que no dependen del oxígeno para sobrevivir y tienen metabolismos basados en reacciones químicas distintas a la fotosíntesis o la respiración celular terrestre. Los organismos del reino Exovitae poseen adaptaciones extremas para habitar ambientes no convencionales, como planetas sin atmósfera o con atmósferas tóxicas para la vida terrícola.

Filo: Hexapterata.

Descripción: El filo Hexapterata está compuesto por organismos con estructuras corporales que combinan extremidades articuladas (como patas) con apéndices tentaculares. Todos los miembros de este filo poseen al menos seis extremidades articuladas y un número variable de tentáculos especializados para la manipulación de objetos y exploración sensorial. Los organismos de este filo muestran una alta capacidad de adaptación a la falta de oxígeno.

Clase: Aetheromorpha.

Descripción: La clase Aetheromorpha agrupa a los seres que tienen cuerpos capaces de volverse invisibles al espectro de luz visible para los humanos. Los organismos de esta clase también suelen tener sistemas de visión extremadamente avanzados que permiten ver en rangos de luz infrarrojos y ultravioletas. Sus sistemas de reproducción suelen ser asexuales, permitiendo su rápida expansión en entornos hostiles.

Hábitat: Desconocido.

CARACTERÍSTICAS FÍSICAS:

Estructura corporal: Tienen un cuerpo alargado y flexible de aproximadamente 2 metros de longitud. Su cuerpo está cubierto por una piel iridiscente y gruesa, capaz de resistir la alta presión y temperaturas extremas.

Extremidades: Poseen 6 patas articuladas, fuertes y cubiertas de pequeñas ventosas que les permiten trepar superficies rocosas o resbaladizas. Estas patas les dan estabilidad y movilidad en terrenos complicados.

Tentáculos: Cuentan con 40 tentáculos ubicados alrededor de su cuerpo central, cada uno con sensores táctiles y químicos que les permiten analizar su entorno y manipular objetos. Estos tentáculos pueden estirarse y contraerse, alcanzando hasta 10 metros de longitud cuando están totalmente desplegados.

Invisibilidad: Esta especie es completamente invisible al ojo humano en el espectro de luz visible; sin embargo, pueden ser detectados bajo luz ultravioleta, donde su piel iridiscente refleja patrones luminosos. Este rasgo se especula que es una adaptación evolutiva propia de su hábitat para evitar depredadores y posibles amenazas en su entorno.

Órgano visual único: Poseen un único órgano visual, llamado omniojo, ubicado en la parte superior de su cuerpo central, este ojo es esférico y multifacético, capaz de captar una visión de 360 grados simultáneamente, además, está optimizado para ver en varios espectros de luz, incluyendo el ultravioleta y el infrarrojo, lo que les permite detectar cambios de temperatura y la presencia de otros organismos en su entorno.

RESPIRACIÓN Y ALIMENTACIÓN:

Sistema de respiración: No necesitan oxígeno para respirar, en su lugar, obtienen energía química a través de un proceso similar a la quimiosíntesis, usando compuestos presentes en su ambiente, como sulfatos y amoníaco. Su metabolismo es lento, lo que les permite sobrevivir con recursos mínimos.

Sistema digestivo: Se ha encontrado que son criaturas que no necesitan de la ingesta de algún tipo de alimento en específico, ya que al encontrarse en un ambiente

completamente aislado no mueren por inanición; no obstante, parecen tener cierta preferencia por el consumo de seres humanos.

REPRODUCCIÓN:

Método de reproducción: Desconocido, aunque se han propuesto varías hipótesis, abogando por una reproducción asexual por fisión binaria, en donde su cuerpo se divide en dos, creando dos individuos completos. Este proceso puede ocurrir cuando el entorno les proporciona suficientes nutrientes, o cuando necesitan adaptarse rápidamente a cambios en su hábitat.

COMPORTAMIENTO:

Hostil y veloz.

PIEL:

Poseen una piel altamente resistente a los proyectiles convencionales, lo que les proporciona una defensa natural contra ataques físicos. Esta piel es flexible pero extremadamente densa, capaz de absorber y dispersar impactos balísticos sin sufrir daños. Sin embargo, su principal debilidad es la exposición al plasma, que desintegra sus tejidos al contacto, representando una amenaza letal para ellos.

INTELIGENCIA:

Aún no se ha determinado si estos seres poseen raciocinio o alguna forma de inteligencia avanzada. Sus interacciones son difíciles de interpretar debido a su naturaleza solitaria y su falta de lenguaje observable, aunque la complejidad de sus tentáculos sensoriales y su capacidad de adaptación sugieren un alto grado de respuesta a su entorno.

SANGRE:

Su sangre, así como todos sus órganos internos son completamente invisibles para el ojo humano. No se ha estudiado a profundidad cuales son las implicaciones que tiene la sangre sobre la piel humana, ni cómo es que funcionan sus órganos internos, pues estos al ya no estar dentro de la criatura se descomponen rápidamente, lo que imposibilita su estudio.

Con el paso de los días, Iltar fue acostumbrándose a todo, se había resignado, como si estuviese luchando por evadir una realidad que le era imposible cambiar. Un día, luego de la rutina de siempre, después de que la Dra. Shang le realizara los estudios correspondientes y de la nueva rutina de conversar con Fey, Iltar se recostó sobre la cama, no tenía sueño, pero tampoco quería divagar mucho, sabía que si de hacerlo, tarde o temprano encontraría algo que le impediría conciliar el sueño.

Estaba pensando, viendo el traslúcido techo de lo que podía considerar su habitación, hasta que escuchó el sonido de la puerta deslizándose, lo que hizo que volteara con un movimiento veloz y seco, encontrándose a un viejo amigo. Seage, cruzo el umbral con las manos en los bolsillos del

abrigo táctico, su expresión serena, pero con algo escondido en los ojos, algo distinto.

—¿Puedo?— preguntó, aunque ya estaba dentro.

Iltar quien tenía semanas sin verlo se sorprendió y alegró al verlo, creía que no lo volvería a ver, no porque pereciera en batalla, sino por otras prioridades que le impidiesen pasar a saludarlo.

—No me vas a abrir el cráneo, ¿verdad?— bromeó, aunque no demasiado convencido.

Seage sonrió, cerró la puerta tras de sí y caminó hasta una de las sillas, acomodándola junto a la pared para poder conversar con él. No se sentó en la rígida posición militar de siempre, sino que se dejó caer con un suspiro, como si ese día también hubiese sido largo para él.

—Conseguí la autorización.— dijo, sin rodeos.

—¿Para qué?— preguntó confundido, frunciendo el ceño.

—Para entrenarte.—

—¿Hablas en serio?— su semblante cambió a uno que era una mezcla de sorpresa y ansiedad.

—Más de lo que me gustaría.— replicó, apoyando los codos en las rodillas, entrelazando las manos—. Aquí no se entrena a nadie, la base no fue diseñada para ser un campo de entrenamiento, para eso existen otros lugares, aquí directamente se trabaja en operaciones de protección, de análisis, vigilancia y supervivencia, no es una academia, pero tú estás en una zona gris. Eres tanto un paciente, sujeto de estudio y también un sobreviviente.—

—¿Y eso me hace especial?—

—Más que eso, te hace valioso.— respondió, casi como un suspiro.

—Entonces, si dices que la base no fue diseñada para entrenamientos, ¿en dónde se supone que entrenaré?—

—Hay una sala de entrenamiento adaptada, pensada para mantener en forma a todos los soldados, aunque, bueno, esta no se ha usado en mucho tiempo, aun así, el equipo todavía sirve.—

—Excelente, ¿quíen me entrenará?, no me digas que Bravo, por favor.— musitó a modo de juego.

—Vas a entrenar conmigo, yo seré el encargado de tu preparación y evaluación.—

—¿Y qué me vas a enseñar?—

Seage se enderezó, y su tono se volvió firme.

—Si de verdad quieres participar en esta guerra, no te bastará con sobrevivir, Iltar. Vas a tener que ser el mejor, en todo; tácticas, sigilo, medicina de campo, ingeniería, combate cuerpo a cuerpo, con todas las armas, en lógica, razonamiento avanzado, en adaptabilidad. Te entrenaré como si tu vida y lo más importante, la de otros dependieran de cada elección que decidas tomar, porque así será.—

—Por supuesto, lo entiendo. Oye, pero ¿qué hay de los análisis?—

—Esa fue la condición para autorizar esto.— dijo mirándolo con seriedad—. Los estudios continuarán con normalidad, así como hasta ahora. No puedes saltarte nada, ya que, si tu salud cambia, si hay una anomalía, o cualquier cosa, por más mínima que sea, detendremos el entrenamiento por completo.—

—Acepto.— respondió sin dudar.

Luego, después de un breve silencio, alzó la mirada.

—¿Cuándo empezamos?—

Seage sonrió por primera vez de verdad, no fue una sonrisa de protocolo, o por cortesía, fue genuina.

—Mañana, a primera hora vendré por ti para ir al centro de entrenamiento. Así que cuando llegue quiero verte listo, no te esperaré ni un segundo ni, aunque me caigas bien.—

—No te preocupes, estaré listo mañana a la hora que llegues. No te fallaré.—

—Ya está, ahora, duerme, si puedes. Mañana estarás tan adolorido que no pararás de maldecirme.— se levantó y se dirigió hacia la salida.

—Oye, Seage.—

—¿Sí?—

—Muchas gracias por esta gran oportunidad. Gracias por tener fe en mí.—

Seage no dijo nada, sólo hizo un pequeño sonido con la boca, como si no quisiese responderle con palabras. La puerta se cerró, dejando a Iltar solo, con algo en que pensar, algo a que aferrarse.

A la mañana siguiente, la puerta de la sala de observación se abrió con un clic seco y familiar. La Dra. y Fey nunca llegaban tan temprano, por lo que Iltar intuyó que se trataba de Seage. Apenas pudo dormir de la emoción que le generó el saber que iba a ser entrenado por alguien como Seage, al que, sin haberlo visto en acción, lo admiraba como uno de los mejores soldados del CMEI.

—¿Estás listo, soldado?— le aventó un conjunto de entrenamiento, negro, con la capacidad de adaptarse a su cuerpo.

—¿Qué es esto?—

—No vas a entrenar con la ropa de análisis, ¿o sí?— respondió dando se media vuelta—. Te espero afuera. Tienes 5 minutos para alistarte y encontrarte conmigo.—

Tan pronto se cambió, vio como las puertas del cubículo se abrieron, por primera vez en semanas, iba a salir de aquel lugar, despejándose un poco de la rutina. Una vez afuera alcanzó a Seage sin decir ninguna palabra, caminando a la par en silencio a través de los pasillos iluminados con luces tenues y marcados con símbolos rojos y grises.

—Seage, una pregunta, ¿qué hay con la Dra. Shang y Fey?—

—¿A qué te refieres exactamente con eso?—

—Sí, ¿saben que estaré entrenando contigo?—

—Hijo, aquí nada se hace por debajo de la mesa. Todo se sabe, cada acción, cada orden, cada respiro. Fueron informadas antes de que hablara contigo, en lo que a ellas respecta, continuarán su trabajo contigo de manera normal cuando regresemos.— dijo con un tono entre serio y relajado—. Atento, estamos cerca.— agregó.

Ascendieron dos niveles por escaleras mecánicas selladas hasta llegar a una compuerta con un sensor ocular, donde Seage tuvo que dar su autorización para desbloquear el lugar. Las puertas se abrieron con un silbido presurizado, y una brisa fría golpeó a Iltar, cargada de un sutil olor a metal limpio.

-V-

Ante ellos se abrió la Zona de Entrenamiento Avanzado, un espacio que era enorme y modular, con una cúpula translúcida en el techo que simulaba cualquier condición que se fuese programada, para hacer la experiencia más inmersiva, más real. Aquel lugar no parecía ser parte de una base militar subterránea, sino más bien parecía una ciudad reducida a escala, modelada para el conflicto.

La zona era amplia, contaba con distintos sectores, desde el Área de Obstáculos Dinámicos, con plataformas hidráulicas que se elevaban y descendían, muros de concreto móvil, zonas de equilibrio con placas inestables, y cables suspendidos que imitaban desplazamiento urbano; el Campo de Tiro Inteligente, con blancos móviles, variables de distancia, luces estroboscópicas, simulaciones de humo y sonido, y zonas de fuego real y virtual, así como una arsenal con las armas de todos los tipos y calibres; la Zona de Combate Cuerpo a Cuerpo, cubierta de tatamis reforzados, maniquíes con sensores de presión, estructuras para práctica de parkour y sparrings automáticos con programas preestablecidos; una Área de Vehículos, con cuatro unidades terrestres blindadas, dos aerodeslizadores de entrenamiento y un pequeño dron de reconocimiento suspendido en una cápsula; un Simulador Táctico-Holográfico, ubicado en una sala sellada donde podían recrearse entornos de combate, misiones específicas, o incluso escenarios de interacción con Violets, y un Centro Médico Móvil, con módulos de primeros auxilios, cirugía básica y simuladores de heridas para prácticas de respuesta médica en campo.

Iltar dio un paso adelante, abrumado, sintió algo en su pecho que lo hizo quedar agitado, una mezcla de miedo, emoción y propósito.

—¿Impresionado?— preguntó cruzado de brazos.

—Más que eso. Es como un campo de batalla en miniatura. Me cuesta trabajo entender cómo este lugar dejó de ser utilizado.—

—Todo estaba diseñado para que los soldados practicasen en caso de ser necesario, para no perder condición, para prepararse ante cualquier situación; sin embargo, el lugar se quedó en desuso luego de que los soldados rasos comenzaron a llegar preparados para las misiones, donde los pocos que sobrevivían a las operaciones hacían todo menos querer revivir una misión más estando aquí.—

—¿Soldado raso?—

—Sí. Es la categoría más baja dentro del CMEI.—

—¿En qué categoría estás tú?—

—¿Yo?, yo soy un soldado de élite. Conseguí el rango luego de años de servició como soldado raso, siempre sobreviviendo y siendo el elemento más valioso de mis pelotones, ascendiendo por méritos, consiguiendo así tanto mi rango de soldado de élite, mi traje completo y la posibilidad de subir dentro de la jerarquía interna del CMEI.—

—¿Cómo?, creí que todos los soldados tenían trajes como el tuyo.—

—No. Los soldados rasos, son como los que había en el centro de reclutamiento; soldados con apenas cobertura en puntos vitales, gafas de visión ultravioleta y armas por encima de las convencionales, capaces de matar a un Violet, con dificultad, pero pueden. Los soldados de élite, como el Capitán Bravo y yo, usan equipos más complejos, avanzados, donde el traje nos permite soportar grandes caídas, impactos directos de armas, e incluso sobrevivir a ataques de los

Violets. Nuestros cascos son nuestro equipamiento más importante, porque no sólo nos permite detectarlos cuando están cerca, sino también tener una vista completa sobre el espectro ultravioleta; en cuanto a nuestras armas, estás son de pulsos, lo que ha demostrado ser extremadamente efectivas en contra de nuestros enemigos.—

—Vaya, no tenía idea.—

—No te preocupes, no tendrías por qué saberlo. Esa información es exclusiva para aquellas personas aceptadas en el CMEI, no está disponible para el conocimiento de la población. En fin, ¿listo para comenzar?—

—Hagámoslo.—

Iltar comenzó con ejercicios de calentamiento, después pasó por cada uno de los diferentes circuitos del lugar, debía comenzar a familiarizarse con ellos, sus actividades y objetivos. Seage no quería sobrecargarlo, sabía que sería complicado para alguien como él, un civil sin experiencia en combate, por lo que quiso que tuviera una primera experiencia de todo no tan agresiva, pero tampoco tan ligera.

Aunque se suponía que sólo sería una prueba ligera, en el primer circuito de entrenamiento visual, buscando intimidarlo un poco, Seage activó una serie de objetivos a 150 metros, con blancos tan pequeños, que algunos apenas eran del tamaño de una moneda, pero, para su sorpresa, Iltar logró distinguirlos todos, apuntando a cada uno con gran presión con un rifle de luz laser.

Luego del que sistema registrara los objetivos como localizados y estabilizados, Seage revisó la tableta.

—Impacto exacto. Todos al centro. ¿Cómo lo hiciste?—

Iltar bajó el rifle, entrecerrando los ojos.

—Yo, no lo sé. Sólo apunté como me dijiste.— dijo sin entender muy bien la pregunta, como si aquello fuese algo normal.

Seage frunció el ceño, confundido, sabía que había programado los objetivos a una distancia fuera de lo convencional para que fallara a propósito, mas no consiguió intimidarlo, quedó confundido.

—Ven conmigo. Vamos a hablar con la doctora.—

—¿Qué?, ¿por qué?— en su rostro sólo había confusión y preocupación.

—Porque esos objetivos a los que sin problemas identificaste, estaban a una distancia que, en tus condiciones, debió haber sido imposible marcar.—

Ambos regresaron al laboratorio, donde Seage le dijo a la Doctora que debían realizarle pruebas visuales. Luego de que tanto la Dra. como Fey escucharan a Iltar con atención, fue conectado a una máquina de escaneo ocular y neurológico.

—Tu percepción visual en relación con la del día de ayer ha aumentado en un 60% y un 76% respecto al promedio humano.— dijo la Doctora tras unos minutos—. Al parecer tus pupilas se adaptan con rapidez a distintos niveles de luz, y hay actividad en áreas del lóbulo occipital que no habíamos visto antes.—

—¿Es por la sangre del Violet? —preguntó temiendo saber la respuesta.

—Es posible, la sangre no sólo se adaptó a tu organismo, sino que parece que, de algún modo, lo optimizó, lo mejoró,

potenciando tus células y reorganizado ciertos impulsos. En otras palabras, sufriste de una evolución.—

—¿Eso es malo?— cuestionó temeroso.

—Eso no lo podríamos saber.— comentó Fey.

—De cualquier forma, mientras sigas desarrollándote así, no pienso detener los estudios. Eres un caso único, Iltar, tal vez el primero en tener una respuesta positiva ante la sangre de los Violets.—

Luego de aquel descubrimiento, el progreso consecutivo de Iltar fue exponencial, excepcional. Su cuerpo parecía reponerse con mayor velocidad, soportando los largos entrenamientos sin apenas sentir las consecuencias de los grandes esfuerzos físicos que representaban para su cuerpo. Su capacidad de respuesta al estímulo llegó a tal punto que era casi inmediata, donde en los ejercicios de defensa reactiva, bloqueaba ataques antes de que los *sparrings* autómatas los lanzaran por completo.

En los recorridos de obstáculos, completaba los circuitos con tiempos récord, superando incluso los registros de soldados veteranos, estando a la altura de soldados de élite, con apenas unos meses de entrenamiento.

En el campo de tiro, era infalible, su puntería incluso con armas nuevas, sin calibración, era letal. En pocas sesiones de entrenamiento había conseguido tener un control sobre su ritmo cardíaco impresionante, pudiendo descender sus pulsaciones de 120 a 62 en apenas cinco segundos con una simple respiración, algo que sólo habían logrado ciertos elementos de operaciones especiales, que estaban incluso por encima de Seage y Bravo, considerados como los mejores elementos de toda la región de América.

-V-

Seage lo observaba con atención cada día, antes, durante y después de cada sesión de entrenamiento, guiándolo y aconsejándolo con exigencia, pero también con un respeto creciente. El vínculo entre ambos se solidificaba, no sólo era un superior y un recluta, sino, algo más, una figura a la que Iltar admiraba, aspiraba a convertirse.

Un día, mientras Iltar repasaba unos planos de desarme, Seage entró, escoltado por el eco de sus botas, avanzando en compañía con la Dra. Shang, quien como de costumbre revisaba en una tableta información que sólo ella comprendía.

Seage se acercó con la familiar confianza de un compañero curtido.

—¿Qué tanto entiendes de eso?— preguntó señalando los planos con la cabeza.

—Lo suficiente como para desarmarlo sin volarlo en pedazos.— bromeó sin quitar la vista del esquema.

—¿Para eso querías que te acompañara?, para ver como intenta descifrar los planos de un…— intentó entender lo que yacía en los planos, sin mucho éxito.— Un, sea lo que sea esa cosa.—

—No, quería que vieras el desempeño del muchacho, observa. Oye, Iltar, piensa rápido.— le lanzó su rifle.

—¿Para qué me das esto?— preguntó confundido.

—Quiero que lo desarmes y lo vuelvas a armar. Tienes 10 mínutos.—

Mientras Iltar se encargaba de cumplir la instrucción de Seage, este comenzó a conversar con la Dra., donde

parecía que había algo más allá de una simple relación de amistad entre ambos.

—Y...¿cómo está tu hija?, ¿ya no ha dado problemas en casa?— preguntó con cierta timidez.

—¿Eh?— tardó en entender la pregunta—. Ah, Marcela, sí, está bien, mejorando su comportamiento según me dice mi mamá, aunque, bueno, en la adolescencia es muy difícil seguir órdenes.—

—¿Por qué lo dices?, ¿acaso tú nunca las seguías?—

—Claro que sí, siempre fui una persona disciplinada, pero, sé muy bien que no todas las personas son cómo yo, mucho menos mi hija, ella, bueno, es más como su padre.—

—¿Ya pediste permiso para el día de su cumpleaños?—

—No. No he realizado la solicitud.— respondió bajando la mirada.

—¿Por qué no?, no me digas que no piensas estar con ella en su cumpleaños.—

—No, no es eso, sólo que hemos tenido mucho trabajo, logrando importantes avances. Me necesitan aquí, sin mí las cosas se retrasarían, quién sabe por cuanto.—

—Li, tu hija también te necesita. Estoy seguro de que te necesita más que cualquier otra persona.— la tomó del hombro.— La familia siempre es primero.—

Aquella última palabra había resonado en la mente ocupada de Iltar, haciéndolo recordar algo que, hasta entonces había olvidado por completo, cumplir su promesa, hablar con su mamá.

—Mi madre…— dijo sin pensar, interrumpiendo la conversación de los dos—. Cómo puedo ser tan idiota.—

—¿Tu mamá?— preguntó desconcertada la Doctora.

—¿Qué pasa hijo?, ¿tu mamá está bien?—

—No lo sé, y es justamente eso lo que no puedo creer que haya olvidado. Un día antes de presentarme en el centro de reclutamiento, había conversado con ella, no estaba del todo feliz con que me uniera a las filas del CMEI, pero logré calmarla, y con tal de que todo estuviese bien, me pidió que le llamara, cada martes, para hablar con ella, aunque sea por unos minutos. Pero qué estúpido, se lo prometí y hasta apenas me acuerdo.—

—Iltar, sabes que llevas aquí más de dos meses, ¿cierto?—

—Sí, lo sé muy bien Doctora. Maldita sea.— volteó a ver a Seage—. ¿Creen que pueda comunicarme con ella?— preguntó Iltar, esperanzado, aunque con la voz medida.

La Doctora levantó y dirigió su mirada en Seage, a quién observó con atención, percibiendo el cambio en su tono. Seage no le dijo nada al principio, se limitó a sólo negar con la cabeza, con calma, sin dureza.

—No, no puedes, no mientras estés aquí. Las comunicaciones están restringidas, únicamente los jefes de departamento o el General Secretario tienen autorización directa de transmisión externa, nadie más. Lo siento mucho.—

—Debe haber alguna manera, llevo mucho tiempo aquí, he dado lo mejor en cada sesión de entrenamiento, los estudios son prometedores, quizá si se lo solicito al General Secretario pueda concederme la...— fue abruptamente interrumpido.

—No. No hay nada que se pueda hacer. No olvides tu lugar, Iltar. Puede que sea cierto lo que dices, pero nada de eso importa cuando no eres siquiera un soldado raso. Las cosas funcionan por jerarquías, respeto, reconocimiento, no por emociones.— respondió con firmeza, dejando en claro que no había nada que hacer al respecto, y que no insistiera con el tema.

—…Sí, Capitán.—

A los pocos segundos de responderle, terminó de rearmar el fusil, dejándolo sobre la mesa con cierta fuerza, la suficiente para que este retumbara, transmitiendo un mensaje no verbal.

—Excelente trabajo. Es todo por hoy. Puedes regresar al laboratorio para los análisis de rutina.—

Iltar no objetó nada, guardó silencio, salió del lugar y tomó rumbo hacia el laboratorio. No creía que le habían negado la oportunidad de comunicarse con su mamá, pero ante la respuesta que percibió como indiferente por parte de Seage, se resignó, no volviendo a tocar el tema, al menos no con él.

El día transcurrió como era de costumbre para él, tras la realización de sus estudios, esperó con paciencia a que llegase la noche, momento en el que podía conversar con Fey a solas. Quería conversar con alguien al respecto de lo acaecido, y no había mejor persona que ella.

Fey llegó luego al laboratorio, no estuvo presente gran parte del día, tuvo que atender un asunto que le impidió estar con la Doctora, realizando los análisis y revisando el estado de Iltar. Al entrar lo encontró sentado sobre la cama, con los codos sobre las rodillas, girando entre los dedos un

pequeño tornillo oxidado que había encontrado en el suelo de camino al laboratorio.

Ella había entrado sin hacer mucho ruido, apenas el sonido de las puertas desbloqueándose fue lo que la acompañó. En sus manos llevaba un termo, le había llevado un poco de té,

—¿No puedes dormir?— preguntó con suavidad, mientras abría la puerta para poder acompañarlo.

—No. No tengo sueño.— respondió sin mirarla.

—Entonces esto puede que te ayude un poco. Toma.— le ofreció el termo.

—¿Qué es esto?— dudó al inicio, pero terminó por aceptarlo.

—Veneno.— dijo con tono sarcástico y burlón.

—¿Qué?—

—No es cierto. Es té, pruébalo.—

—¿Qué clase de té?— preguntó mientras el vapor le llegó con olor a menta y canela.

—De canela con menta. Mi favorito.—

—Muchas gracias, Fey.— apenas y tomó un sorbo.

—¿Todo bien?, ¿pasó algo?— cuestionó preocupado al notar su actitud.

Iltar guardó silencio un segundo más, luego suspiró y habló, como si al fin necesitara soltar lo que lo estaba empujando desde dentro.

—Hoy mientras estaba entrenando, llegó Seage junto con la Dra. Shang. Seage quería mostrarle a la Doctora mis

habilidades, así que me dio su arma y me dijo que quería que la desarmara y volviera a armar. Mientras lo hacía, ambos conversaron, y en esa conversación Seage dijo algo que hizo que me acordara de mi madre, a quien le había prometido antes de ir al centro de reclutamiento, que le iba a marcar cada martes, para conversar, aunque fuese unos minutos. Cuando lo recordé, le pregunté a Seage si podía comunicarme con ella.— su voz comenzó a mostrar signos de disgusto—. Sólo para decirle que estoy bien, que estoy vivo, que no me he olvidado de ella, y qué crees que me respondió...me dijo que no, que las comunicaciones están restringidas, y sólo los altos mandos pueden realizar llamadas.—

Fey no respondió de inmediato, lo escuchó atentamente, manteniendo su mirada en él.

—¿Tienes idea de cómo debe estar?— siguió Iltar, con una voz más áspera—. Yo… desaparecí, de un momento a otro. Ella me estaba esperando para hablar, para que le contara como me había ido, pero nunca le llegó mi llamada el martes, ni el próximo, ni el siguiente. Fey, lleva más de dos meses sin saber de mí. Seguro piensa que me accidenté, que me atacaron, o que…— se le quebró la voz por un segundo—. Estoy muerto. Soy un asco de hijo, porque, dime ¿cómo puede alguien dormir sin saber dónde está su hijo?, mucho menos una madre.—

—Lo siento, Iltar.— agachó la mirada.

—No quiero que se enferme por mi culpa— dijo, apenas en un susurro—. No es justo.— entonces se volvió hacia ella, como si necesitara una confirmación—. ¿Tú crees que eso está bien?—

Fey lo miró con una mezcla de empatía y cautela. Y habló con una firmeza que él no esperaba.

—No. No está bien, pero, no hay nada que puedas hacer.—

—¿Es enserio?— frunció el seño.

—Sí.— repuso sin vacilar—. No sabes cuántas veces he querido hacer una llamada, o tan si quiera escribirle a mi padre, pero aquí, todo lo que entra y sale está vigilado, y tiene una razón, por seguridad, no sólo por nosotros, sino por los que están afuera también. Por eso los únicos con la autoridad para poder realizar alguna llamada o enviar cualquier mensaje, son las personas de mayor rango.—

—¿Entonces qué? ¿Debería dejar que mi madre se consuma en la incertidumbre sólo porque no tengo ningún rango, y debo respetar eso?— replicó alzando apenas la voz.

—No es únicamente el respeto.—respondió firme—. Tú lo sabes, sabes que debemos seguir las reglas, por algo están, qué tal si se les permitiera a todos hacerlo, y eso pudiera, no sé, afectar de alguna manera el estatus de la base, quedando expuesta al enemigo, a los Violets.—

—No estoy hablando de una transmisión abierta.— insistió—. Un mensaje sería más que suficiente, algo pequeño, una línea que le diga que estoy vivo. ¿Eso es pedir demasiado?—

Fey bajó el rostro, y su tono se suavizó.

—Lo que sentimos no siempre puede ni debe anteponerse a las órdenes.—

Iltar la miró con desilusión. No era la respuesta que quería en aquel momento, mucho menos de ella.

—Entonces tú también estás de acuerdo con que la angustia es un precio justo.— dijo con frialdad contenida.

—No es eso, pero elegimos estar aquí. Y eso tiene consecuencias.—

Iltar se puso de pie, con el termo aún en su mano. Sus ojos se habían oscurecido, no por ira descontrolada, sino por decepción profunda.

—Yo no elegí esto. Haber sido salpicado por la sangre de esas criaturas, de haberme convertido en un sujeto de estudio, encerrado. Ese no era mi plan, mi plan era otro muy diferente, Fey.—

Ella lo observó, sin decir ninguna palabra.

—Gracias por el té.— dijo devolviéndole el termo—. Si me disculpas, voy a dormir ahora.— se giró sin despedirse como siempre, sin una sonrisa al terminar de hablar, gesto leve que había empezado a significar más.

Fey entendió que Iltar necesitaba espacio, por lo que no dijo nada más, marchándose del lugar con un amargo sentimiento que no esperaba llevarse cuando recién había entrado.

Habían pasado semanas desde aquella conversación; el entrenamiento de Iltar se había vuelto aún más meticuloso, monitoreando su progreso constante, ya no era un sujeto de estudio, era un miembro que comenzaba a figurar entre las conversaciones de los soldados rasos de la base.

Un día, mientras entrenaba como habitualmente lo hacía, Seage apareció ante él con algo distinto en su semblante. Llevaba consigo un pequeño dispositivo, del tamaño de una terminal personal, recubierto en un material

gris mate. Lo extendió hacia Iltar sin decir palabra alguna al principio.

—¿Qué es esto?—

—Un transcriptor de voz.— respondió sin teatralidad—. Todo lo que digas se almacenará, y luego podrá organizarse como un diario narrado, una carta hablada para tu madre. Una vez tengas autorización de salida, se lo enviaremos.—

Por un momento, Iltar no supo qué decir. Miró el dispositivo, luego a Seage. El nudo que había atado en su pecho tantas semanas pareció aflojarse, sintiendo una profunda gratitud.

—Gracias.— musitó—. Esto significa más de lo que imaginas.—

Seage asintió. No hacía falta decir más, ambos entendían lo que significaba estar desconectado del mundo, de los suyos.

—Ah, y otra cosa, prepárate.— añadió—. Mañana a primera hora tendrás tu primera misión real.—

—¿Misión?— sus ojos se iluminaron como niño en juguetería.

—Sí, irás como parte de mi escuadrón. Hay que recuperar una valija con componentes de alto nivel.—

—¿Qué clase de componentes?—

—Clasificados, lo sabrás mañana, lo único que te puedo decir es que son parte de un pedido urgente del Doctor Sostakovish.—

—Desde que te conocí he escuchado su nombre, pero nunca lo he visto, ¿quién es?—

—El Doctor Sostakovish es el jefe del Departamento de Comunicaciones y Desarrollo de Aplicaciones. Fue transferido a la base norte de Ventrez hace poco. Él diseñó parte del sistema de encriptación que se usan en todas las bases, lo que nos permite mantenernos ocultos.—

—¿Y por qué vamos a ir mañana, en domingo?, ¿por qué no otro día?—

—Porque así te pondrás a prueba.— contestó sin rodeos—. El domingo sigue siendo el día más peligroso, y también el más simbólico para las comunidades que aún resisten. Nuestra misión, consistirá en proteger a la población aledaña, acabar con los Violets, recuperar los componentes y regresar a la base.—

—¿Y si fallo?—

—No lo harás.— afirmó—. Todo lo que has entrenado es para esto.—

—Gracias, Seage.—

—No es nada. Bueno, sólo vine para darte eso e informarte de nuestra misión. Tengo que dejar algunas cosas listas para mañana. Te recomiendo que no te agobies mucho, si puedes ve a descansar más, créeme, lo vas a necesitar.—

Seage salió del lugar sin más. Iltar le hizo caso, abandonando la zona de entrenamiento para irse a descansar. En el camino no podía dejar de pensar en la oportunidad que tendría de no sólo demostrarle a Seage que todo el entrenamiento ha valido la pena, sino también demostrarse a sí mismo que puede ser un elemento de gran valor para el CMEI y para el mundo.

-V-

Al llegar al laboratorio se encontró con la sala desierta, con luces suaves y pantallas en espera, donde Fey se encontraba sentada en una de las terminales, revisando datos biométricos de Iltar.

—¿Listo para descansar?, mañana será un día largo.—

—¿Qué?, ¿cómo sabes que...?—

—Recuerda que aquí todo se sabe.— dijo entre risas.

—Es verdad. Sí, justo estoy aquí para descansar un poco.—

—Ven. Siéntate conmigo un rato.—

La atmósfera era distinta, no como las veces anteriores, donde todo era análisis y trabajo, ni como aquella incómoda interacción que habían tenido sobre seguir las reglas, había algo más en ese momento.

—Ah, por cierto, mira, Seage me dio esto.— dijo mostrándole el transcriptor—. Me dijo que me serviría para grabar mensajes para mi madre.—

Fey sonrió, con un brillo sincero en los ojos.

—Ya ves. Al final sí podrás decirle a tu mamá que estás bien.—

—Sí...oye, siento mucho mi comportamiento cuando hablamos al respecto de eso.—

—Gracias, no esperaba una disculpa, por lo general las personas sólo asumen que las cosas estarán bien luego de un desencuentro.—

—No quería comportarme así, mucho menos contigo. Eres la persona más cercana para mí, me has ayudado a mantenerme

estable durante todo este tiempo, y más en un lugar donde pareciera que mi estatus de persona había desaparecido.—

—Tú también eres la persona más cercana que tengo, en tan poco tiempo te has vuelto más cercano que muchos de mis compañeros y compañeras con las que llevo años colaborando, pero nunca se ha dado un espacio para, bueno, ya sabes, hablar de cosas que no sean sobre el trabajo o situaciones afines.—

Ambos estaban nerviosos, mostrando una sonrisa que les era imposible ocultar. Así pasaron los segundos hasta que Fey terminaría por continuar la conversación.

—¿ Y estás nervioso por la misión de mañana?— susurró.

—Bastante, más de lo que creía, aunque también estoy emocionado.—

—Volverás.— dijo—. Si era eso lo que te preocupa, déjame decirte que estoy segura de que lo harás excelente. He visto como entrenas, y no conozco a nadie como tú, que lo de todo, bueno, nadie fuera de los Capitanes Seage y Bravo.—

—¿Me has visto entrenar?—

—Mediante las cámaras, pero es porque la Doctora ha necesitado analizar tus movimientos, y pues, como la ayudo, tengo que ayudarla a encontrar patrones y cosas así.— respondió entre cortado por la vergüenza que sintió al darse cuenta de que se había dejado en evidencia.

—Si tú crees en mí, con eso es más que suficiente.—

El momento se sintió bastante íntimo. Ambos se miraron fijamente uno a otro. El color azul cielo de los ojos de Iltar penetraban en los de Fey. Sus sonrisas parecían ser sin sentido, sonrisas que para ambos era de tontos, mas

ninguno podía dejar de hacerlo. Para la segunda vez, fue Iltar quien terminó con el momento, por miedo a que fuese a ser incómodo para ella.

—Bueno, pues, creo que ya me iré a dormir, mañana será un día largo, como dices. Buenas noches, Fey— dijo poniéndose de pie.

—Sí, yo también ya me voy, tengo un reporte que entregarle a la Dra. a primera hora. Hasta mañana, que descanses, Iltar.— dijo dejando ver aquella sonrisa habitual al despedirse de él.

—Hasta mañana, Fey, que descanses igual.— le sonrió de vuelta, recuperando aquella costumbre no escrita entre ambos.

Al cabo de unos minutos, Iltar se quedó solo, con la compañía de su mente que no paraba de imaginar cómo sería el siguiente día. Estaba seguro de que todo el tiempo que pasó entrenando arduamente daría resultado, donde no sería cómo la primera vez que se enfrentó a los Violets, donde no se quedaría inmóvil ante el miedo, sino que ahora este sería su arma contra ellos, contra una amenaza evolutivamente superior, depredadora de los humanos.

VI—SEGUNDO ASALTO—VI

Seage entró al laboratorio en búsqueda de Iltar, quien para su sorpresa, se encontraba esperándolo a él.

—Vaya, no esperaba encontrarte despierto.— dijo mientras entraba al cubículo.

—Tenemos una misión que cumplir, Capitán.—

Seage soltó una tenue risa.

—Capitán, es verdad, a partir de este momento soy tu Capitán, pero, no creo que sea necesario recordarte que esas cosas no van conmigo.—

—Claro que lo sé, Seage.—

—Ten, alístate lo antes posible, partimos en 10.— le entregó un traje de soldado raso—. No es lo mejor para largos combates, pero por el momento no puedo entregarte nada más, al menos no hasta que te hagas de una buena reputación en la base y subas de rango.—

El equipo era básico, un casco negro, unas gafas de visión ultravioleta, traje completo ajustable de color negro, hombreras, chaleco, guantes, cinturón táctico, rodilleras y botas, todo de color negro y de rango militar. Tan pronto terminó de ponerse el traje, Seage le entregó dos cosas más, recuerdos de su primer encuentro.

—Ten, también lo vas a necesitar.— le entregó la barra luminiscente del supervisor Hersten, y el rifle que no pudo utilizar aquel día—. No pienses que es por algún tema sentimental, ni nada por el estilo, pero dentro de la cultura del CMEI, si recoges equipo de algún miembro caído o se te

es otorgado, estos pasarán a pertenecerte, además, de cualquier forma, ibas a recibirlos, y que mejor que sean los que ya conoces.—

—Gracias, Seage.—

—No es nada, ahora, vamos, nos espera nuestro pelotón.—

—¿Cuántos seremos?—

—Los de siempre, 10 hombres, incluyéndonos.—

Ambos salieron del laboratorio y se dirigieron a la parte exterior de la base, donde estaba el avión que los dejaría cerca de su objetivo. La luna estaba ausente, todo el lugar estaba iluminado por las luces artificiales de la base, proyectando una sombra sobre los soldados que los acompañarían listos y formados en fila en espera de la orden de su Capitán para abordar.

—¡Listos muchachos, tenemos una misión que cumplir!— exclamó Seage, dando la señal de subir al avión.

El avión rugió al encender sus turbinas; el escuadrón subió a bordo en formación, donde los últimos en abordar fueron Iltar y Seage. Iltar se sentó junto a la compuerta lateral, entre dos soldados que apenas lo miraron, Seage, por su parte, se mantuvo de pie, observando a sus hombres. Todos vestían uniformes más pesados que Iltar, no al nivel del traje completo de Seage, pero sí con notables diferencias, con placas negras y símbolos que él aún no comprendía, elementos que dejaban claro su nula experiencia en combate real.

—Muy bien muchachos, pongan atención. Revisaremos una vez más la misión.— dijo para todos, activando la proyección holográfica de la zona de aterrizaje—. Nuestro objetivo es

recuperar una serie de dispositivos solicitados por el Dr. Sostakovish, ubicados dentro del centro comercial de la ciudad de Nuevo México. Nosotros aterrizaremos con paracaídas sobre el tejado de la unidad habitacional aledaña. Una vez toquemos tierra nos apresuraremos a llegar hasta el centro comercial, en donde creáremos un perímetro alrededor para cubrir el lugar de ataques del enemigo. Los reportes indican que todas las personas han abandonado la zona en un radio de 5 kilómetros, aun así, estén al tanto en caso de realizar contacto visual con cualquier posible civil, si bien es cierto que tenemos una misión y nada debe desviarnos de esta, la prioridad siempre será velar por la seguridad de las personas, protegerlas a todo costo. Una vez se levante el perímetro, entraré a buscar los dispositivos, mientras tanto ustedes deberán proteger el lugar. Al finalizar la misión nos refugiáremos en el centro comercial colocando las barricadas que se desplegarán una luego de aterrizar, sobre las entradas al edificio, resistiendo cualquier ataque hasta el fin del día. ¿Alguna duda, soldados?—

Nadie dijo nada. El silencio era sinónimo de haber entendido la misión. Seage se acercó a Iltar para decirle algo.

—Escucha, Iltar, si en algún momento crees que no podrás con esto.— pausó, buscó sus ojos—. Sólo intenta no morir, con eso harás más suficiente.—

La compuerta del avión se abrió con un chirrido hidráulico. Un vendaval helado se coló por la abertura, azotando los rostros cubiertos de los soldados. Las luces internas se tiñeron de rojo, señalando que estaban a pocos minutos del salto.

Iltar tragó saliva, pues a pesar de todo el entrenamiento, de las simulaciones, de los meses en la base,

este era un instante que no se podía preparar. Se colocó en fila detrás de Seage; a su derecha, uno de los soldados ajustaba su arnés, y a la izquierda, el cielo lo llamaba.

—¡Última revisión!— expuso el técnico de salto, mientras caminaba a paso rápido entre los soldados—. Líneas limpias, dispositivos activos, lentes a cero, armas en seguro. ¡En posición!

A sus pies, yacía la ciudad fantasma de Nuevo México que se extendía como un cadáver metálico por varios kilómetros. Los edificios eran esqueletos grises, sus ventanas vacías como ojos huecos, algunas zonas brillaban tenuemente por las luces de aquellas personas que aún permanecían cerca de la ciudad, esperando con temor el inicio del domingo.

Las luces del interior parpadearon de un color amarillo.

—¡5 segundos!— gritó el técnico.

Seage tocó el hombro de Iltar, Un gesto silencioso que decía “vas a estar bien”.

Las luces cambiaron a rojo.

—¡Ahora!— ordenó el técnico.

Seage saltó sin dudar, su silueta desapareciendo en la noche. Iltar sintió que su cuerpo se movía solo, impulsado por el eco de la orden, cruzando la compuerta y saltando al vacío. El primer instante fue un choque brutal de aire. El ruido lo envolvió, como si todo el mundo estuviera gritando en sus oídos, sólo para después pasar a un total silencio.

La sensación era indescriptible; el pecho comprimido, las extremidades temblorosas, el frío hincando

los músculos, pero también, una euforia incontenible, una libertad salvaje, total. El cielo se abría sobre él, sin fin, mientras la ciudad destrozada se alzaba hacia él como un recuerdo de otro tiempo.

El sistema de reconocimiento de visor comenzó a marcar la zona de aterrizaje y los nombres de sus compañeros descendiendo en diferentes ángulos. Estando sobre el punto de acción, activó hábilmente su paracaídas.

La tela se desplegó como alas, jalándolo hacia atrás. Iltar sintió un tirón violento en el arnés, y su caída se estabilizó. Abajo, la azotea del antiguo edificio de oficinas ya era visible, un helipuerto corroído, con marcas de evacuación de hace décadas, rodeado de viejas antenas oxidadas y barandales doblados por el viento y los años. Había escombros, y también zonas despejadas.

Dos soldados aterrizaron segundos antes que él, el resto le seguía el ritmo, mientras que Seage flotaba con elegancia militar a unos metros por detrás.

—¡Zona limpia!— gritó uno de los soldados mientras levantaba su arma.

Iltar descendió con fuerza, rodó en el suelo con el paracaídas aun ondeando a su espalda. La tela chisporroteó al tocar una lámina metálica. Se levantó de un impulso, desenredando el arnés con manos torpes por la adrenalina.

El viento aullaba sobre la azotea, trayendo consigo olores de oxidación, musgo seco, concreto quemado por el sol, a sus pies la ciudad seguía muda. Seage se acercó caminando como si nada hubiera ocurrido, con su rifle al hombro y la mirada fija en el horizonte.

—Buena caída.— dijo, sin mirar a Iltar.

—Gracias, Capitán.— respondió con algo de dificultad respirando hondo.

—Recuerda…—añadió Seage, cargando su arma y girándose hacia el centro comercial—. Si no puedes con la situación…—

—Intenta no morir.— completó con una leve sonrisa.

Seage lo miró de reojo, casi divertido.

—Ya lo tienes, ahora, avancemos.—

Seage dio las órdenes rápidas. El escuadrón descendió por el edificio con prisa, Seage les había dicho que quería el perímetro levantado para antes de las 00:00 hrs, pues no quería tener que encontrarse con los Violets antes de tiempo.

Recorrieron la ruta trazada con velocidad, sorteando los obstáculos de las calles de la ciudad, cientos de autos abandonados, destruidos, adornando el camino hasta el centro comercial.

Los soldados habían comenzado a tomar sus posiciones, levantando el perímetro alrededor del edificio, y entonces, a las 00:00 exactas, el cielo, el ambiente, la realidad, comenzó a cambiar, estaba llegando la noche ultravioleta. Todo el lugar se convirtió en pocos minutos en un abismo profundo, como si una cortina de oscuridad líquida hubiera caído sobre el mundo. El casco de Seage comenzó a emitir la alerta, la señal de que había iniciado.

Por unos minutos, el operativo transcurrió sin incidentes. Seage había entrado en el edificio en busca de la valija, mientras los demás vigilaban las inmediaciones, tensos, preparados. A pesar de que la noche ultravioleta

estaba sobre ellos, no detectaron la presencia de ningún Violet, lo que les pareció un poco extraño, pues esperaban encontrarse con una gran cantidad de ellos tan pronto iniciara el evento, mas no fue el caso.

La misión estaba a punto de ser concluida con éxito, Seage se mantuvo en contacto con su pelotón por medio de sus comunicadores, todo estaba en orden, sólo tenía que encontrar un último artefacto, y entonces, de la nada, el ojo izquierdo de Iltar comenzó a dolerle, como si este le estuviese palpitando.

No sintió dolor, sino una punzada pulsante, insistente, ardiente, como si algo estuviera vibrando dentro de su cráneo. Se llevó la mano al rostro, pero eso sólo intensificó la sensación. El sentimiento fue tal que terminó por quitarse las gafas, dejando que el aire frío le tocara el rostro.

En un momento comenzó a quejarse tan fuerte que llamó la atención de sus compañeros, quienes al escucharlo y verlo no dudaron en preguntarle si estaba todo bien.

—¿Iltar?— preguntó un soldado a su lado—. ¿Qué pasa?—

El zumbido del ojo se detuvo, abriéndolo de golpe, y viendo a lo lejos, entre las ruinas del lado opuesto, a apenas veinte metros, una figura de extremidades largas y movimientos líquidos caminaba agachada, con su piel translúcida emitiendo leves destellos violetas.

—¡Hay uno!— gritó alzando el arma—. ¡Hay uno!

Disparó sin pensar. Tres balas silbaron y una impactó en la criatura que estalló en un chillido sordo y agudo, como una onda que rebotó por el suelo.

—¡Contacto!— gritó otro soldado, alzando su rifle.

En segundos, el perímetro cobró vida, las armas se encendieron, los visores se ajustaron, y todos se agruparon mientras más criaturas comenzaban a emerger de la oscuridad. Los Violets habían llegado, y aquella vez, Iltar estaba listo para enfrentarlos.

El silencio se quebró con el primer disparo. Decenas de Violets comenzaron a emerger de entre los restos de una boutique derruida, deslizándose como humo sólido, con su silueta de extremidades delgadas, rostro anguloso y ojos como huecos encendidos en un resplandor púrpura. Iltar fue el primero en verlos alertando a su equipo y disparando sin dudar. El proyectil impactó en el pecho de la bestia, que se retorció en el aire antes de perder la vida.

El pelotón se había dividido en dos líneas, una rodeando el perímetro del edificio y otra en el interior, defendiendo las escaleras y el ascensor inutilizado. Seage estaba abajo, dentro de una antigua sala de monitoreo, trabajando sobre una caja fuerte blindada con herramientas que chispeaban a cada segundo.

Las primeras oleadas fueron fáciles, Iltar, con una precisión sobrehumana, derribaba a cada criatura que cruzaba su mira, donde cada disparo suyo era una baja certera, su pulso era un metrónomo perfecto, teniendo un control y precisión inigualables.

—¡Dos más por el flanco este!— gritó uno de los soldados.

Iltar giró y vio cómo uno de sus compañeros se lanzaba con una daga de filo negro sobre uno de los Violets, abriéndole el torso con un movimiento limpio. La criatura se desvaneció con un grito gutural que reverberó en el concreto. A su lado, otro soldado descargaba ráfagas de energía sobre

un grupo que avanzaba trepando por una pared con movimientos inhumanos.

Todo parecía bajo control, sus ataques eran coordinados y letales, pero, entonces, algo cambió, el aire se volvió más espeso, más cargado, y el ultravioleta del cielo se intensificó como si la misma oscuridad los hubiese visto. Desde los callejones, alcantarillas rotas y rendijas del concreto, comenzaron a surgir más formas, decenas, luego cientos.

—¡Capitán, están llegando más! ¡Son demasiados!— gritó uno desde la cornisa.

—¡Mantengan las líneas! ¡No retrocedan!— ordenó Seage desde su comunicador.

El sonido de los disparos era constante. Ecos, estallidos y rugidos no humanos. Un soldado cayó en la entrada principal, rodeado por cinco Violets que lo desmembraron en segundos antes de ser eliminados por una granada de pulso. Luego cayó otro, después otro y otro. La línea interior colapsó, las criaturas se lanzaban como sombras líquidas a través de los muros rotos. Uno de los soldados fue arrastrado escaleras abajo, y sus gritos se apagaron en segundos, mientras que 4 más desaparecieron entre la neblina púrpura.

—¡Seage! ¡Nos están rodeando!— gritó Iltar, retrocediendo mientras cubría a un compañero herido.

—¡Casi termino, necesito un par de minutos más!— respondió Seage, jadeando, mientras su visor mostraba líneas de códigos encriptados, la caja fuerte aún no cedía.

Iltar disparó a una criatura que se le abalanzó desde una columna, luego otra por el suelo, y otra por los ductos

superiores. Sus reflejos ya no eran humanos: su cuerpo se movía antes de que pudiera razonar, sus latidos apenas se aceleraban, mas incluso con eso, no era suficiente, el número empezó a superarlo con creces.

—¡Seage! ¡Tenemos que irnos ya! ¡No podemos sostener la posición más tiempo!— gritó mientras recargaba con velocidad casi automática.

Seage alzó la vista desde la valija, con el sudor cubriéndole la frente y los ojos firmes.

—¡Dame un minuto más, sólo uno más!—

—¡Uno más y estaremos todos muertos!— replicó, con su armadura dañada, con 3 rasgaduras profundas y una hombrera perdida, y la otra cubierta de sangre.

El suelo vibró con los pasos de las criaturas. Una de las columnas del centro comercial colapsó, levantando una nube de polvo blanco. El rugido colectivo de los Violets se volvió ensordecedor, como si cantaran al unísono desde los rincones de la misma oscuridad.

Iltar al ver la situación, decidió ir a buscar a Seage, en eso sus compañeros le gritan que no le vendría mal una mano extra, por lo que tuvo que tomar una decisión, ir a ayudar a sus compañeros o ir por Seage. La respuesta fue obvia para él, no dejaría morir a sus compañeros, fue para apoyarlos a mantener la única línea de defensa que les quedaba, mientras que Seage continuaba intentando conseguir el dispositivo restante.

—¡Seage, si no nos vamos ahora perderemos todo! La valija no servirá si nadie sobrevive para llevarla.— exclamó mientras hacía todo lo posible por mantener la posición.

Por primera vez, Seage dudó, luego de un segundo eterno, asintió con los labios apretados.

Antes de que perdieran su posición, Seage llegó para ayudarlos, eliminando de manera casi inmediata a una desena de Violets con un rápido y preciso ataque con su arma.

—¡Listo, ya tengo el dispositivo!, ¡ahora sólo debemos resistir!— dijo mientras atacaba.

—¡Maldita sea! ¡Seage, hemos perdido a 6 hombres! ¡Sea lo que sea que tengas planeado, será mejor que lo hagas ya!—

—¡Todos, retirada táctica! ¡Aléjense de la entrada!—

Iltar corrió a ayudar a levantar al soldado herido que yacía junto a la entrada, justo en el momento en el que Iltar consiguió alejar a su compañero de la entrada, Seage lanzó una granada y le activó con un disparo sobrecargado de su arma, emitiendo una onda expansiva brillante, empujando a las criaturas hacia atrás y provocando el colapso de los pilares de la entrada, consiguiendo obstruir el paso a los Violets.

—¡Movámonos!— gritó.

Un Violet se abalanzó sobre él, provocando que se separara. Iltar iba a ir por él, pero de hacerlo significaría dejar solo a su compañero, así que confió en las habilidades de Seage para librarse del Violet.

El Violet consiguió dañar severamente su traje, al punto de casi romperle el casco, mas Seage logró enterrarle su cuchillo en la cabeza, quitándoselo de encima y volviendo hasta Iltar y el soldado herido.

La nube de polvo presente a raíz de la explosión flotaba como una cortina pesada y densa, imposible de

atravesar con la vista común. El soldado mal herido disparaba a ciegas, hacia las sombras, hacia donde creía que se podría encontrar el enemigo, dejándose guiar por su miedo; sin embargo, de entre toda esa confusión, dos figuras aún se mantenían firmes, moviéndose con precisión quirúrgica, atacando y eliminando a sus objetivos sin titubear, Iltar y Seage; quienes sí podían ver aún con todo el polvo, Seage, gracias a sus gafas de espectro ultravioleta, e Iltar, de una forma que ni si quiera él sabía.

Mientras los demás caían uno a uno, Iltar disparaba sin titubeo, sin vacilación. Uno, dos, tres Violets caían bajo su fuego directo. Su ojo izquierdo irradiaba un ligero brillo, oscuro y pulsante, como si una tormenta se hubiese anidado dentro de su pupila. La rabia lo había invadido, dolor e impotencia.

—¡Muéranse todos, malditos!— gritó mientras descargaba su arma con furia, aniquilando a las últimas criaturas de la oleada.

Sin darse cuenta terminó por vaciar por completo su cargador, el cual marcó en rojo la falta de munición, pero aún con esto Iltar ni se inmutó, seguía accionando el gatillo sobre los cuerpos inertes de los Violets.

—¡Suficiente!— gritó Seage al acercarse y empujarlo con fuerza—. ¡Iltar, ya están muertos! Gastarte así la munición no hará nada más que dejarte indefenso después.—

El polvo comenzó a asentarse. Seage lo miró con furia y preocupación, hasta que notó algo.

—Iltar...—

—¿Qué pasó, Seage?—

—¿En dónde están tus gafas?— musitó preocupado, consternado.

Iltar, jadeante, confuso, parpadeó un par de veces y se llevó una mano al rostro.

—¿Qué?, de qué hablas si las tengo…— su voz se desvaneció al no sentirlas—. Carajo.—

—No. No las tienes.— entrecerró los ojos—. ¿Y aun así… podías ver?—

Iltar asintió lentamente, sin entender. Seage entonces, de un movimiento rápido, lo derribó con una patada y le apuntó directo al rostro.

—¡¿Qué estás haciendo?!— gritó desde el suelo.

—¡¿Cómo es que podías ver sin las gafas?! Por favor dime que no te estás convirtiendo en una de esas cosas.—

—¿Qué?, ¡no! Por Dios, Seage, ¡sigo siendo yo!—

Un quejido interrumpió el momento. Seage bajó el arma, apretando los dientes. Extendió una mano y ayudó a Iltar a levantarse.

—Después hablaremos de esto. Ahora tenemos que ayudarlo.— repuso guardando su arma y ofreciéndole la mano para ayudarlo a levantarse.

Regresaron con el soldado herido. Al revisarlo se dieron cuenta de que había sufrido daño en la columna. Seage intentó ayudarlo, pero sin el equipo médico necesario, poco podía hacer para disminuir su dolor.

—Debemos esperar. Hasta que termine el día…— susurró Seage mientras respiraba hondo.

—¿Cómo supiste a qué pilares disparar?—

Seage no lo miró, sólo exhaló, y respondió.

—Todas las misiones son analizadas antes de ser ejecutadas. Es cuestión de preparación previa. Aunque sinceramente… no creí que al final me quedaría sólo con dos soldados.—

—Bravo se sentirá muy orgulloso de ti al saberlo.— dijo buscando romper el ambiente de tensión.

Un instante después, el ojo de Iltar recuperó su apariencia normal, Seage lo notó, mas no dijo nada, se mantuvo en silencio, con un gesto leve de desconcierto.

Tras unos minutos, Seage comenzó a buscar entre los restos del lugar, las placas de los soldados caídos, encontrando algunas, con otras tanto no tuvo mucho éxito, pues muchos habían sido devorados por completo por los Violets.

Por su parte, Iltar se quedó junto a su compañero, intentando hacerle compañía mientras escuchaban los ruidos producidos por las criaturas que yacían afuera del centro comercial.

—¿Cuál es tu nombre?, ¿Palmer?— preguntó mientras se sentaba junto a él.

—Sí…así es. ¿Cómo…?—

—Lo dice tu ID.— señaló su placa.

—Ah, claro… y tú eres…—

—Iltar.—

—Lo siento, tengo algo borrosa la vista ahora.—

—No pasa nada. Vaya rasguño que te metieron.—

—Sí, esos desgraciados pensaron que podrían conmigo.— dejó salir una exhausta risa—. Oye…tu ojo, estaba…raro. Oscuro, como con venas moradas.—

—Ah…sí, bueno…—

—No es contagioso, ¿cierto?— preguntó con cierto temor.

—Pues…no lo sé. Esperemos que no lo sea.—

—¿Así fue como pudiste verlos?, sin las gafas.—

—Eso parece.—

—Maldita sea, ojalá sí sea contagioso. Yo también quiero eso. Tras el derrumbe no podía ver nada con mis gafas, el polvo lo tapaba todo.—

—¿Entonces cómo sabías a dónde disparar?—

—No lo sabía, sólo disparaba al frente. Dios quiera y les haya volado los sesos a unos cuantos.— dijo mientras se tocaba su hombro derecho.

—No te quiero ilusionar, pero, sí, es probable que hayas acabado con un par.— expresó con intensión de romper la tensión.

—¿Y ahora qué, sólo esperar a que termine el maldito día? Cielos…se me antojó una cerveza, y yo aquí, sin poderme levantar.—

—Estamos en un centro comercial. Puede que haya alguna por aquí.—

—Es cierto, pero, bueno, con mi columna hecha mierda, no creo poder comprobarlo.—

—Iré a echar un vistazo. Si encuentro algo, te lo traigo.— se levantó.

—Joder macho. Gracias.—

—No te muevas. Si necesitas algo, infórmaselo al Capitán Seage.—

—Además de amable, un cómico de primera. No te preocupes por mí, aquí estaré…decorando el suelo.—

Iltar caminó entre los pasillos cubiertos de polvo, escombros y cadáveres. Tras unos minutos de estar buscando, encontró un viejo refrigerador oxidado, que milagrosamente tenía en su interior refrescos y unas cuantas botellas aún intactas.

Iltar regresó desde las entrañas del edificio con 3 cervezas, tibias pero intactas, envueltas en una capa fina de polvo y con las etiquetas medio despegadas por el paso del tiempo. Los tres se sentaron en círculo improvisado, rodeados de armas descargadas y silencio de cementerio. Para distraer a Palmer de la situación, Iltar comenzó a hablar de la familia; Palmer tenía una hermana menor, que se encontraba en la corona del Imperio Japones, Kyoto, una de las ciudades con mayor calidad y esperanza de vida de todo el mundo; Seage, por su parte evitó decir demasiado, mencionando sólo acerca de su hermano, muerto en la guerra, e Iltar habló sobre su madre, y el deseo de poder hablar nuevamente con ella algún día.

—No son frías, pero están enteras.— dijo sonriendo, y tendiéndole una a Palmer mientras lanzaba la otra hacia Seage, quien la atrapó sin apenas mirarla.

—Como tu sentido del humor, intacto, pero rancio.— respondió Seage, y con un movimiento seco destapó la botella contra una esquina del fusil descargado.

Palmer recibió la suya como si le hubieran regalado una botella de oro líquido.

—Dios bendiga a los saqueadores que no revisaron esa máquina expendedora.— dijo entre dientes, llevándosela a los labios con un temblor casi reverente.

El silencio era profundo, absoluto, sólo interrumpido por el ocasional crujir lejano de los restos del edificio o el zumbido de alguna bestia a lo lejos.

—Podría jurar que esta cosa sabe a pan viejo y gasóleo.— se quejó Palmer, aunque no dejó de beber.

Iltar lo miró con una sonrisa ladeada.

—Mejor eso que el sabor de la sangre o del miedo, aunque tampoco es que lo estemos esquivando del todo.—

Un breve silencio se instaló tras su broma, entonces, Iltar, intentando mantener a Palmer alerta y consciente, decidió desviar la conversación hacia algo más humano.

—¿Tienes familia, Palmer?—

El soldado se acomodó como pudo entre los escombros. Su rostro estaba blanco, pero sus ojos se mantuvieron vivos, decididos a no dejarse llevar por el dolor.

—Sí. Una hermana menor. Vive en Kyoto…¿sabes dónde es?—

—Claro, la ciudad cúpula, ¿no?, creo que la llaman “el jardín flotante”.—

—Sí, esa misma. Está en la zona imperial japonesa…dicen que es uno de los lugares más seguros del mundo ahora, bueno, después de la URSS; antes, mi hermana me mandaba postales, con fotos hermosas, llenas de templos restaurados,

tecnología avanzada por todas partes, y sin una sola bestia en kilómetros a la redonda. Ella…ella se lo ganó, es brillante, y lo demostró en una feria de ciencias y tecnologías internacional, obtuvo una estancia para su postgrado todo pagado, yo en cambio…bueno, terminé aquí, entre trincheras.—

—¿Ya no hablas con ella?— preguntó Iltar, curioso.

—No, desde que empezó mi servicio en la base no he podido ponerme en contacto con ella, pero, aún recuerdo el contenido de sus cartas, y, aunque suene poco creíble, eso me ha ayudado a mantenerme centrado durante todo este tiempo, hasta que pueda volver a comunicarme con ella.—

—Debe estar muy orgullosa de ti.—

Palmer lo miró con una sonrisa sincera.

—Eso espero. A veces sueño con que llego a casa y ella está ahí, con un yukata blanco, esperándome, sólo para decirme a modo de regaño "no te vuelvas a ir así, idiota".—

Seage permaneció en silencio. Giró la botella entre sus dedos, sin mirar a ninguno de los dos.

—¿Qué hay de ti, Seage?— preguntó Iltar con cautela.

El hombre suspiró, como si algo se removiera muy hondo en su interior.

—Tenía un hermano, mayor que yo.—

—¿Tenía?— cuestionó Palmer.

—Sí. Murió en la primera gran ofensiva del Frente Oeste. Yo apenas estaba saliendo de la Academia cuando me llegó la noticia. Sí...fue un gran soldado, y un buen hermano.—

Ambos sintieron la pérdida de Seage.

—Por favor, no lo hagan, no se disculpen, él eligió estar ahí, y yo elegí seguir sus pasos, así como cada persona que está dentro del CMEI. Él lo decidió, conociendo los riesgos.— respondió el capitán, con tono firme.

Palmer asintió en silencio, bebiendo despacio.

—¿Y tú, Iltar?—

Hubo un momento de duda, luego, con la botella apoyada en la pierna y los ojos fijos en el suelo, Iltar habló.

—Tengo dos hermanas mayores y a mi mamá. Mis hermanas se mudaron con sus parejas a la URSS, mi madre, ella se quedó en la ciudad de Tegucigalpa, al sur del país, cerca de la frontera. Hace años que no la veo, la última vez que hablé con ella fue un día antes de presentarme al centro de reclutamiento. No sabe lo que me pasó, ni dónde estoy, no sabe nada. Puede que esté preocupada…tal vez enferma, llorando sin saber si estoy vivo.—

Los otros dos guardaron silencio. Palmer bajó la mirada. Seage apretó los labios.

—Espero poder decirle, aunque sea que estoy vivo, pero, claro, siempre y cuando consigamos sobrevivir.—

—Sobreviviremos.— dijo Seage, casi sin pensarlo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?—

—Porque hemos luchado con un propósito, no sólo por obligación o misión.—

Palmer levantó su cerveza, haciendo un leve brindis con el brazo apenas funcional.

—Por las madres que esperan, por los hermanos caídos y las hermanas que aún sueñan con vernos de nuevo.—

Iltar lo imitó, y Seage también, aunque el suyo fue más una inclinación de cabeza que otra cosa. Las botellas chocaron suavemente en el centro, como un pacto silencioso entre almas desgastadas.

El ambiente era tranquilo, incluso cálido en contraste con el frío del lugar, así fue hasta que se escuchó un sonido que retumbó por todo el lugar, una vibración subterránea, una especie de silbido ronco, viscoso, como una respiración que no pertenecía a ningún ser humano.

La conversación amena entre los tres sobrevivientes se extinguió como una llama sofocada por el viento. Un sonido seco, casi imperceptible al principio, retumbó debajo de ellos como un latido de tierra enferma. La vibración era rítmica, orgánica, como un corazón monstruoso latiendo bajo concreto.

Seage se incorporó al instante, su instinto de soldado afilado como un cuchillo. Iltar colocó su cuerpo entre Palmer y la oscuridad, con el arma empuñada, aunque sin munición, mientras Palmer giró el rostro lentamente desde el suelo, con la cerveza aún a medio terminar en su mano ensangrentada.

De repente, justo frente a ellos, en el centro del pasillo hundido, entre los escombros y las vitrinas rotas, el suelo se agrietó, no como si algo empujara desde abajo, sino como si la tierra misma fuera absorbida hacia un punto invisible. Las losas se partieron en círculos concéntricos, cediendo hacia un hueco negro que se abría como una herida palpitante.

Un vaho pútrido brotó del agujero, acompañado de un leve resplandor violáceo que iluminaba las columnas del

centro comercial en sombras grotescas, y entonces emergió, con un sonido gorgoteo visceral, como si cientos de bocas húmedas succionaran al unísono, dejando ver el cuerpo de una criatura colosal, nunca antes vista.

Su anatomía era de pesadilla, tenía el cuerpo de un gusano gigantesco, de más de cinco metros de alto cuando se alzaba, y cerca de veinte metros de largo si se extendía por completo. Su piel era gelatinosa, pero traslúcida, como un órgano sin piel expuesto a la intemperie. A través de ella se podía ver un sistema interno palpitante, venas oscuras que transportaban un fluido azul brillante que parecía irradiar calor y energía.

No tenía ojos, en su lugar, sobresalían múltiples apéndices sensoriales, tentáculos delgados, largos y flexibles que se movían con lentitud inquietante. De la parte superior de su cráneo salía una corona ósea, como una estructura coralina, con fragmentos que chispeaban al contacto con el aire, generando pequeñas descargas eléctricas. En el centro de su cara, donde uno esperaría una boca, había una cavidad circular giratoria, llena de pequeños dientes curvos que rotaban como una turbina viva.

El Violet reptó hacia el interior del centro comercial, y cada centímetro de su desplazamiento arrastraba consigo una masa de baba oscura que se adhería al suelo, derritiendo lo que tocaba con un siseo. Se desplazaba con una lentitud majestuosa, como si supiera que no tenía prisa para matar.

Palmer, aún en el suelo, miró con los ojos desorbitados.

—Madre de Dios…qué…es…eso…—

—Eso no es un Violet normal, debe se runa nueva variante.— alzó y apuntó a la vestía con su arma.

—O una raza diferente.— agregó Iltar.

La criatura giró su "rostro" hacia ellos, y los tentáculos se crisparon, como si los detectara sin necesidad de ver, y un zumbido eléctrico comenzó a crecer, y el centro de su boca turbina empezó a girar más rápido.

—¡Iltar, rápido, saca a Palmer de aquí! Yo me quedaré, les conseguiré algo de tiempo.—

—¡No, Capitán, de ninguna manera, prefiero morir en combate con usted a salir en los brazos de otro hombre!— exclamó con un humor que intentaba ocultar el gran miedo que tenía.

—Iltar, ¡haz lo que digo!—

—¡No, Seage, juntos tenemos más oportunidad! ¡No vas a enfrentarte a esa cosa solo!—

El Violet estaba listo para atacarlos, se balanceó sobre ellos y antes de que pudiera conseguir asestar el golpe final, se detuvo en seco. Su cuerpo, inexplicablemente comenzó a desintegrarse poco a poco, primero los tentáculos, luego la estructura ósea, y luego el cuerpo entero.

Confundidos, los 3 se observaron entre sí, como si no estuviesen seguros de lo que acaba de pasar. En cuestión de minutos, la criatura se había desvanecido por completo, dejando tan sólo la memoria de su presencia y el agujero frente a ellos como evidencia de su aparición.

—Díganme que ustedes también lo vieron.— dijo Palmer, confundido.

-VI-

En ese momento Seage recibió una señal,

—Adelante Capitán Seage.— se escuchó.

—Aquí, Seage, adelante.—

—¿Ha podido completar la misión?—

—Sí, la misión ha sido un éxito, aunque con bajas significantes.—

—Recibido. No se mueva de su posición, enviaremos un equipo de recolección. Se le necesita con urgencia en la base.—

—Enterado, aquí esperaremos, estamos dentro del centro comercial, podrán entrar por un enorme agujero en el techo.—

—De acuerdo, le comunicaremos a los pilotos para su extracción. Cambio y fuera.—

—Eso es música para mis oídos.— suspiró Palmer—. Me avisan cuando lleguen por nosotros, estoy muerto.— se dejó caer en el suelo.

—Pero, ¿qué acaba de pasar?— preguntó Iltar.

—No lo sé, lo que sí sé es que no debió haber terminado tan pronto la noche ultravioleta.—

VII—ASIMILACIÓN—VII

Una vez que el helicóptero se posicionó sobre el agujero del centro comercial, desplegó una cuerda para que pudieran subir. Seage les dijo que bajaran una camilla para Palmer, de lo contrario terminaría más lastimado. Junto con Iltar, acomodaron a Palmer en la camilla y lo subieron, luego subieron ellos dos. En el trayecto, Seage se acercó a Iltar y le dijo que era un buen momento para enviarle los mensajes que había escrito a su mamá.

—Hijo, ahora es cuando puedes enviar los mensajes que has estado escribiendo a tu madre. Aquí hay señal suficiente para que le puedan llegar, sólo escribe su número de celular en el dispositivo y selecciona los recados que quieras que reciba, tan pronto estemos cerca de la base, la señal será interceptada y no podrás enviar nada.—

—De acuerdo, muchas gracias, Seage.—

Iltar sin pensarlo, le envió a su mamá todo lo que había estado escribiendo, esperando que con eso se pudiera sentir más tranquila, aunque, no había nada como poder ir a verla, abrazarla y decirle en persona todo lo que ha vivido, cuanto la ha extrañado y cuanto la ama.

Al llegar, las puertas de la bahía se abrieron con un siseo metálico. Un equipo médico estaba preparado para recibir a Palmer, donde los neumáticos del camastro chirriaron mientras el equipo médico lo trasladaba rápidamente hacia la enfermería. Su rostro estaba pálido, y aunque intentaba mantenerse consciente, se notaba el dolor bajo su sonrisa forzada. Iltar lo acompañó unos pasos hasta que Seage lo detuvo con un leve gesto.

—Déjalos trabajar.— le dijo Seage con la voz más cansada que firme—. Ellos se encargarán de Palmer.—

—¿Y tú?—

—Tengo que presentarme con el General Secretario, entregar el informe y los dispositivos recuperados.— respondió bajando la voz—. Mejor vuelve con la doctora Shang, diles que te hagan unos análisis, a ver qué cosa fue lo que pasó con tu ojo.—

Iltar dudó un momento, observando cómo la camilla desaparecía entre los pasillos médicos.

—Estará bien.— murmuró dándole una palmada breve en el hombro antes de girar rumbo al elevador central.

Iltar se dirigió hacia el laboratorio. El pasillo estaba silencioso, las luces del techo parpadeaban con una frecuencia mínima, pero el eco de sus propios pasos era ensordecedor. La sangre seca en sus guantes, el olor metálico de la munición usada, y el temblor ocasional en su mano izquierda le recordaban que aún no estaba bien, algo en él había cambiado, y no sabía si era algo bueno o malo.

Desde el fondo del laboratorio, entre pantallas y mesas cubiertas de equipo médico, una figura levantó la cabeza. Era Fey, con el cabello atado en un nudo apurado y unas gafas de protección empolvadas que le colgaban del cuello. Estaba sentada frente a un monitor de radiación bio-celular, revisando gráficos fluctuantes en tiempo real.

—Hola Fey.—

—Iltar, haz vuelto, me alegro mucho verte en una sola pieza.— se levantó y fue a verlo.

—Gracias.— soltó una sonrisa cansada—. ¿La Doctora no está?— preguntó mientras revisaba de reojo el lugar.

—No. Se fue a una reunión con el resto del equipo, me dejó a cargo.—

—Supongo que por ahora eres la jefa.— dijo bromeando.

—No tan rápido soldado, no olvidemos nuestras posiciones.—

—Yo sólo...—

—Ven, vamos a ver qué tan bien estás en realidad.— dijo entre risas.

Fey preparó el escáner y todos los procesos necesarios. Iltar se quitó el chaleco táctico y se sentó en la camilla principal, suspirando profundo mientras las luces del escáner giraban lentamente a su alrededor. Mientras comenzaban los análisis, se dijo a sí mismo que todo estaba bajo control.

Todo parecía estar en orden, hasta que, el escáner llegó a la parte de su ojo, donde comenzó a tener un fuerte e inexplicable dolor. El pitido monótono del escáner aún resonaba en los oídos de Iltar cuando el ardor en su ojo izquierdo se volvió insoportable. Comenzó como una punzada leve, pero en segundos se transformó en una incandescencia desgarradora que lo obligó a encorvarse, apretando los dientes hasta gritar.

—¡Aaaaahh, maldita sea, mi ojo!— bramó, llevándose ambas manos a la cara mientras caía de rodillas en la plataforma de diagnóstico.

Fey reaccionó de inmediato, deteniendo el proceso.

—¡Iltar! ¿¡Iltar, qué está pasando!?—

La pantalla de diagnóstico parpadeó violentamente. Las lecturas eran inestables, los niveles neurosensoriales se salían de escala, y una imagen emergente capturada por el escáner mostraba el ojo izquierdo de Iltar en un estado imposible; su pupila se había dilatado de forma asimétrica y unas vetas de color violeta oscuro cruzaban el iris como ramificaciones vivas.

Temblando, Fey abrió el protocolo de emergencia, guiando a Iltar a tropezones hasta la sala de contención. Él apenas podía mantenerse en pie, sujetándose la cabeza, farfullando entre jadeos.

—No…sé qué…está pasando…—

El cierre magnético del cuarto se activó con un chasquido metálico. Iltar cayó sentado en el interior, aun gimiendo por el dolor, mientras las luces blancas frías del techo zumbaban.

Fey, desde la consola externa, repasaba la información en su monitor, con sus manos temblorosas de lo que había visto.

—Esto no tiene sentido…— murmuró para sí misma.

Volvió a enfocar la imagen ampliada del ojo izquierdo, observando nuevamente y comprobando por segunda ocasión como su anatomía ocular había cambiado, no sólo la estructura interna; el cristalino parecía haber adoptado propiedades refractivas distintas, como si se hubiera ajustado para ver espectros fuera del rango humano.

Encendió el intercomunicador del cuarto.

—Iltar. ¿Puedes ver la luz ultravioleta?— preguntó con voz entre cortada por la confusión.

—Agh…mi ojo…Sí. Sí, puedo. ¿Por qué?—

—¿Y cuándo me ibas a contar eso?—

—¡Apenas y te saludé, Fey!—

Ella se cruzó de brazos, nerviosa, intentando controlar el pánico.

—No sé qué signifique esto. ¿Cómo ves ahora? ¿Normal? ¿O sigues viendo el espectro UV?—

—Veo normal…desde hace rato, mi vista volvió a la normalidad después del combate.—

—Iltar…tu ojo no está normal, es diferente, como si hubiese sufrido una mutación, una de tipo orgánica.—

Él lo tocó con suavidad. Aún le ardía, pero no tanto como antes.

—¿Por eso me encerraste?—

—Técnicamente esa es tu habitación de aislamiento, pero sí…por eso.—

—¿Y ahora qué? ¿Qué piensas hacer?—

Ella se apartó del panel, caminando hacia la puerta.

—Voy a informar a la Doctora Shang, ella sabrá qué hacer.—

—¿Piensas dejarme aquí solo?—

—Sí. No creo que tengas miedo a estar solo.—

—No, pero…¿qué se supone que haga mientras tanto? ¡Argh, maldita sea, aún arde!

—Ponte a escribirle a tu mamá.— dijo con un tono más suave—. Cuéntale de todo lo que pasó hoy.—

—Antes de llegar pude enviarle todo lo que había tenido la oportunidad de escribirle, aunque, claro, aún no escrito nada de lo sucedido hoy.—

Fey le dedicó una sonrisa breve, cargada de nostalgia.

—Qué buena noticia. Pues, ahora puedes empezar a escribir todo lo ocurrido hasta ahora, velo como una distracción terapéutica. Ya vuelvo.— se giró para marcharse, pero se detuvo una vez más antes de cruzar la puerta—. Iltar…—

—¿Sí?— alzó la vista.

—Por favor… no te conviertas en una de esas cosas.—

—No lo haré, te lo prometo.—

—Gracias.—

La puerta se cerró tras ella con un leve silbido. Iltar permaneció una hora encerrado, intentó escribir para su mamá, mas el dolor era tal que no lo dejó escribir mucho. No era tan fuerte como al momento en el que el láser del escáner pasó sobre su ojo, y aún con eso, no podía estar tranquilo por la incomodidad de un dolor molesto, palpitante.

Luego de intentar no moverse mucho, escuchó el sonido de la puerta del laboratorio deslizándose, Seage fue el primero en entrar, seguido por la Doctora Shang y Fey. Iltar, sentado en una esquina del cuarto de contención, alzó la vista con el ojo izquierdo aún con dolor, pero más sereno que antes.

—¿Cómo te sientes, Iltar?— preguntó la Doctora, sin esconder su preocupación.

—Ya me siento mucho mejor, gracias.— respondió incorporándose con dificultad.

Seage lo miró a través del cristal, su rostro endurecido.

—Iltar…te juro que hice todo lo que pude.—

—¿A qué te refieres?— preguntó confundido, frunciendo el ceño.

Antes de que pudiera obtener una respuesta, varios soldados fuertemente armados irrumpieron en el laboratorio. Entraron con pasos firmes y mecánicos, como si el veredicto ya estuviera escrito. Uno de ellos apuntó a la Doctora Shang y a Fey.

—Tienen que salir. Ahora.— ordenó un soldado.

—¡¿Pero qué mierda?!— espetó Iltar, alarmado.

—Por favor, no lo hagan.— intervino la Dra., enfrentando a los soldados—. No ha mostrado signos de violencia ni disociación.—

—Es cierto.— añadió Fey, con la voz temblorosa—. Yo misma realicé los análisis, y todo salió dentro de los parámetros normales.—

En ese momento, una nueva figura entró en la sala, El General Secretario, que con su sola presencia apagó el murmullo del cuarto.

—Doctora Shang.— dijo con tono implacable—. Por favor, ordénele a su subordinada que le acompañe afuera. Se ha tomado una decisión unánime sobre el sujeto cero. Sáquenlo, soldados.— dijo moviendo su cabeza, dando una orden a los soldados presentes.

Las protestas de la Doctora y Fey murieron cuando Seage las tomó por los brazos, con firmeza, saliendo con ellas del laboratorio.

—No hay nada que podamos hacer.— murmuró con pesar.

—¿Qué van a hacerme? ¿Qué decisión tomaron?— preguntó Iltar desde el otro lado del vidrio.

El General Secretario se giró lentamente.

—Será eliminado. Por el bien de todos los presentes y de la humanidad.— dijo sin verlo por completo.

—¿Pero por qué? ¡No he hecho nada malo!—

Los soldados ingresaron al cuarto de contención, en donde Iltar forcejeó, pero su cuerpo aún debilitado no logró resistir la fuerza de los soldados. Tan pronto lo sometieron fue despojado de su uniforme, esposado y escoltado en silencio hacia un cuarto donde terminarían por dejarlo casi desnudo, con sólo su ropa interior.

Tan pronto lo dejaron preparado, le cubrieron los ojos y lo llevaron hacia la zona de aterrizaje, al aire libre. Iltar, con los ojos vendados y atado de pies y manos, respiraba entre sollozos, apenas comprendiendo lo que ocurría.

Frente a él, alineado, estaba el pelotón de Bravo, con sus rifles al hombro. Seage permanecía a un lado, junto al Coronel Zapata, y el General Secretario a un costado del cuerpo de soldados encargados de cumplir la orden directa, ejecutar a Iltar.

—General.— dijo Zapata, dando un paso adelante—. Le reitero mi firme oposición a este acto sin sentido. El soldado Iltar ha demostrado ser un buen elemento, deberíamos estudiarlo, no destruirlo.—

—Escuadrón, ¡atención!— ordenó el General Secretario, ignorándolo.

—¡Por favor! ¡Soy uno de ustedes!, ¡no soy el enemigo!— dijo Iltar, desesperado.

—¡Preparen armas!— sentenció el General.

Seage dio un paso al frente, mirando fijamente a Bravo.

—Bravo…dime que no vas a disparar.— suplicó.

Bravo apretó los dientes, quien le hablaba era una persona a la que consideraba su amigo, pero tenía una orden, y no podía desobedecerla.

—Es una orden directa, Seage. No puedo hacer nada, y lo sabes.—

—Maldita sea, Bravo…—

—¡Apunten!— tronó la voz del General.

Fue entonces cuando Seage se movió, con un gesto rápido y preciso, desarmó a Bravo, tomó su rifle y se colocó entre el escuadrón e Iltar, apuntándoles de vuelta.

—¡Seage!— exclamó Bravo, retrocediendo.

—¿Pero qué está haciendo, Capitán Seage?— gruñó el General Secretario—. ¿Acaso intenta un motín? Si no se quita ahora mismo, compartirá el mismo destino que el sujeto cero.—

—Su nombre es Iltar, General, y no puedo permitir que lo asesinen.—

—¡Carajo, Seage, muévete!— gritó Zapata.

—¡DIME QUE NO PIENSAS MORIR POR ESA BASURA!— añadió Bravo, con los ojos inyectados de rabia.

—¡De no haber sido por él, todos habríamos muerto hoy!, salvó la vida de un soldado, hizo todo lo posible por los demás…¡no podemos ejecutarlo como si fuera un monstruo!—

Un silencio tenso cayó sobre el campo de tiro.

—¡General Secretario!— continuó Seage, con su voz que proyectaba impotencia—. Si queremos ganar esta guerra, no podemos matarnos entre nosotros. Puede que Iltar sea clave para la victoria, por favor, no le temamos a lo desconocido.

Desde el fondo, con la voz rasgada, Iltar apenas murmuró.

—Por favor…no quiero morir…— suplicó mientras sus lágrimas escapaban al exterior, burlando la venda que le estaba dejando marca sobre sus ojos.

El silencio se alargó, todos miraban al General Secretario, atentos a su última palabra, hasta que finalmente, bajó la mirada y habló con frialdad.

—Si comete un sólo error…uno sólo…ordenaré al personal militar que disparen a matar. Y si usted vuelve a interferir, Capitán Seage, seré yo mismo quien le dé el tiro de gracia. ¿Quedó claro?—

—Sí, General…— respondió Seage, bajando el rifle.

—Regresen a sus actividades. Aún tenemos que entender qué fue lo que ocurrió allá afuera.—

Bravo caminó hacia Seage y le quitó el arma con violencia.

—Dame eso. Acabas de cometer un grave error, Seage.—

Poco a poco, el pelotón se dispersó. Los pasos de botas se perdieron en la oscuridad, quedando sólo el Coronel Zapata, Seage y el maltrecho Iltar, aún arrodillado. Seage se acercó, retiró la venda de sus ojos y quitó las esposas que le oprimían tanto que terminaron por dejarle marcas.

—Gracias…gracias, Seage…— susurró.

Zapata lo observó con seriedad, se acercó hasta Seage y le dijo con cierta preocupación.

—Espero que tengas razón con este muchacho. —dijo hacia Seage—. No nos decepciones, soldado.— volteó y se lo dijo a Iltar.

—Ven, vamos hijo, debemos regresar al laboratorio.— lo ayudó, apoyando su cuerpo sobre su hombro, y caminando con paso lento.

El sonido metálico de los pasos de Seage e Iltar resonaba en el pasillo hasta que la compuerta del laboratorio se deslizó con un leve zumbido. Al entrar, la Dra. Shang y Fey se giraron al unísono, aliviadas al ver a Iltar de vuelta y aún con vida.

—¡Iltar!— exclamó Fey, corriendo hacia él con una sonrisa que se deshizo al notar el cansancio en su rostro.

—Me alegra verte.— dijo la Dra., revisándolo de inmediato con la mirada.

A pesar de que fue recibido con los brazos abiertos por las dos, no todos compartían esa misma calidez. Desde una esquina, algunos miembros del equipo científico lo observaban con recelo, cuchicheando en voz baja, incapaces

de disimular el miedo o la incomodidad que les generaba su presencia, las cuales fueron percibidas por Seage.

—Quiero que lo cuiden, monitoréenlo constantemente, nada de aislarlo ni encerrarlo de nuevo. Él no es el enemigo.— se dirigió a las dos.

Fey asintió con firmeza, y la Doctora también, aunque con cierta preocupación en el gesto. Seage se giró hacia Iltar. Su tono cambió, suavizándose.

—No sé qué eres, Iltar, lo que sí sé que eres especial.—

Sin decir más, dio media vuelta y salió. Fey le entregó una muda de ropa limpia, mientras la Dra. organizaba el espacio para una nueva serie de pruebas. Le tomaron muestras, escanearon su estructura celular, observaron su sistema nervioso, el flujo de energía en su glándula pineal y, por supuesto, volvieron a estudiar su ojo izquierdo, ahora estable, pero aún distinto.

Al terminar las largas horas de las pruebas, lo dejaron solo para que pudiera descansar. Fey quería quedarse a conversar con él, mas la Dra. le dijo que no podía, que había sido un día muy largo para él, que lo mejor sería que sólo descansara. Fey no objetó, obedeciendo la orden de la Doctora, dejando a Iltar en silencio.

Iltar, completamente agotado, se dejó caer sobre la cama, palideciendo a los minutos ante el cansancio y estrés de todo el día. No lo pensó dos veces, cerró los ojos y cayó en un profundo sueño.

Al abrir nuevamente los ojos, se encontró en medio de un pasillo que parecía ser interminable, húmedo y siniestro, que provocaba una ilusión como si este se estuviese construyendo y desmoronándose al mismo tiempo. Las

paredes eran de una sustancia entre metálica y orgánica, como si hubieran crecido desde un animal muerto y se conservaran palpitantes por pura perversión de la física.

El suelo estaba cubierto por una baba negra que parecía viva. Al moverse, Iltar notó cómo la sustancia se pegaba a sus botas y luego se deslizaba, como si quisiera subir por sus piernas. Cada paso sonaba a carne aplastada, a excrecencia, a algo que no debería existir.

No sabía por qué caminaba, pero algo lo llamaba, una voz, susurrante, grave, profunda, que no provenía de ningún lugar físico sino de su propia mente, de su médula, de su sangre.

...Iltar...

El eco de su nombre lo envolvía, no como un llamado, sino como un recordatorio de que era observado.

...Iltar...

Intentó girar, correr, hablar, pero no podía, su cuerpo seguía adelante por impulso, como guiado por hilos invisibles. La temperatura bajó con cada metro, donde un frío antinatural se colaba bajo su piel, congelando pensamientos, llenándolo de una ansiedad sorda y visceral.

Las paredes comenzaron a cambiar, de un momento a otro, de su superficie comenzaron a brotar ojos, decenas de ojos, que parpadeaban con lentitud, siguiendo cada movimiento suyo. Algunos eran humanos, otros demasiado grandes, felinos, verticales, inyectados de sangre o cubiertos por una membrana opaca. Los más pequeños se abrían y cerraban como si probaran la existencia, como si lo olieran.

El pasillo parecía estar respirando, pues cada tanto se hinchaba y luego se contraía, como un pulmón enfermo, expulsando un aliento pútrido que olía a óxido, a carne quemada, a sueños podridos. La baba negra se hizo más y más espesa, y empezó a burbujear, como si algo debajo se moviera.

Así continuó caminando, hasta que llegó al final del recorrido que parecía nunca terminar. Un umbral se abrió en la nada, no era una puerta, sólo un marco que contenía la oscuridad más densa que jamás hubiera visto, una que era absoluta, voraz, un abismo que lo invitaba a entrar; y ahí, en el borde, su cuerpo se detuvo por sí solo.

De pronto, un sonido rompió el silencio, un crujido, como de huesos partiéndose, y luego los cientos de ojos comenzaron a iluminarse de un color morado desde la negrura. Algunos flotaban, otros colgaban, otros simplemente se abrían desde la nada. Estaban en todas direcciones, rodeándolo, observándolo.

Después, una fila de dientes emergió de aquella penumbra, no formaban parte de ninguna boca, sólo eran dientes, que se materializaron como navajas, formando una sonrisa de algo que jamás debió alimentarse.

...Iltar...

La voz volvió, más cerca que nunca, justo detrás de su oído, sintiendo un aliento frío, y una garra en su nuca, que ejercía un peso invisible sobre él que lo aplastaba, lo despedazaba desde dentro. Intentó gritar, pero no tenía garganta, su boca había desaparecido.

Del abismo surgió una sombra más espesa que la propia oscuridad, sin forma, pero sí con hambre. Eran sólo

ojos, y tentáculos etéreos, que, de un instante a otro, sin aviso, sin sonido, lo devoró.

Un dolor abismal lo invadió, un dolor ajeno al físico, sino que era algo más existencial, como si su alma fuera masticada por algo que no conocía el tiempo ni la razón. Luego de unos instantes palideciendo aquel dolor, en total oscuridad, volvió a abrir los ojos, despertando de su sueño, de su pesadilla.

Su cuerpo sudaba frío, el corazón le latía como tambor descontrolado, y sentía su cuerpo pesado, como si tuviese encima una armadura muy pesada. Tras recuperarse, se sentó en la cama, jadeando, con el rostro entre las manos, se repetía a sí mismo: “No puedo dormir otra vez”, y así pensó en qué podía hacer para distraerse y pasar el rato.

Sin mucho que poder hacer, decide escribir un mensaje a su mamá, contándole todo lo ocurrido en el día, deseando que le hayan llegado todos los anteriores que le había estado escribiendo. Pasó el tiempo, demoró una hora y un poco más en redactar lo que quería, al terminar se volvió a acostar, deseando no tener el mismo sueño, el cual lo había dejado confundido, pensando a qué se pudo haber debido, quizá habían sido todas las cosas que pasó en un solo día, o, quizá, se debía a algo más, algo que simplemente escapaba de su comprensión, del designio humano.

VIII—NEÓFITO—VIII

Los meses transcurrieron, las cosas dentro de la base Midway se habían estabilizado luego del incidente con Iltar. Su desempeño tanto en las actividades internas como externas le valió de un reconocimiento por parte de los altos mandos del CMEI, homólogos del General Secretario y Coroneles de otras bases, concluyendo en su nombramiento como Capitán de pelotón de reconocimiento, un rango que, a pesar de que le había sido otorgado por superiores, el General Secretario de la base Midway se negó a reconocer en plenitud. Esta situación no representó ningún problema para el ya experimentado Iltar, quien sólo no pudo acceder del equipo que le correspondía como Capitán.

El escuadrón 343, fue el que le asignaron bajo su tutela, alineación que se encontraba configurada por soldados neófitos y un viejo conocido, Palmer, el segundo capitán de la brigada. Durante todo ese tiempo, Iltar aprendió más acerca de su condición "particular", como solían referirse a su ojo, una de las primeras cosas que notó fue que, cuando mantenía un uso prolongado de su visión ultravioleta sin las gafas, podían llegar a presentarse efectos secundarios, los cuales iban desde dolores con diferentes grados de intensidad, pesadillas, y la peor de todas, un aumento en la propagación de la infección.

Además de esto, Iltar consiguió recuperar el contacto con su madre, quién le había respondido en una de sus muchas misiones al exterior, sintiéndose ambos aliviados del saber uno del otro. Sus conversaciones no eran simultáneas, los mensajes tardaban en llegarles, a veces teniendo que

esperar dos misiones al exterior tanto para que entraran como para que saliesen.

—Hola má, ¿cómo has estado?, ¿has estado tomando tu medicamento como te lo recetó la doctora?, espero que sí. Hoy me asignaron una misión un tanto diferente. Al parecer llegó una solicitud desde la central principal del CMEI, de una pequeña comunidad en Alaska que necesita de apoyo, suministros médicos, alimenticios y armamentísticos, pues aseguran que en los últimos meses ha aumentado la presencia de Violets en las cercanías, y temen no poder sobrevivir. Lo sé, no es la clase de misiones a las que suelen enviarme, pero aun así podré ayudar a personas que lo necesitan. Partiré en 30 minutos, prometo escribirte en cuanto haya terminado. Recuerda que te amo mucho, mamá.—

Luego de redactar el mensaje, se alistó junto con su pelotón, compuesto por 10 hombres, contando a Palmer y a él. Se subieron todos a un gran avión de carga, escoltando y cuidando los suministros que habrían de entregar a la pequeña comunidad que había pedido ayuda con ahínco.

Una vez adentro, Iltar, recordando como Seage solía siempre repetir las particularidades de las misiones, se puso enfrente y les habló a sus hombres acerca de la tarea que debían cumplir.

—Muy bien, presten atención chicos. Se qué todos ya saben cuál es nuestra misión, pero nunca está más repasarla por última vez. Tenemos que escoltar toda la línea de suministros hasta llegar al poblado de Hughes, para entregárselas al gobierno local. De acuerdo con recientes informes, la zona ha presentado un aumento significativo en el avistamiento de Violets, aunque, para la suerte de todos, no nos quedaremos hasta el inicio del domingo; nos retiraremos tan pronto se

hayan entregado exitosamente todos los cargamentos. La hora de llegada es a las 15:43, con un estimado de permanencia no mayor a 3 horas. Es una misión de reabastecimiento, no de combate, aun así, quiero que estén listos por cualquier posible escenario. ¿Quedó claro?—

No hubo preguntas, sólo la euforia de sus soldados confirmando haber entendido toda la información. Iltar se sentó al lado de Palmer, cerca de la cabina de control de la nave.

—Qué buenos discursos te avientas con los muchachos.— dijo burlonamente.

—¿Qué?, sabes muy bien que sólo sigo el protocolo, es todo.—

—Pero el protocolo extraoficial del Capitán Seage.—

—Mayor, Mayor Seage, no lo olvides, ya no es Capitán.—

—Oh, es cierto, una disculpa por mi gran ofensa, oh mi Capitán.—

—Basta, sólo lo dije porque hay que reconocer su ascenso, es todo.—

—Se tardó mucho, ¿no te parece?, digo, nosotros en menos de un año conseguimos el mismo rango que él tenía cuando recién entramos en esto.—

—No es tan sencillo como crees ser ascendido de Capitán a Mayor, nosotros porque, bueno, tú muy bien sabes al igual que yo que ya no quedaban muchos prospectos para ocupar estos cargos, tampoco fue cuestión de méritos.—

—Bueno, en lo que a mí respecta, tú sí has demostrado un alto grado de efectividad, no por algo te llaman el “arma morada”.— dijo recargando su brazo sobre su hombro.

—¿Arma morada?, pero qué te acabas de inventar. Nadie me dice así.—

—Claro que sí, todos los soldados rasos que conozco, tanto de nuestra base como de las otras. Ya no es ningún secreto para nadie que puedes luchar con los Violets sin la necesidad del visor, poniendo tu ojo de un tono morado oscuro.—

—Hey, tampoco lo uso indiscriminadamente todo el tiempo, sólo cuando la situación lo amerita.—

—Sea como sea, esa cualidad tuya, te ha hecho de cierta fama, además de que todos los soldados, nuevos o con experiencia, se mueren por formar parte de nuestro pelotón.—

—¿Por qué?—

—Porque si estas tú es una victoria y regreso seguros.—

—No digas cosas, sí salimos con vida de las misiones es por el trabajo en equipo de todos, no sólo por mí.—

—Seguro, lo que digas.—

Un sucinto silencio se perpetuó entre los amigos, hasta que continuó la conversación.

—Oye, Iltar.—

—¿Qué fue?—

—¿No te parece un poco extraño que nos hayan enviado con todos los muchachos a cumplir un mandado tan sencillo como este?—

—¿Qué insinúas?— preguntó sin entender mucho su comentario inicial.

—Sí, digo, con que hubieras ido tú o incluso que nos hubiesen enviado a ambos, era más que suficiente para algo como simplemente escoltar suministros. ¿Para qué enviarnos con todo el escuadrón?—

—Ya, ya te entendí, pues, no lo sé.—

—Vamos, Iltar, sabes que puedes confiar en mí, en tu segundo Capitán.—

—Te estoy hablando con la verdad, no tengo idea, no me había puesto a pensar en eso hasta ahora que lo mencionas, de cualquier manera, no iba a cuestionar una orden del General Secretario, recuerda cómo resultó la última vez que alguien lo hizo.—

—Es verdad.— soltó una breve risa—. Por poco y Seage te acompaña a un mejor lugar.—

—De cualquier forma, no creo que haya ningún motivo detrás, sabes que todas las misiones desde que nos promovieron las hemos realizado en conjunto a los muchachos.—

—Sí, es verdad. Está bien, sólo era una pequeña duda que tenía, es todo.— quitó su brazo de encima y se acomodó sobre su asiento.

—¿Te vas a dormir?— preguntó mientras lo observaba cómo adoptada una postura de descanso.

—Pues claro, son como 10 horas de vuelo.—

—8 horas, no más.—

—Igual son 8 horas. Un sueño no me caerá mal, además, al llegar hay que bajar cientos de cajas. Ahí me avisas cuando tengamos que ponernos los paracaídas.—

—¿Paracaídas?— le arrojó su rifle.

—¿Y ahora por qué?—

—No puede ser que el segundo Capitán del pelotón no haya leído nada acerca de la misión. No vamos a saltar, aterrizáremos en un aeropuerto cercano.—

—¿Qué?, no me puedes culpar, cuando leí que era una pequeña localidad nunca me imaginé que hubiera mucho rastro de civilización cerca. Igual, para eso estás tú, para guiarnos, después de todo tu eres el primer Capitán.—

Después de que Iltar consultara con los pilotos las condiciones climáticas, decidió decirles a sus soldados que si querían podían dormir, que él sería quien los despertaría en caso de descansar un poco.

Se quedó despierto todo el trayecto, admirando el paisaje por unas de las ventanas laterales de la enorme nave, pues era de sus cosas favoritas desde que viajó por primera vez con Seage, algo que de pequeño tan sólo soñaba y nunca pensó poder disfrutar de esas vistas tan seguido.

Tras varias horas de vuelo, la nave comenzó con el protocolo de aterrizaje, cortando las nubes grises que flotaban bajas sobre el helado cielo del norte como una sombra alada. Iltar se encargó de despertar a todo su equipo, pues estaban a nada de aterrizar. A través de las ventanas, el Aeropuerto de Hughes se mostraba desierto, cubierto por una fina capa de nieve virgen que crujía bajo las ráfagas de viento helado. La pista estaba rodeada de árboles desnudos, sus ramas negras alzadas como dedos congelados hacia el cielo

encapotado. Una torre de control derruida se asomaba al fondo, con una antena oxidada que colgaba como si se lamentara del tiempo perdido.

El tren de aterrizaje tocó tierra con un chirrido seco, un golpe sordo sacudió la cabina, y todos los soldados ajustaron sus cinturones. Palmer, le lanzó una mirada tranquila, como si aquello no fuera más que otro día en la oficina, Iltar sólo respiró hondo, sabía que la misión apenas comenzaba.

Finalmente, el rugido de los motores disminuyó lentamente, cambiando por un silbido suave mientras las compuertas se preparaban para abrir. Cuando las compuertas traseras se abrieron, una bocanada de aire gélido inundó la nave, un olor a madera húmeda, a hielo y a metal oxidado llenó el ambiente. El personal de tierra, abrigado con gruesas capas de lana y polietileno, se acercó para recibir los suministros: cajas marcadas con el emblema del CMEI, contenedores térmicos, mantas, medicinas, herramientas, alimentos, baterías, equipos de radiocomunicación, y armas.

Los soldados, uno tras otro, comenzaron a bajar con disciplina, formando una cadena para pasar los recursos a los camiones y trineos improvisados que esperaban en la pista. Iltar saltó al suelo, el crujido de la nieve bajo sus botas fue como una bienvenida silenciosa. Se sacudió el cuello de la chaqueta que llevaba encima de su uniforme y comenzó a descargar y coordinar a sus hombres.

Los motores de los vehículos chirriaban al encender, el vapor salía a presión de las válvulas como si respiraran con esfuerzo, los equipos del aeropuerto parecían ser atemporales, tecnología de un mundo que había quedado atrás, y con él, todas sus limitaciones y carencias.

Tras terminar de bajar todos los suministros, Iltar se encontró con el encargado del aeropuerto, con el que conversó un poco acerca de la misión.

—Ustedes deben ser los Capitanes del pelotón.— estrechó las manos con ambos—. Teniente Coronel Balfur, encargado del aeropuerto y de la zona 21-07.—

—Coronel, un placer, yo soy el Capitán Noren y él es el segundo Capitán Ashgmel.—

—¿Cómo estuvo su vuelo?—

—Pudo haber estado más cómodo si las naves estuviesen equipadas con algo más que simple placas de titanio.— dijo Palmer tocándose su cuello.

—Creí que los equipos de ahora tenían mayores comodidades que los de antes.—

—No, Coronel, al menos no los que tenemos en la base.— observó su entorno y se percató de que tenían máquinas algo anticuadas—. Pareciera que se quedaron atrapados en el tiempo.— dijo a manera de broma.

—Bueno, esta zona no es exactamente la más atendida por parte del CMEI, por eso me sorprende que hayan respondido a la solicitud de un pequeño poblado de la región.—

—¿Qué nos puede decir al respecto?, no nos dieron mucha documentación sobre la localidad.—

—No hay mucho que les pueda decir, básicamente la pequeña comunidad vive a unas horas de la ciudad central de Hughes, tiene una población no mayor a 2,000 habitantes, viven de la caza, pesca y comercialización de sus productos con otros asentamientos. El mes pasado sufrimos de un inusual incremento en el número de Violets en la región,

perdimos algunos puntos vitales en cuanto a la comunicación con localidades como esa, lo que ha dificultado poder estar al día con ellas. Cualquier tipo de interacción se da de manera directa, ya sea yendo o por medio de cartas o mensajes de corta frecuencia.—

—Cuando estaba aterrizando el avión vimos a lo lejos una torre de comunicaciones, ¿esa fue la que perdieron?— preguntó Palmer.

—Es correcto, no hemos podido recuperarla por los objetos que bloquean el camino y principalmente por la falta de personal para la misión. Hemos sufrido de un significativo número de bajas desde que se intensificaron las apariciones de esas bestias.—

—Entiendo. ¿Tendrá alguna forma de saber cómo llegar hasta la localidad?—

—Por desgracia desde la pérdida de la antena, los equipos de localización satelital dejaron de funcionar, tenemos mapas en donde aparecen indicados los diferentes caminos para llegar hasta la comunidad, o puedo mandar a uno de mis hombres a que los acompañe hasta el lugar, como ustedes se sientan más cómodos.—

—Si pudiera proporcionarnos un mapa y prestarnos a uno de sus hombres estaría perfecto, Coronel.—

—Será un placer, Capitán Noren. Si gustan acompañarme a la torre de control, allí tenemos los mapas.—

Luego de recibir el mapa y al soldado que los guiaría, Palmer le dijo a Iltar que se adelantara, que iba a preguntarle al Coronel unas cuantas cosas más antes de partir. Iltar dejó a Palmer en la torre de control y se dirigió con su escuadrón

que lo estaban esperando para recibir las indicaciones de la misión.

Al poco tiempo, Iltar subió a uno de los camiones, cargado con todo lo necesario, estaba casi lleno, con soldados sentados a los costados y suministros en el centro, paquetes de raciones, barriles de agua purificada, herramientas agrícolas, armas y ropa. El interior olía a diésel, sudor seco y cuero húmedo, pero era mejor que el penetrante frío del exterior.

Iltar había comenzado a preocuparse por Palmer, así que le llamó por su intercomunicador, mas no hizo falta, pues a los pocos segundos lo vio a lo lejos acercándose. Al llegar subió un pie al estribo del camión, se acomodó la bufanda alrededor del cuello y sonrió con los labios apenas.

—No voy contigo esta vez, Iltar.— dijo mientras el aire frío salía de su boca.

—¿Por qué?— preguntó desconcertado.

—Me quedaré en el aeropuerto, ayudando con algunas cosas que necesitan, reparaciones, manos extra en comunicaciones y, lo más importante, a recuperar la estación de comunicaciones abandonada a medio kilómetro. No creerás las verdaderas condiciones en las que se encuentran estas personas, y si son el único medio de defensa contra los Violets de toda una zona, te puedo apostar que no sobrevivirán al fin del mes al menos que les ayude un poco.—

Iltar asintió, con la mirada fija en los ojos de su compañero.

—De acuerdo, sé que te las arreglaras. Ten cuidado, si las cosas se ponen feas, no juegues al héroe.—

—¿Quién te crees que soy?, ¿tú?— dijo con una cálida sonrisa.

Ambos rieron, Iltar le extendió el puño y Palmer lo golpeó contundente, un gesto de despedida breve, cargado de complicidad, de amistad.

—Nos vemos pronto, cuida bien a los muchachos, no dejes que se pierdan entre las bellas curvas pálidas del paisaje.— dijo Palmer, bromeando con su colega.

—No te aseguro nada. Cuando hayas reestablecido las comunicaciones ponte en contacto conmigo. Cuídate, amigo, nos vemos.—

Palmer se bajó del vehículo y regresó a la torre de control. El motor rugió y el camión arrancó, dejando atrás las luces parpadeantes del aeropuerto, y a través del retrovisor, Iltar vio a Palmer alejándose entre la nieve, difuminándose hasta desaparecer.

El camino hacia la comunidad fue largo, pero extraordinariamente hermoso. A medida que se internaban en los bosques, el paisaje adquiría una calidad casi mágica. Árboles cubiertos de nieve formaban túneles naturales que se arqueaban sobre el camino, y cada rama parecía esculpida con la precisión de un artista. Los copos caían como polvo de estrellas, brillando al contacto con la tenue luz que se colaba entre las nubes.

Mientras seguía las indicaciones del soldado, pudo apreciar con asombro cómo el río Koyukuk se abría paso entre la nieve como una vena de cristal oscuro. Aún no estaba congelaba por completo, y su superficie reflejaba los cielos grises y los pinos que se alzaban como centinelas. De vez en cuando, pequeños animales cruzaban a lo lejos, un zorro, una

liebre blanca, sombras esquivas que desaparecían en el follaje.

El silencio del bosque era sobrecogedor, donde el motor y el crujir de la nieve bajo las ruedas eran lo único que lo interrumpían. Iltar respiró hondo, sintiendo por primera vez en días que el mundo todavía podía ser bello, incluso estando en una situación como la suya, librando una batalla que parecía ser imperecedera y que, poco a poco iban perdiendo, no por las bajas, sino por la esperanza que parecía desgastarse más con cada domingo.

Tras un largo rato, por fin lograron divisar el pueblo en el horizonte. Casas pequeñas, de madera reforzada, con techos inclinados cargados de nieve, algunas con chimeneas humeantes, otras apagadas. Una vieja antena de radio sobresalía entre las construcciones.

Al entrar observaron a varios habitantes, cubiertos con abrigos gruesos y rostros curtidos por el viento, esperaban cerca del límite del pueblo. Mientras el soldado le indicaba la residencia del líder local, Iltar observó como algunos niños y niñas los miraban con asombro y esperanza.

Se estacionó justo en un edificio que tenía la pinta de una iglesia, confundido le preguntó al soldado que, si ese era el lugar del gobernador, el soldado le dijo que sí, que más que un gobernador, era un padre que había mantenido unido al pueblo desde que empezó todo. Sin más, Iltar se bajó del camión, y tan pronto tocó el suelo, sintió el calor de la humanidad en medio del hielo, una gran multitud de personas se abalanzaron sobre ellos, recibiéndolos como si fuesen grandes figuras, ídolos, salvadores, donde todos fueron recibidos con una cálida bienvenida, con la que, por un

instante, la guerra parecía estar muy lejos, ser una palabra usada para asustar a los niños por las noches antes de dormir.

El camión se detuvo frente a la pequeña plaza del pueblo, que, a pesar de su tamaño, el corazón del asentamiento irradiaba una dignidad sencilla. Las casas estaban dispuestas en semicírculo, y en el centro se alzaba una estructura de madera con un mástil sin bandera. Un segundo grupo de aldeanos se acercó al vehículo, entre ellos un hombre robusto, de barba entrecana y mirada penetrante. Vestía un abrigo grueso de piel cosido a mano, y caminaba con la seguridad de quien carga con los años y las decisiones.

—Bienvenidos sean a Nicroteka.— dijo con una voz profunda, casi ceremonial—. Soy Andrés, jefe de esta comunidad y en nombre de todos los que aún resistimos aquí, les doy las gracias por venir.— extendió su mano hacia Iltar.

Iltar le estrechó la mano con firmeza y asintió con respeto.

—Es un gusto conocerle, yo soy el Capitán Iltar Noren, y este es mi escuadrón, el 343. Estamos aquí para cumplir con nuestra misión y entregar lo prometido, no tienen nada que agradecer.—

Andrés lo miró con una sonrisa ladeada, como quien escucha una verdad a medias.

—Claro que sí, muchacho. En tiempos como estos, cada gesto cuenta.—

—Tiene razón. ¿En dónde gusta que dejemos los suministros?—

—Sobre los trineos, no te preocupes por el resto, las gente ya sabe a dónde deben llevar cada cosa.—

Tras aquella primera interacción el escuadrón comenzó a descargar los suministros con la ayuda de varios pobladores que se acercaron voluntariamente a cooperar con ellos. Los barriles de agua, los paquetes de víveres, herramientas para reparación, cajas con ropa térmica y los paquetes de armas fueron distribuidos en pequeños trineos y carretillas, mientras los niños observaban desde las esquinas con ojos grandes y silenciosos.

El aire olía a leña húmeda y tierra congelada. Un perro husmeaba entre las cajas, y algunas mujeres mayores se santiguaban al ver las cruces pintadas sobre los paquetes médicos. En cuestión de minutos, el centro de la plaza se convirtió en un hormiguero de cooperación silenciosa.

Cuando todo estuvo en orden, Andrés se acercó nuevamente a Iltar.

—Capitán Iltar.—

—Dígame, ¿en qué le puedo ayudar?—

—Esta noche cenaremos con dignidad gracias a ustedes, sé que no es nada comparado con lo que nos han dado, pero es algo que queremos hacer. Usted y su escuadrón están cordialmente invitados a compartir mesa con nosotros.—

Iltar negó suavemente con la cabeza.

—Agradezco mucho su generosidad, señor Andrés, pero no queremos ser una carga. Esa comida será más útil para ustedes, y además debemos regresar pronto al aeropuerto, hay otras obligaciones que atender.—

Andrés lo miró por un segundo, en silencio, luego, con una media sonrisa que parecía esconder años de sabiduría y heridas continuó.

—No es una carga, es un acto de gratitud. Aquí, compartir es más valioso que resistir. Por favor, aunque sea un plato caliente antes del camino de regreso, estoy seguro de que nunca antes han probado las maravillas culinarias de nuestra región.—

Iltar vaciló, miró a sus hombres, a los rostros esperanzados de los aldeanos, al perro echado a su lado, y un sentimiento de hospitalidad lo invadió, terminando por asentir ante Andrés.

—De acuerdo. Pero sólo un rato.—

—¡Estupendo! Aquí la hora de la cena es cerca de las 10 de la noche, así que en lo que nos encargamos de preparar el banquete, por qué no se va con sus hombres a recorrer nuestra bella comunidad, no es muy grande, pero puede que vea algo que le pueda sorprender.—

Iltar se acercó a sus soldados, informándoles que se quedarían a cenar y que podían explorar la comunidad.

—Pueden ir a explorar el pueblo, soldados.— dijo mientras observaba las calles cubiertas de nieve—. Esta noche nos quedaremos a cenar. Relájense un poco, pero manténganse en contacto por radio.—

Su pelotón se dispersó entre charlas y risas contenidas, aliviados de tener un respiro después de semanas de tensión y operaciones. El pueblo parecía un rincón olvidado del mundo, detenido en un tiempo distinto, más lento, más humano. Iltar caminó solo por las calles estrechas, entre casas de madera oscura, algunas decoradas con flores secas colgadas en las ventanas. Había faroles artesanales colgando de sogas entre poste y poste, y el aire olía a humo, a tierra fría y a pan horneado.

Pasó frente a una tienda con un letrero dibujado a mano que decía “Caza y Tradiciones”. En el escaparate, tras el vidrio empañado, había animales disecados, un lobo con la boca abierta, aves con las alas extendidas, y una enorme cabeza de alce que parecía observarlo. “Veo que se toman enserio la caza aquí”, dijo al terminar de apreciar al resto de animales tras el cristal.

Más adelante, varios grupos de niños y niñas se deslizaban en trineos por las pendientes, riendo como si no existiera el eco de una guerra. Mujeres tejían en grupo junto a una fogata apagada, a las afueras de una casa, mientras un anciano tocaba una flauta de madera en una banca del parque.

Al caminar se encontró con una pequeña tienda que llamó su atención, pues parecía ser una tienda de antigüedades. Al entrar fue recibido por un fuerte olor a incienso y a madera recién cortada; Había estantes con objetos de un tiempo anterior al sueño, recuerdos de un mundo olvidado, así como también había objetos tallados en piedra, figuras de animales, símbolos, máscaras y amuletos hechos con conchas y huesos pulidos.

—Buenas tardes.— saludó Iltar con voz serena.

—Bienvenido, joven.— respondió una mujer de edad avanzada, de rostro sereno y mirada clara como el hielo. Llevaba un vestido grueso con bordados tribales y colgaba del cuello una joya de piedra con forma de cruz extraña—. ¿Qué puedo hacer por ti?—

—Disculpe, ¿qué es lo más representativo del lugar?, me refiero al pueblo.— preguntó mientras recorría las figuras con los dedos.

La mujer sonrió, tomó una piedra pulida del estante y se la mostró. Tenía la forma de una cruz convencional, pero sus extremos inferiores terminaban en curvas simétricas, como anzuelos en posición opuestas entre ellos, tallados con gran nivel de precisión.

—Esto.—

Iltar la observó con interés.

—¿Y qué significa exactamente?— preguntó.

Ella lo miró antes de responderle.

—Si te quedas el tiempo suficiente…lo entenderás.—

—Me gustaría llevarme una.—

La mujer negó con la cabeza y le extendió la piedra.

—Aquí no usamos dinero, damos lo que podemos, a quien lo necesita. Hoy ustedes nos han dado mucho…ahora nosotros les damos lo que tenemos.—

Iltar tomó la piedra con suavidad, como si fuese algo sagrado.

—Muchas gracias, no sé qué decir.—

—No hace falta decir nada, con su presencia ya hace y hará mucho por nosotros.—

Al salir, la nieve caía sobre el rostro de Iltar con suavidad casi irreal. No podía de observar la piedra, no comprendía del todo su significado, aunque por lo que le había comentado el Coronel, asumió que cada anzuelo simbolizaba un tipo de caza, la terrestre y la acuática, y la cruz su conexión con su fe, aunque también pensó en que podía simbolizar la armonía entre lo animal, lo humano y lo

divino. No pasó mucho tiempo hasta que su comunicador vibró, activándolo de inmediato y escuchando una voz familiar que le habló en un tono relajado.

—Aquí Palmer. Ya recuperamos la vieja estación y mejoramos la señal. ¡Nos estamos volviendo buenos en esto! ¿Me recibes?—

Iltar sonrió al escuchar la voz de su compañero.

—Recibido fuerte y claro, Palmer. ¿No tuviste ningún contratiempo?—

—Para nada, fue más fácil y sencillo de lo que había pensado, ¿y tú?, ¿cómo va la misión?, dime que no fuiste a perder a los muchachos en medio de la nada.—

—En todo caso, hubiese sido culpa del soldado guía, no mía, pero no, no nos perdimos, de hecho, ha sido todo lo contrario, lo cual es bastante curioso. La misión va tranquila, nos recibieron con una calidez que no esperaba. Este pueblo es diferente, Palmer, la gente parece vivir en una realidad diferente, no hay nada de caos, ni ruido, ni desesperanza, sólo paz.—

—¿Paz? ¿En estos tiempos?, no sé tú, pero a mí eso me suena a una gran mentira disfrazada de un milagro.— soltó una gran risa.

—Lo sé, pero te estoy diciendo la verdad, hasta nos invitaron a cenar con ellos, un gesto que no había visto desde que era un niño, antes de que todo esto iniciara.—

—Ya veo, de cualquier forma, mantente alerta, aunque estés rodeado de paz y flores, la nieve puede cubrir muchas cosas, no dejes que se te enfríe el juicio, ni calientes mucho el corazón.—

—Vamos, ¿quién crees que soy?—

—Yo sólo digo.—

—Está bien, te aviso cuando estemos de regreso, cambio y fuera.—

—Seguro, mucha suerte, y buen provecho, Palmer fuera.—

Iltar guardó el comunicador y continuó inspeccionando la piedra, era pesada, áspera, y al mismo tiempo, inquietantemente cálida en la palma de su mano. Al caer la noche, el pueblo se llenó de luz y una vida que opacaba con creces la presente durante el día. Una pequeña niña se acercó a él, lleva un mensaje de Andrés, informándole que la cena se llevaría a cabo en el edificio comunal, que la comida estaba casi lista por si quería ir llamando a su pelotón y resguardarse del intenso frío de la noche.

Una vez reunidos todos, entraron a la casa comunal, un edificio con una estructura amplia y tibia hecha de madera envejecida. Al entrar encontraron una gran mesa formada a partir de otras, cubiertas con manteles raídos, pero limpios, y sobre ellas humeaban cazuelas con guisos espesos, trozos de pan tostado y pequeñas botellas de agua cristalina.

Los soldados se acomodaron con cuidado, con las armas al alcance y la vigilancia encendida, aunque lentamente, con el paso del tiempo comenzaron a relajarse ante la calidez del lugar. Los pobladores se mostraban amables, risueños, atentos. Las velas iluminaban los rostros con un resplandor ámbar, y por un momento todo pareció tranquilo.

Iltar probó el guiso, tenía un sabor fuerte y ahumado, con una base de raíces silvestres y carne curada; el pan estaba duro, pero sabroso, y el agua fría como el clima de afuera.

Andrés se sentó frente a él, comiendo lentamente, como si saboreara no sólo la comida, sino el momento mismo.

—¿Hace cuánto no compartías una cena así?— preguntó con tono casi paternal.

—Demasiado tiempo.—

—¿Está rica la comida?—

—Está delicioso todo. Mis muchachos y yo no habíamos comido así desde que entramos al CMEI.— respondió dando un sorbo a su cuchara.

—Qué bueno, me da mucho gusto oír eso, aprovecha, muchacho, nunca sabemos cuándo será la última cena.—

El silencio volvió entre ellos, apenas interrumpido por el tintinear de los cubiertos. Un zumbido sutil comenzó a hacerse presente en la cabeza de Iltar, parpadeó varias veces, le empezaba a costar trabajo enfocar. A su alrededor, los soldados comían sin sospecha, mas algunos ya mostraban señales de pesadez. Uno dejó caer la cuchara, otro se masajeaba las sienes.

El plato frente a Iltar parecía hundirse lentamente, alejándose en espirales. El aire se volvió espeso, quiso hablar, pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta. Volteó hacia Andrés, observó como su rostro comenzó a distorsionarse como un reflejo en agua agitada, y entonces, lo último que vio antes de caer al suelo fue a este de pie, mirando hacia el techo, moviendo lentamente las manos hacia arriba, como si estuviese agradeciendo al cielo.

Iltar abrió los ojos de golpe, acompañado de dolor, mareo y mucho frío. Estaba tendido sobre la tierra húmeda, los brazos entumecidos por la rigidez de las cuerdas que los

sujetaban por detrás de su espalda, amarrado a un viejo arbol. Tenía una sábana de lino áspero atada fuertemente alrededor de la boca y el cuello; su visor, y armas habían desaparecido, y cerca suyo se encontraban acompañándolo su pelotón, sus hombres, aquellos con los que había compartido risas en la nave, esfuerzo descargando suministros, y el calor de la cena, se encontraban en las mismas condiciones que él, todos inconscientes o semiinconscientes.

La luz del día le dijo algo oculto, había permanecido más de 8 horas dormido, no sabía con exactitud la hora, pero podía intuir por la posición del sol que no era ni tan temprano ni tan tarde. Mientras continuaba observando su alrededor, escuchó el ruido de ramas partiéndose a la lejanía, no identificaba de donde provenía el sonido, hasta que escuchó una voz.

—Ah…no creí que fueras a despertar tan pronto.— dijo una voz suave, serena, demasiado tranquila para la gravedad del momento.

De entre las sombras de los árboles emergió Andrés. Su rostro seguía tan calmado como antes, incluso con una leve sonrisa, y su ropa era la misma, una túnica sencilla de lana, aunque ahora sobre ella colgaban collares hechos con huesos tallados y pequeños ídolos de piedra. En su mano llevaba una vara con el mismo símbolo de la cruz curva, tallado en madera negra.

—Igual no falta mucho tiempo.— añadió y se inclinó como si le estuviera agradeciendo.

Iltar emitió un sonido ahogado por la sábana, Andrés lo observó con simpatía fingida y desató el nudo de la tela que le cubría la boca.

—¿Qué demonios es esto?— dijo con voz rasposa, escupiendo saliva seca.

—Esto, joven Iltar, es una bendición.— respondió como si le estuviera explicando algo evidente—. Debes sentirte dichoso. Tú y tus hombres serán entregados a Dios. Su sangre calmará su sed y apaciguará su odio.

Iltar lo miró con incredulidad y furia, sus músculos tensándose en vano contra las cuerdas.

—Entonces pertenecen a esos malditos enfermos de cultos.— escupió.

Andrés sonrió.

—No, no somos cualquier culto. Somos una familia, somos los Hijos de los Últimos Días, y lo que hacemos nosotros, a diferencia de otros, no es ninguna insensatez. Hemos sobrevivido aquí cuando el resto del mundo se ha podrido en guerras y hambre, todo gracias a nuestro tributo, hemos sido perdonados.—

—¡Son unos enfermos! ¡Asesinar a inocentes para alimentar a quién sabe qué cosa!, eso no es nada divino, eso es cobardía.—

—Shhhh.— alzó la mano como si calmara a un niño—. Ya no queda lugar para tus dudas. Las bestias son manifestaciones de la cólera de nuestro padre celestial todo poderoso, y nosotros hemos aprendido a convivir con su voluntad. Tú, tú nos has ofrecido el mayor de los regalos, soldados, bien alimentados, entrenados, armas, ¡un tributo digno de gloria!—

—¡Hijo de puta!— gritó jadeando mientras forzaba sus muñecas contra las cuerdas—. No debimos habernos quedado, ni siquiera haber respondido a su llamado.

—De cualquier forma, alguien más estaría ocupando su lugar.—

—¿A qué te refieres?—

—Estoy seguro de que ya lo conociste, mi amigo el Coronel Balfur, un hombre pragmático, quien amablemente se ofreció a ayudarnos, porque, ya nadie transita por estos caminos, lo que vuelve el tema del tributo un poco complicado, así que, si no eran ustedes, ten por seguro que otros ocuparían su lugar, y después de este tributo, otras personas, hasta que todo esto termine.—

—Estás enfermo, hacer esto no cambia nada, y si no hacemos algo real en contra de esas bestias nunca terminará.— miró alrededor, desesperado, buscando una salida, mas las cuerdas eran gruesas, el suelo estaba cubierto de hojas húmedas y ramas secas, y el frío ya se colaba por los huesos, nadie parecía moverse, ninguno de sus hombres respondía.

—De nada servirá que lo intentes una y otra vez.— dijo leyendo su mirada—. El resultado será el mismo. Debiste aceptar esa cena con más cautela, de cualquier manera, era tu destino.— se acercó y le colocó una mano en la cabeza como si le diera una bendición—. Admiro tu valentía, muchacho, en serio. Espero que hayas disfrutado tu última cena. Mira a tu alrededor, ¿no es hermoso? Disfruta de la vista, ahora, si me disculpas, tengo otros asuntos que atender, preparativos que hacer antes de la llegada del domingo.—

Andrés se alejó con paso tranquilo, dejando a Iltar jadeando, con los músculos en tensión, los ojos ardiendo de

furia, mirando cómo se alejaba y perdía entre los árboles. El aire del bosque se tornaba más denso con cada minuto que pasaba. Iltar jadeaba tras cada intento sin éxito de liberarse, sus muñecas sangraban ligeramente por la fricción de las cuerdas, torsiones, fuerza, desesperación, intentó de todo, mas nada funcionó.

—¡Vamos maldita sea!— murmuraba entre dientes, clavando la nuca contra el tronco que tenía a su espalda.

Giró el cuello con esfuerzo y gritó a los suyos, haciendo vibrar su voz contra la corteza húmeda del bosque.

—¡Despierten! ¡Soldados! ¡Vamos, reaccionen!—

Ninguno respondió, algunos se quejaban inconscientemente, otros ni siquiera eso. La droga que habían ingerido en la cena aún estaba presente en sus organismos provocando que nadie reaccionase. Iltar despertó antes debido a la infección que había hecho estragos por su organismo sin que él ni la Dra. ni Fey se enterasen, neutralizando antes los efectos somníferos.

Las horas pasaron, y con ellas la luz del sol comenzaba a ceder. Un tono ámbar cubría el horizonte, como una advertencia silenciosa, faltaba poco para que diera inicio el domingo. Iltar apretó los dientes con frustración, sabía con certeza lo que aquello significaba, lo sentía en la piel, en el latido errático de su ojo izquierdo.

Una sombra más larga que el bosque mismo se proyectó cuando el sol se ocultó por completo. Tenían poco tiempo hasta antes de que la oscuridad total se postrara sobre ellos. Agotado, Iltar dejó por un momento de intentar liberarse, cuando escuchó que uno de los soldados había despertado de pronto con un grito agudo.

—¡¿Qué pasa?! ¡¿Dónde estamos?!—

—¡Tranquilo, Suarez!— le gritó Iltar—. ¡Nos tendieron una trampa! ¡Estamos en el bosque!— en ese momento su ojo izquierdo comenzó a dolerle, a palpitarle, avisándole que la noche ultravioleta estaba por comenzar—. Ahgg, maldita sea, otra vez está ocurriendo antes.—

La poca visibilidad fue desplazada por una profunda oscuridad, representando el inicio de lo inevitable.

—¡No veo, no veo nada! ¡¿Dónde estoy?!— gritó otro soldado, comenzando a forcejear.

En cuestión de minutos el resto había recuperado la conciencia, encontrándose tan confundidos como los dos primeros.

—¡Muchachos, cálmense! ¡Escúchenme! ¡Tienen que...!—

Antes de que pudiera terminar, se escuchó el primer grito desgarrador, acompañado de un sonido húmedo, grotesco, como carne arrancada de un hueso. Un cuerpo fue levantado con violencia y azotado contra el suelo. Los soldados comenzaron a gritar, forcejeando con terror, sin saber de dónde venía la amenaza.

Iltar cerró los ojos con fuerza, canalizando su respiración. Debía verlo, activando su visión ultravioleta, revelando la amenaza frente a él. Decenas de siluetas en forma de insecto, huesudas y translúcidas bajo el espectro ultravioleta, se movían entre los árboles. Uno de ellos, alto, de patas delgadas como cuchillas y un torso encorvado, se abalanzó sobre otro soldado, desgarrando su torso en dos.

La sangre se evaporó casi al instante. No había gritos, sólo sonidos húmedos, huesos quebrándose, los Violets

sabían cómo cazar a humanos. Uno de los Violets vio a Iltar, emitiendo un clic vibrante, como si se preparara para la caza.

En cuestión de segundos el Violet saltó sobre él. Iltar giró con el cuerpo aún atado, y logró agacharse a tiempo para evitar el ataque, mas el Violet regresó por su presa, para rematarlo y entonces, cayó tras un fuerte sonido.

Una bala impactó sobre la cabeza del Violet, provocando que estallara como una burbuja de tinta, dejando un hueco negro y denso. Iltar parpadeó, volteó al origen del disparo, alcanzando a ver en lo alto de una colina, a unos cientos de metros, un destello azulado que sobresalía de entre los árboles.

Iltar quien había pasado horas en los entrenamientos con todas las armas, supo que aquel destello era propio de un rifle de francotirador, y aunque no supo en el momento quién le había dado cobertura, no sintió que fuese una amenaza, sino un apoyo.

Iltar no perdió tiempo, rodó sobre su cuerpo hacia el cadáver del Violet que lo había atacado, y como pudo, extendió las manos atadas y usó las garras del brazo de la criatura para cortar las cuerdas. Tardó segundos eternos, pero cuando por fin sintió la libertad en sus brazos, no esperó más.

Se levantó de golpe, con una de las cuchillas del Violet aún en mano, observó a su alrededor y se encontró con que había perdido a todo su pelotón. Sin más que poder hacer por ellos, apretó los puños y salió corriendo del lugar.

Detrás de él, cayeron más disparos de aquella persona que estaba haciendo lo posible por detener a los Violets, pero no bastaba. Iltar ni siquiera tuvo tiempo de mirar hacia atrás, sabía que no tenía oportunidad de enfrentarse a los Violets en

su condición, sin arma ni visor, pues de usar por demasiado tiempo su visión, podría acarrear consigo mayores problemas en el futuro.

La nieve crujía bajo sus pies, la oscuridad envolvía todo, mas en la lejanía, de entre los árboles divisó las primeras casas del pueblo, con las luces apagadas, como si intentaran ocultar su presencia, aunque para Iltar, ese truco no funcionaría.

Sus botas golpeaban el suelo con fuerza, empapadas en nieve, barro y sangre seca. El frío había desaparecido de su piel, así como el dolor de la pérdida de sus hombres, lo único que lo impulsaba era la rabia, la traición, la venganza.

Al llegar al pueblo se dirigió hacia el mismo lugar donde él y su pelotón habían sido invitados a cenar, mismo lugar donde serían traicionados, y dejados a su suerte, como una presa puesta para el depredador. Al abrir las puertas del edificio principal, el aire cálido y denso lo envolvió como una bofetada, dentro yacían varias personas que se encontraban refugiadas, algunas en total silencio, otras murmurando oraciones, llorando, o abrazadas.

En el centro, Andrés, de rodillas, con los brazos en alto, murmuraba fervorosamente un rezo para sus fieles seguidores, pero al escuchar el sonido de la puerta estrellándose contra la pared hizo que todos se detuviesen y girasen con sobresalto.

—¡¿Pero qué haces aquí?!— exclamó Andrés, su voz cargada de ira y estupor—. ¡Tendrías que estar junto con los demás, para el tributo!—

Afuera, el sonido de la muerte, madera quebrándose, gritos agónicos, disparos en la distancia, y sonidos grotescos

de cuerpos siendo despedazados. Iltar no dijo nada, sólo caminó con firmeza entre los rezagados, con una figura ensombrecida por la luz tenue de las velas, donde sus pasos resonaban con la determinación de un juicio.

Se acercó a Andrés, y con un movimiento rápido y conciso lo levantó de un sólo tirón por el cuello de su túnica, dejando sus pies colgando unos centímetros del suelo.

—Has traído la furia del Señor contigo.— balbuceó Andrés, aferrándose al brazo de Iltar—. Nos has condenado, has hecho enojar a Dios, por arrebatarle su tributo.—

—Por tu culpa.— gruñó Iltar, apretándolo más— Por tu maldita culpa tuve que ver morir a mis hombres, buenas personas, soldados que sólo hacían su trabajo.—

Su puño temblaba de rabia contenida. Los ojos de la multitud lo observaban con miedo. Algunos retrocedieron, y en el fondo una niña, con el rostro enrojecido de haber llorado tanto, levantó una botella vacía y la arrojó hacia él, estrellándose contra su hombro.

—¡Déjalo! ¡Deja al padre en paz!— gritó entre sollozos.

Iltar parpadeó. La furia latía en su cabeza como un tambor de guerra anunciando el desenlace esperado, mas al ver los ojos de la niña llenos de terror, le hizo recordar, como él mismo se sintió la primera vez. Soltó a Andrés, quien cayó de rodillas, tosiendo y jadeando.

—¿Dónde están mis cosas?— preguntó con voz ronca.

Andrés no respondió ante su pregunta, por lo que desesperado Iltar sacó con precisión casi quirúrgica la cuchilla del Violet que había conservado consigo. La colocó

firmemente entre las costillas de Andrés. Nadie podía verla, mas ambos sabían que ahí estaba.

—Si no quieres que más personas mueran, me lo dirás.— le enterró un poco la cuchilla—. De lo contrario tú serás un cadáver más del montón, y de todas formas encontraré lo que te he preguntado.—

Andrés, aterrado, levantó el brazo tembloroso y señaló una puerta al fondo de la sala. Iltar se apartó, se llevó la daga con él, y caminó directo al cuarto indicado. Empujó con prisa la puerta, encontrándose con todo su equipo y el de su pelotón.

En una mesa estaban sus gafas de visión ultravioleta, su arma, equipo táctico y las placas de identificación de sus soldados, las cuales acarició con reverencia, conteniendo el nudo en la garganta, guardándolas en su traje. Cargó su arma, se colocó el visor y respiró hondo.

—Por favor…— lloró una mujer a la lejanía—. ¡Ayúdanos!—

Iltar salió del cuarto y les gritó con la voz firme.

—¡No lo hago por ustedes! ¡Por mí, que los devoren a todos! ¡Lo hago porque es mi obligación!—

Preparó su rifle, el clic metálico resonó en todo el lugar, causando temor y esperanza. Caminó hacia la salida, sus pasos eran más pesados, más decididos. Justo antes de cruzar el umbral, se giró por última vez.

—Refúgiense en un mejor lugar que este.—

Abrió la puerta y salió. El viento nocturno le golpeó su rostro con violencia. Afuera, el caos reinaba. Algunos de los hombres del pueblo combatían con lo que podían,

defendiéndose con barricadas improvisadas y faros UV portátiles, mientras los Violets se movían con destreza, saltando de techo en techo, desgarrando lo que encontraban.

Iltar sin pensarlo se lanzó de inmediato a la batalla, apuntando, disparando, dirigiendo a los que quedaban. El primer disparo de Iltar rompió el silencio como un trueno contenido. La bala impactó de lleno en la cabeza de un Violet que se deslizaba por una pared, su cuerpo púrpura se desplomó con un chillido inhumano.

Las calles del pueblo se habían convertido en un infierno blanco; nieve salpicada con sangre negra, gritos desgarradores, y las luces tenues de los reflectores UV parpadeando, como si también tuvieran miedo.

—¡Cúbranse!— gritó Iltar a los pocos hombres que aún combatían, parapetados tras muros de piedra y carretas volcadas—. ¡Defiendan las entradas! ¡No dejen que rodeen la plaza!—

A su alrededor, los Violets emergían entre la niebla y la oscuridad con movimientos animales, rápidos y caóticos. Una mujer fue arrancada del grupo civil y arrastrada entre las sombras antes de que pudieran gritar su nombre, y un niño corrió detrás de ella, sólo para ser alcanzado por un zarpazo que lo partió en dos.

—¡Fuego, fuego!— gritó un civil, antes de que una criatura se abalanzara sobre él y lo partiera como si fuera una rama seca.

El visor ultravioleta de Iltar le permitía verlos, aun cuando para el resto eran sombras fugaces e invisibles. Iltar se desplazaba como un cazador entre espectros, descargando ráfagas precisas, a la cabeza, a los tendones, al pecho si no

había otra opción, en donde cada disparo era la diferencia entre la vida o la muerte de alguien.

Una bestia saltó sobre él desde un tejado, más él reaccionó antes rodando para esquivarlo y disparando en el aire, partiéndole el cráneo antes de que tocara el suelo.

—¡Refuercen el este! ¡Están entrando por las tiendas!— ordenó, jadeante, con sangre ajena cubriéndole parte del rostro.

Iltar se mantuvo firme gran parte de la batalla, hasta que un Violet enorme, de casi tres metros, con un lomo espinado y un rostro alargado, emergió entre los escombros de una de las casas del lugar. Tenía múltiples patas que se aferraban al suelo con precisión, y una mirada que ante el visor relucía con un brillo púrpura.

Iltar le apuntó con su arma, pero el Violet fue más rápido, saltándole encima, destrozándole el visor y causándole una cortada en su rostro. Un dolor agudo le cruzó la frente al tiempo que caía de espaldas, la nieve amortiguando apenas el impacto, su rifle rodó lejos; Iltar trató de incorporarse, pero la bestia ya lo tenía en la mira.

Parecía ser el fin de Iltar, hasta que nuevamente un disparo certero perforó el cráneo de la criatura. El Violet tembló y cayó sobre él, inerte.

Con dificultad se quitó de encima el cadáver, observando una figura que corría desde la distancia, entre la neblina y las luces parpadeantes.

—Con esta ya me debes una.— dijo una voz ronca y familiar, tendiéndole la mano.

—¿Palmer...?—

—El mismo.—

—Entonces fuiste tú quien...— Palmer lo interrumpió, apuntando hacia la izquierda y disparando otra vez, derribando a un Violet que se deslizaba por una fachada.

—Mejor hablamos cuando estemos seguros de que sobreviviremos.—

Iltar, con la cara cubierta de sangre tomó el brazo de su compañero y se reincorporó.

—Necesito otro visor.— dijo, entre dientes, mientras recogía su arma.

—¿No que tú podías ver sin eso?— sonrió Palmer, mientras disparaba a otra criatura.

—Sí, pero me gusta tener opciones.—

A su alrededor, la plaza se llenaba de cadáveres, civiles y Violets mezclados en un mismo cementerio blanco, y la nieve, la nieve caía lenta, indiferente e inmutable ante la violencia.

—¡A la iglesia!— gritó Iltar a los pocos sobrevivientes—. ¡Reúnan a los heridos, cubriremos la retirada!—

Espalda con espalda, Iltar y Palmer se convirtieron en una muralla viviente contra el abismo, disparando y eliminando a cualquier cosa no humana. El tiempo para ellos pasó tan rápido que no tuvieron tiempo de darse cuanta cuánto llevaban en combate, hasta que el enemigo eventualmente comenzó a escasear, y poco después, desaparecieron frente a su visión.

Un leve viento helado rozaba las calles cubiertas de cuerpos y silencio. No quedaba rastro alguno de los Violets,

sólo manchas de sangre negra, huellas deformes y humo flotando entre los restos del combate.

—Dios...— murmuró Palmer, bajando su arma lentamente—. Creí que nunca terminaría. Vente, vamos, hay que avisar a los habitantes que ya pueden salir.—

Iltar no respondió, únicamente alzó la mano y lo detuvo.

—Mejor ven, ayúdame a voltear esa camioneta. Parece estar en buen estado todavía.—

Palmer parpadeó, desconcertado.

—Pero, ¿qué hay de las personas?—

Se detuvo al ver la mirada de Iltar. Una mezcla de dolor, rabia y una resolución tan profunda que no podía discutirse. Sin más, caminó hasta el costado del vehículo y lo ayudó a volcarlo de nuevo sobre sus ruedas. El chasis crujió, y el motor, sorprendentemente intacto, desprendió ruidos un par de veces antes de rugir débilmente. Iltar se subió primero.

—Conduce hasta la ciudad de Hughes. Desde ahí nos pondremos en contacto con la base.—

Palmer se sentó frente al volante, con las manos temblorosas, y justo antes de girar la llave preguntó: "¿Y los muchachos?", Iltar no respondió con palabras, del bolsillo de su chaqueta sacó un puñado de placas de identificación y las sostuvo frente a Palmer en un silencio sepulcral.

Las pequeñas piezas metálicas tintinearon entre sus dedos como campanas fúnebres. Palmer bajó la vista, sintiendo un nudo en la garganta, entendiendo que no había nada más que decir.

Iltar se recostó en el asiento, exhalando lentamente.

—Arranca. Te contaré todo en el camino.—

Palmer puso en marcha la camioneta y las ruedas dejaron marcas profundas en la nieve ensangrentada mientras abandonaban la plaza. La carretera estaba casi desierta, con el sol de la madrugada intentando abrirse paso entre un cielo gris.

Durante varios minutos no dijeron nada, el rugido apagado del motor y el susurro del viento era lo único que acompañaba el momento. Finalmente, Iltar habló, con la voz apagada.

—Todo fue una trampa.—

—¿Qué?— dijo mirándolo de reojo.

—El Coronel Balfur nos trajo aquí sabiendo lo que pasaría. Ese malnacido estaba trabajando con el pueblo, que en realidad son un culto, se hacen llamar "Los hijos de los últimos días". Y, en la cena, con la comida y la bebida nos drogaron. Cuando desperté, estábamos todos atados a los árboles del bosque, desarmados, después llegaron los Violets y lo demás ya lo sabes. Uno a uno fueron cayendo, todos nuestros hombres, los vi morir a todos, y yo, yo no pude hacer nada para evitarlo.—

Palmer cerró los ojos por un segundo, tragando saliva. Sus nudillos se apretaron sobre el volante.

—Maldito hijo de puta…— susurró—. Nunca creí que el coronel estuviese inmiscuido en todo esto.—

—Yo tampoco.— respondió mirando por la ventana, con los ojos perdidos entre los árboles y las montañas—. Al principio creí que sólo era un pueblo más, uno necesitado, uno que

merecía ayuda, pero no, me dejé engañar por su falsa ilusión, y terminamos siendo carne para su maldito “dios”.

Palmer asintió, aun procesando todo.

—Cuando noté que nadie respondía a la señal, y que tú no contestabas el canal, supe que algo estaba mal. Así que salí del aeropuerto y tomé el camino al pueblo. En medio del trayecto encontré una cabaña abandonada, y desde ahí conseguí una buena vista, desde donde te encontré, pero, joder, nunca pensé que todo esto era una puta emboscada religiosa.—

La carretera los llevó por un puente congelado, donde debajo, el río resplandecía entre cristales de hielo. Las casas dispersas de Hughes comenzaron a aparecer en el horizonte.

—¿Qué vas a hacer cuando regresemos?— preguntó Palmer.

—No lo sé. Pero juro que Balfur lo pagará caro.— dijo con ira y dolor.

En la entrada de la ciudad, encontraron una vieja torre de telecomunicaciones. Palmer descendió de la camioneta y logró conectarse con el sistema auxiliar. A los pocos minutos, envió un mensaje codificado a la base, reportando la ubicación y solicitando una extracción urgente, mientras tanto Iltar permaneció sentado en el borde del vehículo, mirando hacia el cielo, todo le dolía, pero nada tanto como la culpa de la muerte de sus soldados, pues eran su responsabilidad, sentía que había fallado.

Iltar no habló en todo el recorrido, se mantuvo en silencio, honrando la memoria de sus hombres con quienes se suponía que tendría que regresar. Al llegar a la base, lo primero que hizo fue dirigirse hasta el Coronel Zapata para entregarle el informe de la misión, donde contó todo lo

sucedido, así como la complicidad de Balfur en la trampa del culto.

La oficina era sobria, construida con los mismos paneles grises que cubrían gran parte de las instalaciones. Varios reconocimientos adornaban las 4 paredes de aquel lugar, una fotografía enmarcada de una unidad antigua del ejército descansaba sobre el escritorio y detrás, el Coronel Zapata repasaba un informe cuando Iltar llamó a la puerta.

—Adelante.— dijo sin levantar la mirada.

Iltar entró, aún con parte del uniforme ennegrecido por el humo, manchas de sangre, el rasguño del Violet, y las placas de identificación de sus hombres colgando como un eco metálico de los que ya no estaban. Se cuadró y levantó el mentón.

—Solicito hablar con usted, Coronel.—

Zapata lo observó por un segundo, luego le indicó con la mano que cerrara la puerta y tomara asiento.

—Adelante, Capitán.—

Iltar se sentó con rigidez, y habló firme.

—La operación de entrega de suministros a la comunidad de las colinas de Hughes fue una emboscada.—

—¿Emboscada? ¿Por quién?— dijo desconcertado.

—Por los habitantes del pueblo. Forman parte de un culto que se hace llamar los hijos de los últimos días, quienes con el apoyo de alguien de nuestras filas orquestaron todo.—

Zapata entrecerró los ojos.

—¿Alguien de nuestras filas?—

—Sí, el Coronel Balfur.—

—Iltar, ¿estás consciente de lo que estás diciendo?, ¿estás acusando a un oficial superior de traición?—

—Es correcto, y lo puedo probar.— Iltar extrajo un pequeño dispositivo de su bolsillo y lo dejó sobre el escritorio—. Grabé parte de la conversación con Andrés, el líder del culto. Dijo que Balfur les prometió ayuda, que les mandaría personas.—

Zapata tomó el dispositivo, presionó el botón, y durante unos minutos escuchó las palabras temblorosas del fanático: "Estoy seguro de que ya lo conociste, mi amigo el Coronel Balfur, un hombre pragmático, quien amablemente se ofreció a ayudarnos, porque, ya nadie transita por estos caminos, lo que vuelve el tema del tributo un poco complicado, así que, si no eran ustedes, ten por seguro que otros ocuparían su lugar, y después de este tributo, otras personas, hasta que todo esto termine".

Cuando la grabación terminó, el Coronel no dijo nada durante varios segundos.

—¿Qué ocurrió exactamente?— preguntó en voz baja.

—Nos recibieron como amigos. Dimos los suministros, hablamos con su gente, nos invitaron a cenar. Yo creí… creí que era parte de la hospitalidad, pero en la cena, todos fuimos drogados, perdimos el conocimiento. Al despertar estaba atado a un árbol, al igual que mis hombres. No teníamos armas, ni equipo, nada más que nuestros trajes. En ese momento fue cuando Andrés apareció y me lo dijo todo. Luego se fue y nos dejó a merced de los Violets. Uno por uno, todo mi pelotón fue devorado. No pude hacer nada. El Capitán Palmer, quien se había quedado en el aeropuerto para

ayudar con las comunicaciones, logró salvarme, regresé al pueblo, recuperé mi equipo, nos encontramos y juntos ayudamos a la defensa de la comunidad. El culto había convertido a todo el lugar en un altar de sacrificios, y el Coronel Balfur lo permitió.—

El Coronel se frotó la sien. La línea de su mandíbula temblaba con furia contenida.

—¿Conoces el paradero del Coronel Balfur?—

—No lo sé, probablemente siga en el aeropuerto, puede que aún esté operando o destruyendo evidencia.—

—Comprendo.—

—Coronel…— la voz de Iltar se quebró un momento, pero la contuvo—. Quiero justicia para mis hombres. Ellos confiaban en mí. Murieron por una misión falsa, traicionados desde dentro. Reconozco mi error por haber bajado la guardia, mas la traición del Coronel Balfur es algo que simplemente no estoy dispuesto a dejar pasar.—

El coronel se levantó y caminó hasta la ventana, aunque no había nada que mirar, sólo la bruma metálica del vidrio blindado.

—He luchado por muchos años, Iltar. He enterrado más soldados de los que puedo recordar. Y sí hay algo que nunca he tolerado, ha sido la traición. Si lo que describes es cierto, entonces eso es más que traición, es cobardía disfrazada de falsa fe, corrupción, asesinato.— giró hacia él—. Te doy mi palabra, esto no quedará impune. Voy a autorizar un operativo para la detención inmediata del Coronel Balfur, y cuando se le someta a juicio, tú y Palmer estarán al frente del tribunal.—

—¿Tribunal?— repuso molesto—. Con todo respeto, Coronel, pero ese maldito bastardo no merece si quiera ser considerado para un juicio militar, debe ser ejecutado. Sólo Dios sabe cuantas personas ha engañado para ser parte del juego desquiciado del culto.—

Zapata se acercó y colocó una mano firme sobre su hombro.

—Lamento lo de tus hombres, pero debemos seguir un protocolo, incluso para este tipo de situaciones.—

—Me parece increíble. Las leyes, normas, todas esas...formalidades suyas. No me sorprendería que sea absuelto por sus crímenes. Le diré algo, Coronel, si ese bastardo no recibe lo justo, seré yo quien honre la memoria no sólo de mis soldados, sino de todas las demás personas que perdieron la vida por sus acciones.—

Iltar no dijo más, tampoco dio tiempo a que Zapata le respondiera, dejó la oficina tan pronto terminó de hablar, dejando el lugar con aún más ira que antes. En camino al laboratorio se encontró a Seage, a quien no había visto en mucho tiempo.

—Iltar, hijo, qué gusto encontrarte.— lo saludó con un fuerte apretón de manos y un fraternal abrazo.

—Seage, creí que ya no volvería a verte por estos pasillos. Ha pasado tanto tiempo, ¿cómo has estado?—

—La verdad es que yo tampoco creí que me fueran a soltar esos burócratas de Cargary, pero tuvieron una muy buena razón para dejarme ir.—

—¿Calgary?, no sabía que estabas en el corazón de Canadá, ¿por qué te dejaron ir?—

—Bueno, resulta que encontraron pruebas contundentes de que nuestro enemigo ha estado ocupado al igual que nosotros.—

—¿A qué te refieres con eso exactamente?—

—Han estado evolucionando.—

—No. Eso no puede ser.—

—Lo mismo dijimos todos cuando nos mostraron en la reunión las muestras y evidencias de los estudios, pero, es cierto. Quizá me puedas decir, porque tiene rato que no me mandan a misiones, no he visto a esas bestias por un rato, y por lo que escuché, no tiene mucho que Palmer y tú regresaron de una operación, dime ¿has visto o sentido alguna diferencia entre estos Violets y los de hace un año y medio?—

—Ahora que lo mencionas, sí, he visto a muchos con características físicas diferentes, unos cuantos metros más altos, más rápidos, con piel más resistente y unas garras que, bueno, juzga por ti mismo.— se apartó un poco para que pudiera observar la marca en su equipo de protección.

—Vaya, ese rasguño se ve grande y profundo.—

—Un poco más y llega hasta mi piel. Pero ¿cómo es que pueden estar evolucionando?—

—Es lo que todavía no saben, aún siguen trabajando para averiguar por qué en algunas ocasiones el efecto de la noche ultravioleta dura menos, o cuando en raras ocasiones se adelanta al domingo.—

—Parece que nos estamos quedando atrás.—

—En fin, cuéntame, cómo has estado, qué has hecho, cómo van las cosas entre tú y Fey.—

—Para, para, muchas preguntas, yo creo que lo más relevante es que ahora soy Capitán, he cumplido exitosamente 33 misiones sin ninguna pérdida, por lo que, no he tenido mucho tiempo para conversar con Fey, aunque, puede decirse que las cosas van bien.—

—Intenta no descuidarla, cuida los detalles, aunque sea por poco tiempo, pero intenta siempre hablar con Fey, ella vale la pena, y sí, sí supe de tu ascenso, muy bien hecho chico, pero creo que serían 34 misiones en lugar de 33, ¿o ya estabas contando de la que volviste?—

Iltar se quedó callado por unos segundos.

—No. Esta última no fue exitosa.—

—Oh, vaya, lo siento mucho. Se lo que se siente perder a hombres bajo tu cargo, pero en la guerra no todos pueden sobrevivir.—

—Debían de haber regresado todos con vida, pero, por culpa de una traición y de mi confianza me quedé sin ninguno de ellos.—

—¿Qué fue lo que pasó?—

—Un Coronel del CMEI nos tendió una trampa, ayudaba a un pequeño pueblo regido por un culto, grupo de fanáticos religiosos. Me dejé llevar por la hospitalidad de las personas y terminamos drogados y ofrecidos como tributo para su dios.—

—Lo lamento. ¿Le has entregado el informe al Coronel Zapata?—

—Sí, de hecho, de allí vengo, mas no conseguí nada más que salir más enojado.—

—¿Por qué?—

—Porque me dijo que iban a poner ante un tribunal al Coronel que nos tendió la trampa, en lugar de ejecutarlo por la traición y todas las muertes que ha ocasionado.—

—Iltar, acusar a un Coronel de algo similar es muy serio, no se han dado casos desde que inició la guerra, no creas que es tan fácil como simplemente ejecutarlo.—

—Sí, algo similar me dijo Zapata, pero créeme que, si ellos no hacen justicia, entonces la haré yo.—

—Mira, sé que estas enojado, mejor descansa, deja que se aclare tu juicio.—

—Lo tengo. ¿Ibas a visitar a la Dra. Shang?—

—Iba a visitarlos a todos. ¿tu vas para el laboratorio también?—

—Tenía pensado, aunque, quizá sea mejor que me distraiga un poco, no quiero que por mi actitud vaya a responder de forma grosera.—

—Bien dicho hijo. Entonces, te veré luego.—

—Seguro, nos vemos.—

Tras aquella interacción, Iltar se dirigió a la zona de entrenamiento, en donde permaneció el resto del día. No quería conversar con Fey, sabía que si le contaba lo sucedido su respuesta sería como la de los dos últimos, una disculpa y asegurar que no se le podía enjuiciar al Coronel sin el debido proceso.

Perdió la noción del tiempo entrenando, se mató haciendo y repitiendo cada circuito, superando su propia puntuación, llegando al punto de que su cuerpo comenzó a fallarle, a no responderle. Iltar estaba consumido por la culpa de lo sucedido, y aquello, era una manera en la que inconscientemente se castigaba por haber fallado.

Continuó hasta que, de un momento a otro, su cuerpo se desvaneció y con él, su consciencia también. El crujido metálico de las vigas acompañaba su sueño profundo, con el comunicador apagado colgando de su oído, y el frío de la noche apenas lo perturbaba; el agotamiento lo había vencido por completo.

Entonces, una bota golpeó suavemente su costado.

—¡Iltar!— exclamó una voz conocida, con urgencia—. ¡Despierta, maldita sea!—

Iltar abrió los ojos de golpe y parpadeó varias veces, desorientado.

—¿Palmer...? ¿Qué...?—

—¿Tienes idea de cuántas malditas secciones he buscado para encontrarte?— le recriminó mientras lo ayudaba a incorporarse—. ¿Para qué demonios te dan un comunicador si no lo usas?—

Iltar se frotó la cara, todavía medio dormido.

—Estaba...sólo necesitaba descansar un momento. ¿Qué sucede?, ¿por qué tanto alboroto?—

—Acaban de informarnos que detectaron 4 focos de energía masiva, energía que aparece exclusivamente durante las noches ultravioletas. No son zonas comunes, al parecer hay

patrones, actividad, y una nueva clase de señal biológica. Dicen que estos Violets podrían estar organizándose.—

—¿Organizándose?, pero de qué diablos hablas, ¿cómo pueden haber detectado esa energía si no siento nada?—

—Entonces tu séptimo sentido no es tan bueno como los equipos de monitoreo de la humanidad, pero lo que te acabo de decir es lo que nos estaban diciendo en la reunión de emergencia. Como no estabas presente y no respondías, me mandaron a buscarte, y mírate cómo estás.—

—¿Para qué te mandaron a buscarme?—

—Quieren enviar equipos a esos puntos antes de que la próxima noche caiga. Van a desplegar cuatro escuadrones, y nos quieren a nosotros en esos puntos.—

—Ni hablar, hay trabajo que hacer.—

Sin esperar respuesta, Iltar, aun estando completamente adolorido y cansado, se levantó y siguió a Palmer rumbo al centro de operaciones, en donde se estaba llevando a cabo la reunión. Al ingresar, una pantalla central proyectaba los mapas de la región en donde se habían registrado esos 4 puntos de convergencia de la energía. Las cuatro marcas rojas parpadeaban lentamente sobre el mapa, una al norte, otra sobre la cordillera este, una más sobre el Golfo y la última en un lugar familiar.

—Belmopán.— murmuró Iltar, al ver la coordenada sobre el territorio centroamericano—. Esa zona...ahí es donde vive mi madre.— se giró de inmediato hacia la mesa de mando—. Capitán Noren, reportándose. Solicito voluntariamente ser asignado al sector 4.— dijo con firmeza—. Conozco la región, hay civiles en comunidades pequeñas, sin mucha defensa, no tienen manera de resistir si esto se descontrola.—

El General Zapata, presente en la sala, lo observó unos segundos antes de asentir.

—Concedido, Capitán Noren. Tendrá acceso a un transporte ligero y una unidad de apoyo. Establecerá perímetro, registrará actividad y priorizará la protección civil.—

—Gracias, señor.—

Mientras los demás se dispersaban y se confirmaban las asignaciones, Palmer lo miró con seriedad.

—Seage va al sector 1, Bravo, al 2, y yo iré al 3. Bueno, parece que nos toca dividirnos otra vez.—

—Lo sé, pero si esto escala, y Belmopán es un nodo como sospechan...no me lo perdonaría si no hiciera algo.—

Palmer sabiendo la verdadera razón de que deseara ir al cuarto sector, lo apretó del hombro con fuerza.

—Entonces ve, pero no mueras, ¿sí? Ya me debes demasiadas cervezas como para que te vayas sin dármelas.—

Iltar sonrió levemente, aunque su mente ya estaba en otra parte.

—Saldrán en 30 minutos. Alístense.— exclamó el Coronel Zapata.

Antes de preparar su equipo, Iltar se desvió por los pasillos curvos del nivel médico, dirigiéndose al laboratorio, donde sabía que Fey estaría revisando resultados o preparando muestras. Al llegar la encontró frente a una mesa quirúrgica digital, revisando una pantalla de energía espectral.

—¿Interrumpo?—

Fey lo miró, sorprendida. Sus ojos se suavizaron al verlo.

—Iltar. Me alegro mucho de verte. ¿Qué sucede?—

Él se acercó con lentitud, sin la armadura ni el arma, sólo su uniforme simple, con las manos algo temblorosas por todo lo que venía procesando.

—Necesitaba verte antes de partir.—

—¿Otra vez te vas?—

—Sí. Me asignaron a una nueva operación. El lugar...está cerca de donde vive mi madre.—

Fey dejó la pantalla de lado, con expresión preocupada.

—¿Es peligroso?—

—Como todo últimamente, aunque al parecer los Violets ya no son sólo bestias salvajes, dicen que parece que se están organizando, como si algo los guiara. No puedo dejar a mi madre en medio de eso sin saber qué pasa.—

Fey bajó la mirada, cruzó los brazos.

—Después de lo que viviste en Hughes...pensé que te darían un tiempo.—

—¿Te enteraste de lo que ocurrió?—

—No sé qué te sorprende sí ya sabes que tarde o temprano todo se conoce.—

—Es verdad yo...— fui interrumpido por un fuerte abrazo.

—Siento mucho lo que ocurrió. Iltar, no fue tu culpa, lo sabes muy bien, no tenías manera de saber ni anticipar lo que habría

de ocurrir, sé que hiciste todo por salvarlos, lo sé, y tú también.—

Iltar disfrutó cada momento del abrazo, lo necesitaba, necesitaba consuelo tras lo sucedido, pero no sabía cómo pedirlo, ni si debía mostrarse vulnerable, mas Fey no dudó en mostrarle su apoyo. Hubo un silencio largo, luego Fey le colocó algo en la mano, una jeringa sellada.

—Si todo se sale de control y te vez forzado a utilizar tu ojo.— dijo con seriedad—. Esto bloqueará temporalmente la actividad del nervio óptico izquierdo. En pocas palabras, no sentirás tanto dolor mientras tengas que usarlo.—

—Gracias.—

—No me des las gracias. Sólo...regresa.—

Iltar la miró unos segundos, como si fuese a decir algo más o fuese a terminar con algo que ambos deseaban, un beso, mas ninguno se atrevió a dar el primer paso.

—Volveré, te lo prometo.—

Tras salir del laboratorio se dirigió hasta el cuarto de equipamiento en donde comenzó a prepararse para la misión. Se estaba cambiando cuando de repente una gran caja metálica cayó justo a un costado suyo.

—Toma, te lo has ganado.— dijo Seage.

Volteó la mirada y al abrir la caja se encontró con un traje táctico completamente negro, de tejido compuesto, con placas flexibles e iridiscentes, un traje de rango superior como el de él.

—¿Qué es esto?—

—El modelo “Nox-9A”, mejor que el que tenemos Bravo y yo, resistente a la sangre ácida de los Violets, a sus garras y al calor, es lo más nuevo en protección, pero tampoco intentes llevarte ninguno a la cama, ¿sí?— bromeó Seage con un dejo de seriedad.

—A la cama no, a la tumba.— respondió siguiendo el tono de broma.

—Bueno, nos vemos pronto hijo, suerte.—

—Gracias, tú también.—

Una vez que Seage lo dejó solo, Iltar observó con aprecio la caja del traje, sin poder creer que al fin le habían concedido el honor de portar uno. Iltar respiró hondo y deslizó los dedos sobre la superficie. La caja reconoció su pulso y con un breve chasquido se abrió, desprendiendo un vapor ligero que emergió al romperse el sello hermético. En su interior, perfectamente plegado, reposaba el traje.

El traje era negro como la obsidiana, el tejido brillaba débilmente, como si contuviera vida propia. Las placas protectoras eran delgadas, flexibles, pero con la firmeza de una aleación desconocida. Apenas lo tocó, el material pareció reaccionar a su temperatura, adaptándose como si lo reconociera.

Se quitó la camiseta, dejó su viejo uniforme sobre un banco cercano y alzó la parte inferior del traje. Comenzó por el cuerpo base, un tejido ceñido de nanotela oscura, que al contacto con la piel parecía adaptarse a su temperatura. Se lo enfundó desde los pies, subiendo poco a poco, en donde a cada tramo, se sentía cómo se ajustaba automáticamente a su fisionomía, contrayéndose suavemente como si respirara con él. El tejido del traje se deslizó suavemente, cerrándose como

una piel líquida a medida que subía, notando como el peso era repartido por todo el cuerpo, con un ajuste exacto.

Luego, vinieron las placas adaptativas que encajaban como piezas de un rompecabezas sobre sus hombros, pecho, espalda y muslos, aunque su apariencia dejaba en claro que eran duras y pesadas, la realidad era que estas eran ligeras y moldeables, con memoria estructural inteligente que respondía a sus movimientos.

Al colocarse el torso, el traje emitió un leve zumbido. La columna dorsal se cerró con un sistema magnético que crujió en su espalda. Las microceldas térmicas activaron su núcleo, regulando su temperatura y la distribución de oxígeno.

Se ajustó los guantes, cada dedo encajando a la perfección en su sitio, pudiendo sentir como el impulso eléctrico recorría sus yemas, activando la interfaz táctil del equipo. Se había puesto todo el traje, lo único que faltaba colocar era el casco.

No era como su visor común, era un casco oscuro y opaco por fuera, de superficie cristalina reforzada. Iltar lo levantó frente a su rostro, y por un instante, se vio reflejado en él; ojeras, cicatrices recientes y esa tensión constante en los ojos. Suspiró antes de colocárselo. El casco descendió con un clic perfecto, como una llave girando en una cerradura, y una presión leve en los costados le indicó el sellado total.

En cuanto el casco selló, el mundo cambió. El visor se encendió con una danza de espectros visuales, una interfaz circular mostró información vital. pulsaciones, oxígeno, presión, temperatura exterior. Podía alternar entre visión térmica, ultravioleta, electromagnética y modos de combate. Los bordes del visor se iluminaron con un suave tono azul.

Luego de unos segundos de que se activara el casco y se conectara con el resto del traje, la voz masculina digital del sistema le habló con firmeza al oído: “Traje Nox-9A activo. Bienvenido, soldado Iltar. Pulso estable. Sin anomalías. Listo para despliegue”.

Todo lo que antes necesitaba con sus gafas, ahora era parte de él. Se giró hacia su rifle, reposando sobre la armería cercana, al tomarlo con el guante del traje, sintió cómo se enlazaba a su sistema, en donde el arma mostró una línea de carga en su HUD, estaba cargada y lista.

Guardó cuchillas, cargadores, una bengala de emergencia y placas extra. Revisó todo con precisión casi quirúrgica, quería llevar consigo todo lo necesario para no perder ni un segundo ni fallar ni un disparo.

Al llegar al hangar, las compuertas ya estaban abiertas. El suelo temblaba por los motores de las aeronaves preparándose para partir; la bruma baja arrastraba polvo, y el eco de botas pesadas retumbaba en las paredes metálicas.

Un grupo de nuevos soldados se encontraba en formación, lo miraron cuando entró. Al principio, sólo vieron su silueta envuelta en la sombra, pero conforme se acercó, el brillo azul de su espina dorsal y el resplandor pálido del visor lo delataron.

Se detuvo frente a la nave, giró apenas la cabeza, y con voz firme, profunda, amplificada por el modulador del traje, dijo: “Suban muchachos, tenemos una misión que cumplir”.

Iltar no dijo nada durante todo el trayecto, no hubo discurso como solía haber antes de llegar al objetivo, nada de palabras de aliento, ni repaso general, sólo el silencio de un

Capitán que más que pensar en sus hombres pensaba en lo más importante para él, su madre.

Poco antes de llegar hasta el lugar indicado el ojo izquierdo comenzó a palpitarle, la infalible señal de que estaba por ocurrir la noche ultravioleta. A los pocos segundos de sentir el palpitar en su ojo, su traje comenzó a emitir el mismo sonido que el traje de Seage, corroborando lo que había sentido, aunque había algo que aún no comprendía, pues no debería ocurrir sino hasta el próximo domingo, dentro de una semana.

La oscuridad engulló por completo al avión, el cual continuaba su rumbo gracias al piloto automático, lo que activó una alarma que todos entendieron, alistando sus armas y equipos, ante el inminente enfrentamiento. A unos metros de la ubicación, la compuerta empezó a desplegarse, permitiendo ver los incendios, y escuchar los gritos de civiles cortados por rugidos y explosiones.

Iltar les gritó a los soldados que lo siguieran, acto seguido saltó de la nave mientras la rampa aún descendía. A lo lejos, vio a un Violet superior extendiendo sus extremidades, controlando a decenas de los menores, quien parecía que les estaba dando órdenes.

—¡Se están coordinando para atacar casa por casa!— gritó al comunicador.

Sin dudarlo, apretó el gatillo y empezó a eliminar varios Violets menores con disparos limpios a las zonas blandas de su anatomía. Consiguió múltiples bajas, mientras avanzaba junto con sus soldados, hasta que, a lo lejos, un Violet superior lo vio, señalando su posición con un gesto acompañado de un rugido tan agudo que hizo vibrar los cristales de las casas y edificios.

Los Violets comenzaron a rodearlo, cazándolo con táctica y no por instinto. El visor del casco le marcaba blancos en múltiples direcciones, tantos que era difícil concentrar el fuego en uno sólo, por lo que comenzó a disparar a diestra y siniestra sin cesar, logrando abatir a unos cuantos; sin embargo, fue cuestión de minutos para que se viera superado por la horda. Uno lo embistió de lleno, tirándolo contra una pared. Las placas del traje aguantaron el impacto. Sus soldados lo iban a ir a ayudar, mas se vieron en aprietos, imposibilitados a socorrerlo. Cuando parecía que sería aplastado por la horda, una ráfaga pesada limpió su costado.

—¿Cuántas veces más debo salvarte el culo, mocoso?— bramó Bravo, bajando de un transporte con una docena de soldados—. ¡Vamos, que no tengo todo el maldito día!—

Iltar se repuso y luchó codo a codo con Bravo y su escuadrón, avanzando entre los cuerpos humeantes de los Violets, eliminando rápidamente a cientos, hasta llegar a la posición del Violet superior. Este al ver que se encontraban cerca, activó desde su cuerpo una carga de pulso electromagnético, provocando una gran onda expansiva y de choque que además de derribarlos, inutilizó todas sus armas y trajes.

—¡Carajo! ¡Esa puta cosa desconectó todos mis sistemas! ¡Iltar, no veo una mierda!—

—Yo tampoco, y mi arma no acciona. Debió haber sido esa onda, dejó fuera de servicio todo, como el apagón de hace años.—

—Estamos muertos sin los visores ni las armas.—

—No, aún no.—

Al ver la situación, Iltar utilizó su habilidad para poder ver el espectro ultravioleta, sacó un arma convencional, la cual por no poseer ninguna pieza eléctrica no se vio afectada, así como un cuchillo de combate.

—¡Todos, pónganse detrás de mí, ya!— exclamó para todos.

Los Violets aprovecharon el momento para concentrar sus ataques sobre el grupo, donde el único que representaba un peligro era Iltar. El combate fue intenso, varios Violets intentaron destruir la defensa de Iltar, mas no tuvieron mucho éxito, al menos no al principio, pues sus cuerpos aún eran vulnerables a las balas y al filo del cuchillo, en especial en sus áreas blandas, las cuales Iltar conocía a la perfección y explotando su debilidad haciendo que cada disparo y movimiento contara.

—No vas a poder seguir el ritmo por mucho tiempo.— dijo Bravo.

—Debemos avanzar hacia el centro del CMEI que está cerca de aquí.—

—¿Hay uno de esos aquí?—

—¿Qué no viste el mapa de la zona?—

—No me fijo en esas cosas.—

—Debería estar a nuestra derecha, a unos cuantos metros.— respondió mientras continuaba defendiendo.

—Entonces hay que movernos, la onda no fue tan extensa, lo más seguro es que tengan armas y visores que aún funcionen.—

—Sí, vamos.—

Como pudieron avanzaron en formación, intentando evadir los ataques de los Violets. A los pocos metros comenzaron a perder a soldados, los Violets se lanzaban desde los techos de los edificios, el número fue en aumento lo que complicó que Iltar pudiese protegerlos a todos.

Una vez que Iltar logró ver el edificio, les informó que corrieran en línea recta sin detenerse, que así llegarían, y que siguiendo la distribución conocida buscaran los equipos, en lo que él protegía la entrada.

En el movimiento perdieron a 6 hombres, el resto logró entrar, Bravo, quien era el de mayor rango, guio a los demás hasta el almacén de repuestos. Al llegar fueron recibidos por soldados que se habían resguardado, y con su ayuda se suministraron de gafas ultravioletas y armas para continuar la defensa.

Mientras luchaban, Iltar alcanzó a ver como un grupo se dirigía hacia bloques de edificios comunitarios, preocupándose porque en un departamento dentro del bloque se encontraba la casa de su madre.

—No.— susurró, y salió corriendo entre los escombros.

—¡Bastardo, ¿a dónde vas?!— gritó Bravo mientras veía como la silueta de Iltar se iba desvaneciendo poco a poco.

Corrió por las calles cubiertas de escombros. Las luces parpadeaban intermitentes, y las alarmas morían en notas quebradas. Cada esquina era una amenaza. Disparó a quemarropa contra un Violet menor que se abalanzó entre los restos de un vehículo destrozado. Su disparo de plasma atravesó su cráneo y lo estampó contra una pared.

Más criaturas surgían de las sombras, arrastrándose como alimañas. Iltar no se detuvo. Sus balas eran certeras, su

visión espectral lo guiaba. Giró en una callejuela estrecha donde dos Violets habían desgarrado a una familia que intentaba huir. No pudo salvarlos, pero sí ejecutó a las criaturas con una frialdad que le partía el alma.

Las calles temblaban bajo el peso de los gritos. Los edificios colapsaban entre explosiones sordas, y los lamentos de la gente se perdían bajo el rugido de los Violets. Iltar giró su cabeza hacia el norte, a lo lejos, entre la penumbra y las siluetas que corrían, pudo distinguir las torres habitacionales, los bloques comunitarios.

Al llegar a los bloques de departamentos, sus ojos buscaron frenéticos el cartel oxidado entre los muros.

—S-07, ese es el número del departamento de mamá. ¿dónde estás S-07, dónde?—

Ese número se clavó como una aguja oxidada en su mente.

—O...P...Q...R…¡S! Ese es, ese es su edificio.—

Avanzó por los pasillos entre los enormes edificios, apreciando ventanas rotas, ropa por doquier, y marcas de las garras de los Violets por las paredes exteriores. Al llegar al edificio vio que la puerta estaba abierta, con marcas de garras y sangre fresca manchando el marco. Subió con prisa las escaleras, dos peldaños por zancada, su respiración atrapada en la garganta, su corazón latiendo con una furia que nublaba la lógica.

Los pasillos estaban cubiertos de sombras, acompañado de un hedor que era indescriptible, hierro, carne, cenizas. Algunas puertas estaban abiertas, otras forzadas. Caminó y se encontró con el cuerpo de un anciano tirado en el rellano, aunque no le prestó atención, aún tenía la

esperanza de que las bestias no hallasen encontrado el departamento de su madre.

Cuando llegó frente a la puerta S-07, dudó. Su mano tembló por primera vez en mucho tiempo. La puerta no estaba cerrada, así que sólo la empujó con delicadeza, con cautela. El interior estaba bañado por una luz tenue, de esas luces de emergencia que apenas iluminaban, y al notar la atmosfera del lugar, empuñó su arma en alto.

—¿Mamá...?— murmuró, sin obtener respuesta.

El departamento parecía intacto, al menos, al principio. Pasó por la pequeña cocina, por el sofá, cruzó el pasillo hasta el dormitorio. La puerta de la habitación estaba entornada, y un sonido húmedo, como un corazón latiendo fuera del cuerpo, se filtraba por la rendija.

Tenía miedo de lo que se iba a encontrar, mas con eso terminó por empujar la puerta, encontrándose con una escena que lo dejó paralizado.

El cuerpo de su madre estaba suspendido en el aire, mantenido por múltiples tentáculos negros y viscosos que emergían de un Violet superior. La criatura era alta, con un torso que palpitaba como si respirara por cada poro. Sus múltiples ojos se abrían y cerraban en secuencia, como si lo estuvieran observando desde antes de su llegada.

Su madre estaba inerte, los tentáculos atravesaban su abdomen, su pecho, su cuello, como raíces aferradas a un árbol que ya no podía sostenerse. Al encontrarse con esa escena Iltar no pudo respirar.

—Mamá...— susurró, y sus rodillas se doblaron un segundo, temblorosas. Algo dentro de él se rompió. Algo que no se repararía jamás.

La criatura no lo atacó, sólo se quedó observándolo, como si esperase algo, aunque cualquier cosa que fuese, sería la última que vería. La furia llegó en forma de grito, Iltar se lanzó hacia él con el cuchillo en mano, cortando hábilmente los tentáculos que sostenían a su madre. Su cuerpo cayó como una marioneta sin hilos a los pies de su cama, el Violet reaccionó atacando a Iltar, pero este rodó y lo esquivó.

Iltar estaba a punto de asestar el golpe final cuando escuchó la palabra: “Alto”. La voz no provenía del exterior, era un álgido susurro dentro de su mente, había sido la misma criatura, quien intentando replicar el sonido de la palabra consiguió comunicarse, y luego, con una voz aún más clara, temblorosa y profunda: “Iltar”.

Iltar por instinto accionó el arma, eliminando el Violet, silenciando la voz. Dio un paso atrás, entonces todo el entorno parecía haberse detenido. Un zumbido creciente llenaba su cabeza, no provenía del Violet, ni de ningún lugar de la habitación. Iltar confundido soltó el arma y cayó de rodillas al lado del cuerpo de su madre, el cual terminó por abrazar con dolor y tristeza.

—Perdón...perdóname, mamá…no llegué a tiempo…— las lágrimas se deslizaban dentro del casco. Lo retiró con rabia y lo dejó caer a un lado.

Junto a su cuerpo encontró un marco con una vieja foto familiar. Estiró la mano para tomarla, pero una gota de sangre del Violet cayó sobre el vidrio provocando que tanto el marco como la imagen se derritieran sobre sus manos.

Iltar quería desmoronarse, quería morir para no tener que sufrir el dolor, para poder estar con su mamá, mas no podía, aún tenía una promesa que cumplir. Escuchó una transmisión por el casco, era Bravo quien lo estaba buscando

por todas partes. Tomó el casco y le dijo: “te veo en la plaza central de la unidad habitacional”, luego se secó las lágrimas, se colocó nuevamente el casco, cargó en brazos el cuerpo sin vida de su mamá y salió del departamento hasta el punto de encuentro.

Una vez llegó se encontró a Bravo y al resto de soldaos que habían sobrevivido a la ola de Violets.

—¿A dónde mierda te fuiste?— gritó Bravo, llegando entre jadeos—. ¡POR POCO MUERO POR TU CULPA! ¿Quién es ella, una puta tuya? ¡Jajaja…!—

Iltar lo miró con los ojos ardientes.

—Es mi madre.—

Bravo guardó silencio.

—Pide extracción.— ordenó Iltar.

—No hay forma de enviar comunicaciones con la base, el efecto de la noche ultravioleta aún sigue, además, la onda dejó inservible las comunicaciones, lo único que podemos hacer es esperar.—

Iltar no dijo nada. Caminó unos pasos y dejó el cuerpo de su madre en el centro de la plaza.

—¿Escuchas eso?— preguntó sin girarse.

—Te acabo de decir que nada funciona, ¿cómo mierda voy a escuchar?—

—Formación Cúpula. ¡Ya!—

Los soldados rodearon la plaza, formando un perímetro. Entonces el sonido que apenas y era perceptible para Iltar comenzó a ser escuchado por los demás. Era una

horda de decenas de Violets que se aproximaban con rapidez a su posición.

Iltar observó el cuerpo de su madre. Algo en su interior estalló, al ver al primero soltó un fuerte grito y se lanzó al frente, convirtiéndose en un vendaval. Disparaba, cortaba, destruía todo a su alcance. La furia lo volvió salvaje, los Violets caían uno tras otro, mientras que el resto con dificultad lograban derribar a unos cuantos.

La horda no era de Violets menores, era de avanzados, de los que se sospechaba habían evolucionado y se encargaban de organizar a los demás. El combate fue brutal, aunque Iltar demostró ser superior al enemigo, uno consiguió romperle el casco, mas él ni se inmutó, quitándoselo y continuando la batalla.

Con el paso del tiempo, su brazo izquierdo comenzó a brillar, volviéndose más rápido, más fuerte. La infección lo estaba consumiendo, esparciéndose desde su ojo hasta su hombro, lo que le provocó un inmenso dolor, y aún con eso no bajó la guardia ni por un momento.

Cuando se quedó sin balas, y su cuchillo se había desgastado por la sangre de tantos Violets, arrancó una cuchilla de uno caído y la clavó en otro. Su comportamiento había comenzado a cambiar, siendo más errático, salvaje, en donde, por instantes dejaba de parecer un humano más, volviéndose en su depredador natural.

Bravo y los soldados no se acercaron, sólo disparaban desde atrás, cuidando que sus disparos no fueran a impactar sobre él. Luego de varios minutos sumergidos en la intensa batalla, la noche parecía estar acabando, los Violets dejaron de llegar y los restos de los caídos se fueron desintegrando

con el tiempo, pero Iltar no se detenía, seguía destrozando el cuerpo ya sin vida de uno.

—¡Iltar!— gritó Bravo—. ¡Ya terminó, carajo! ¡Ya se acabó!—

Iltar, con la respiración cortada y los ojos llenos de lágrimas y sangre, se quedó en silencio.

—No me importa cómo…— murmuró con voz rota—. Pero quiero a un equipo de extracción de inmediato.—

Un helicóptero los recogió luego de que Bravo consiguiera establecer contacto con la base. Durante todo el camino Iltar no dijo ni una sola palabra, no miraba otra cosa que no fuera el rostro palidecido de su madre que descansaba sobre su regazo.

Al llegar a la base la nave descendió con un chirrido áspero sobre el concreto desgastado. Las compuertas se abrieron liberando una bocanada de aire espeso y cargado de ceniza. Iltar descendió en silencio, con el cuerpo de su madre envuelto entre sus brazos, con una tela improvisada que la cubría, era apenas un velo sobre la tragedia.

El Coronel Zapata se encontraba esperando junto a varios oficiales y personal médico. Al verlos llegar, dio un paso al frente.

—Informe de misión.— ordenó con voz firme, sin notar al principio lo que llevaba Iltar en brazos.

Iltar avanzó lentamente, sin mirar a nadie, con el rostro seco, endurecido por el dolor; cuando estuvo a unos pasos del Coronel, este bajó la voz.

—Iltar…¿quién es ella?—

Bravo, quien venía detrás, sin su casco y con la mirada baja, se adelantó con un dejo de humanidad pocas veces vista en él.

—Déjelo, señor. Acaba de perder a su madre.—

Zapata asintió con un gesto contenido, dando un paso atrás. Iltar no dijo palabra, continuó su andar, cruzando el hangar como un espectro, ignorando las miradas, dirigiéndose directo al laboratorio médico.

Las puertas se abrieron y fue recibido por la Dra. Shang y Fey. Ambas palidecieron al ver el cuerpo. Fey soltó una pequeña exclamación, y la Dra. se llevó la mano al pecho.

—Dios mío… Iltar…¿qué ocurrió?— preguntó la Doctora con angustia.

Iltar bajó la mirada, aún aferrado a su madre, y con voz respondió.

—Sólo necesito que...me ayuden con la cremación.—

Fey tragó saliva, mientras la doctora intentó mantener la compostura.

—Podemos hacerlo…pero debemos pedir autorización al Coronel Zapata, está al mando ahora que el General Director no se encuentra en la base.—

—¿Cómo es posible que hasta para eso necesite pedir permiso? ¡Lo he dado todo! ¡Todo! ¡El cuerpo, la mente… mi jodida alma! ¿Y ahora, ni siquiera puedo cumplir el deseo de mi madre?— musitó con una mezcla de rabia y cansancio.

—No es cierto.— intervino Fey, tratando de calmarlo—. Aún tienes a tus hermanas…—

Iltar la miró con un vacío en los ojos.

—Ellas murieron hace cinco años...—

—¿Qué?—

—Murieron en un accidente. Iban camino al aeropuerto cuando un conductor ebrio se las llevó. Mi madre nunca se perdonó por eso. Yo era lo único que le quedaba…—

Iltar se sentó pesadamente en el banco más cercano, con el cuerpo de su madre en el regazo. Lentamente comenzó a quitarse el traje, y al hacerlo, todos en el laboratorio notaron cómo las venas del lado izquierdo de su rostro, cuello y brazo brillaban con un matiz púrpura grisáceo, pronunciadas como raíces bajo la piel.

Fey se quedó petrificada.

—¿Iltar…? ¿Qué te pasó?, ¿desde cuándo estás así?—

La Dra. Shang se acercó con cautela.

—Iltar, por favor. Necesitamos hacerte unos análisis. Ven conmigo al cubículo.— le tendiendo la mano.

—No...— respondió sin alzar la voz, pero firme. Sus ojos eran dos brasas apagadas.

—Iltar, por favor, no queremos hacerte daño, pero necesitamos saber qué ocurre.— insistió Fey.

—¡He dicho que no!— gritó poniéndose de pie de golpe.

Fue entonces que Fey, quien al notar la infección tomó una jeringa con tranquilizante, se acercó con prisa a él y logró aplicársela en el cuello.

—¡¿Qué estás haciendo?!— exclamó molesto, empujándola, provocando que cayese al suelo golpeándose la cabeza con una mesa.

En ese instante, todo el equipo del laboratorio que hasta antes se había limitado a observar, se lanzaron sobre él, forcejeando, sujetándolo como podían. Iltar los sacudía como si fueran hojas, y sólo tras una lucha desesperada lograron arrojarlo dentro de la celda de contención.

Encerrado, Iltar golpeó los cristales con su puño izquierdo. Las vibraciones eran tan fuertes que pequeñas grietas comenzaron a formarse en la superficie del material de polímero reforzado.

—¡Iltar, basta!— gritó la Doctora—. ¡No me hagas llamar a seguridad!—

Aunque la Dra. estaba dispuesta a hacer sonar la alarma de emergencia, no tuvo que hacerlo, pues el tranquilizante había empezado a surtir efecto sobre él. Su respiración se desaceleró, y las venas que habían emergido como hiedra extraña bajo su piel comenzaron poco a poco a desaparecer.

A los pocos minutos cayó desvanecido, perdiendo la conciencia por horas. Cuando abrió los ojos pudo ver que el lugar estaba repleto de figuras que, por su estado no logró reconocer por completo. Se movió un poco antes de que su cubículo se llenase de un gas tranquilizador, que lo hizo volver a dormir.

Cuando volvió a abrir los ojos, la sala estaba en silencio. Frente a la celda, en una silla, estaba Seage, con los codos sobre las rodillas y una mirada cargada de preocupación.

—Tranquilo, ya no van a rociarte con más gas.— dijo con tono relajado—. Al menos no si te comportas.—

Iltar se incorporó lentamente, aún aturdido.

—Seage…no entiendo lo que está pasando. No recuerdo nada…—

—Es normal, el sedante y el gas suelen tener esos efectos secundarios en altas dosis. Dime, ¿qué es lo último que recuerdas?—

—Estaba en Belmopán, protegiendo al escuadrón, llegó Bravo con su pelotón, luchamos contra los Violets, luego uno creo que emitió un pulso, o algo similar y luego… luego llegué aquí, con mi madre en brazos…y ahora estoy contigo.—

Seage suspiró.

—Después de la misión, llegaste a la base cargando el cuerpo de tu madre. Fuiste al laboratorio, pediste la cremación, y cuando te dijeron que necesitaban autorización te descontrolaste. No quisiste entrar al cubículo, Fey te inyectó un tranquilizante, la empujaste…atacaste a todo el equipo de científicos, a duras penas lograron meterte, una vez adentro casi rompes la celda con tu brazo izquierdo, después te dormiste por el sedante. Al despertarte, tus signos vitales se dispararon, tuvieron que rociar gas para neutralizarte nuevamente. Eso fue hace cinco horas.—

—¿Qué?, no recuerdo nada de eso.—

—Lo sé. Por eso te traje esto.— Seage activó una pantalla holográfica, reproduciendo las grabaciones de seguridad. Iltar observó en silencio. Su propio rostro, desfigurado por la ira y el dolor, le parecía ajeno.

—¿Cómo está Fey?—

—Bien, asustada, pero sin heridas graves. Está descansando. Me pidió que no te culpara, aunque déjame decirte que está nerviosa, Iltar.—

—¿Y mi madre?—

—Sigue esperando…sólo tú puedes dar la orden.—

Iltar bajó la cabeza, permaneciendo así unos segundos, hasta que finalmente murmuró.

—Quiero despedirme. Llévame con ella, por favor.—

Seage asintió y pulsó el código para abrir la puerta. Tras recuperarse, siguió a Segae hasta el cuarto de cremación, donde estaba preparada su madre, para que le diera el último adiós. Su cuerpo yacía sobre la camilla de acero, envuelto con una sábana limpia. El aire estaba en calma, cargado de un incienso suave que apenas lograba esconder el olor a químico.

Iltar se arrodilló junto a ella. Le acarició el cabello, le colocó un relicario pequeño sobre el pecho y le dio un tierno beso en su frente.

—Perdón por no llegar antes…perdón por no quedarme. Te amo, mamá.— le susurró mientras las lágrimas morían en su inexpresivo rostro.

Se alejó, la vio por última vez, y tras despedirse de ella en su pensamiento, activó la secuencia. Las compuertas del horno se abrieron, y lentamente, la camilla ingresó. Iltar no parpadeó, observó hasta el último segundo, hasta que el cierre selló todo.

-VIII-

El lugar se llenó de un tóxico silencio, interrumpido por el sonido del cuerpo consumiéndose por las llamaradas. Seage se le acercó por detrás.

—Tu situación…aún se está discutiendo. Tu comportamiento preocupó a todos, pero si algo puedo hacer para ayudarte...— fue interrumpido.

—Lo entiendo.— respondió Iltar, sin girarse—. Nunca fue mi intención lastimar a nadie. De verdad.—

Seage colocó su mano firme y cálida sobre su hombro.

—Lo sé, muchacho. Lo sé.—

Al terminar la ceremonia Iltar fue escoltado por Seage hasta su habitación. Al llegar al laboratorio se encontró un paraje desértico, no había nadie, ni siquiera las mismas personas que se quedaban hasta el final con él.

—Mañana sabremos qué es lo que se ha decidió en cuanto a tu comportamiento.—

—Gracias...—

—¿Por qué?— cuestionó desconcertado.

—Por creer en mí y dejarme despedir a mí madre.—

—No me debes las gracias por lo segundo, quien dio la autorización fue el Coronel Zapata, y, bueno, la verdad, aunque nadie lo diga, sé que todos creen que no tuviste la intensión de lastimar a nadie.— se quedó en silencio por unos segundos—. Mejor intenta dormir, ha sido un día muy pesado y largo.—

—Lo intentaré, gracias, otra vez.—

—No pasa nada, hijo. Descansa.— activó el botón sellando por completo la habitación.

Iltar, sin más que hacer, se acostó e intentó conciliar el sueño, cavilando sobre lo ocurrido, en cómo no recordaba nada y en cómo pudo haber perdido el control, lastimando a personas, en especial a Fey.

IX—BRECHA—IX

Iltar se quedó profundamente dormido, aunque no hubo soñado nada, o no que él recordase. Un pequeño malestar en su ojo izquierdo se había manifestado mientras aún dormía, no era lo suficientemente molesto como para hacerlo despertar, pero con el paso del tiempo este fue incrementando, al punto en el que se volvería intolerable. Antes de despertar por el dolor, el sonido de una alarma que se transmitió por los altavoces del laboratorio lo hizo despertar de golpe, desconcertado por la alarma que no había escuchado antes.

Se incorporó de golpe, respirando con fuerza. Su visión tardó un par de segundos en ajustarse a la oscuridad, y luego al resplandor rojo de las luces de advertencia que inundaban la zona.

[Nivel de amenaza: Crítico]

[Múltiples Violets detectados]

[Zonas comprometidas: laboratorios - hangar principal, cuarto de mando]

—¿Qué mierda está pasando?— dijo en voz baja, poniéndose de pie tambaleante.

El dolor del ojo no cedía, sino todo lo contrario, aumentó tanto que de no haber pasado tiempo conviviendo con él antes, le hubiese sido imposible moverse, pues le palpitaba con fuerza, como si algo quisiera salir expulsado de su ojo.

Se apresuró a ponerse su desgastado traje, para inmediatamente después salir del cuarto de contención, sólo para encontrarse un escenario que lo dejó sin palabras. El corredor del laboratorio estaba hecho pedazos. Las puertas de acero estaban arrancadas, las luces parpadeaban como si fueran velas moribundas, y el suelo estaba salpicado de sangre y fragmentos de armamento.

—¡¿Fey?!, ¡¿Dra. Shang?!, ¡¿Seage?!— gritó mientras atravesaba lo que quedaba del pasillo.

Sin respuesta alguna, decidió apresurar el paso, percibiendo a la distancia ecos deformes de los lamentos que se apagaban en la lejanía. En un punto comenzó a ver cuerpos destrozados de forma similar a como suelen dejarlos los Violets. Corrió esquivando varios cuerpos inertes de soldados y personas que no había tenido oportunidad de conocer. En la esquina noreste del laboratorio, donde alguna vez hubo un muro de contención reforzado, fue sustituido por un gran agujero, como si una criatura hubiera devorado el metal desde adentro.

Iltar se acercó con rapidez, y sin dudar lo atravesó. Cayó rodando entre cables, herramientas y placas metálicas. El pasaje lo condujo a la planta baja de la nave, la sección donde se guardaban los vehículos terrestres.

Al reponerse observó a decenas de Violets trepando sobre los vehículos y desmembrando a los soldados, aplastando cráneos contra el concreto, destrozando blindajes con garras negras como navajas.

Sin arma en mano, Iltar avanzó con cautela entre los restos destrozados de lo que alguna vez fue la planta baja del hangar. El lugar estaba invadido por un olor ácido, a sangre y ozono, y la penumbra oscilaba bajo las luces de emergencia

que parpadeaban como el último aliento de una vela. El suelo temblaba con cada impacto, cada explosión amortiguada y cada grito que se desvanecía demasiado rápido.

De un momento, logró distinguir de entre el caos una voz que le resultó familiar al instante.

—¡Quédense detrás de mí!— gritó Seage con el tono autoritario de siempre, aunque ahora con un matiz de desesperación.

Iltar se apresuró hacia el sonido, hasta que dio con él, quien se encontraba en medio del caos, entre escombros y maquinaria humeante, defendiendo la posición con su rifle descargando ráfagas contra una oleada interminable de Violets. Su armadura estaba desgarrada en múltiples partes, y su brazo izquierdo sangraba. A su espalda, acurrucados y temblorosos, estaban la Dra. Shang, Fey y el resto del equipo de científicos.

—¡Iltar! ¡Llévatelas! ¡Ahora!— gritó Seage al verlo—. ¡Todos, corran con él!, ¡vamos!—

Iltar corrió hacia su posición sin pensarlo, su corazón latía con una furia abrasadora, no podía esperar por rencontrarse con Fey, para ponerla a salvo. Estando cerca estiró los brazos hacia ella, estando tan cerca, a un paso, a una palabra, mas no llegaron.

Un rugido, una vibración, y luego un estruendo. El techo colapsó sobre ellos. Como se encontraban un nivel abajo del laboratorio, el cubículo de detención fue lo que terminó por interponerse entre Iltar y el grupo.

—¡No!— gritó Iltar, golpeando desesperado la pared de cristal reforzado que aún quedaba entre ellos.

—¡Iltar, ayúdanos por favor!— suplicó la doctora Shang, con el rostro lleno de polvo y sangre.

—Iltar...tengo miedo...— dijo Fey, con la voz quebrada, aferrándose al vidrio, colocando sus manos contra el cristal.

Iltar retrocedió un paso y luego embistió con el hombro, utilizando su brazo izquierdo, aquel que la mutación había alterado. Lo sintió vibrar, fuerte, poderoso. Golpeó una y otra vez, dejando fisuras en la estructura, aunque no consiguió destruirlo a tiempo.

Entonces, antes de que volviese a impactarse, observó una sombra más grande que el resto, una sombra que le pertenecía a un Violet superior. Del humo y la oscuridad, el Violet superior emergió como un demonio esculpido en sombras, con tentáculos que palpitaban como raíces hambrientas, y un exoesqueleto que parecía absorber la luz misma. Su tamaño duplicaba al de Seage, pero no fue eso lo que congeló el tiempo, sino su presencia, la quietud antinatural que precedió al acto brutal.

Seage, aún de pie, con el brazo sangrando, las piernas temblando y el rostro cubierto de sudor, no retrocedió.

—¡Quédense atrás! ¡Sigan corriendo!— gritó, mientras retrocedía un paso, cubriendo al grupo con la espalda curvada y el rifle aún firme entre sus manos.

El Violet no rugió, no gritó, no emitió sonido alguno, simplemente desapareció de su sitio y reapareció a centímetros de Seage. El primer golpe fue invisible, un tentáculo largo y dentado le atravesó el abdomen, elevándolo en el aire con un chasquido húmedo. El cuerpo de Seage convulsionó, pero incluso así, disparó su rifle hasta que las

balas se agotaron, dejando salir un último grito más parecido a una orden que a un alarido.

—¡Corr...!— no terminó.

Otro tentáculo le atravesó el casco y su mandíbula, saliendo por la coronilla, desfigurando su rostro de manera instantánea. Los ojos aún se movían, aún lo veían todo. Iltar gritó tras el cristal, sus puños golpeando con desesperación.

—¡Seage! ¡No!—

El cuerpo aún suspendido fue brutalmente arrojado contra el suelo, y cuando Iltar pensó que no podía ser peor, el Violet se abalanzó sobre él como una bestia hambrienta, desgarrando el brazo derecho, que fue arrojado hacia un rincón como un juguete roto.

La sangre salpicó el cristal, e Iltar ya no podía ver con claridad. Sólo los restos, sólo la sombra, sólo un último estremecimiento en el pecho de Seage antes de que el Violet hundiera su rostro en él, como un animal alimentándose de su presa.

—¡Seage!— exclamó golpeando hasta sangrarse las manos.

Fey gritó al ver cómo las criaturas rodeaban a la Doctora. Puso ambas manos contra el cristal, pero antes de poder decir una palabra más, una criatura menor saltó sobre ella. Llevándose consigo todo su cuerpo, dejando sólo un brazo, que quedó pegado al cristal, aun temblando, con los dedos extendidos hacia Iltar.

La sangre lo cubrió todo. Iltar no pudo hacer más que ver cómo Fey, la Dra. Shang y Seage eran brutalmente devorados por los Violets. Iltar se quedó en blanco, petrificado por la escena, y entonces, una criatura se acercó a

la barrera, una más grande que las otras, con ojos múltiples y una sonrisa desgarradora. Se pegó al cristal, observó a Iltar con detenimiento, y dijo con voz espesa, cavernosa: “Gracias por la comida”.

Tras unos segundos de gritos, disparos, el crujir de huesos y el sonido húmedo de la carne siendo desgarrada, el lugar quedó en completo silencio. La estructura volvió a temblar, anticipando otro colapso.

Un derrumbe que enterró por completo el otro lado, bloqueando la vista con concreto y vigas de metal. Iltar quien aún no podía procesar lo que había visto, cayó de rodillas, sus manos temblaban, y respiraba como si le faltara el aire. Cerró los ojos con fuerza, mas las imágenes estaban grabadas, y ardían en sus párpados como fuego.

Permaneció atónito por varios minutos, hasta que algo dentro de sí le hizo querer saber qué es lo que había ocasionado todo, quería respuestas y, sobre todo, quería venganza. Sin opción, retrocedió y buscó una nueva salida. Halló un agujero en la pared sur, parcialmente cubierto de cables y vigas torcidas. Se arrastró por él, jadeando, hasta llegar a la sala de reuniones, convertida ahora en otro campo de batalla olvidado. Cadáveres de soldados yacían esparcidos por el suelo, algunos destrozados más allá del reconocimiento.

Tomó un rifle semiautomático del cuerpo de uno de ellos, con sus manos temblorosas y empapadas de sangre fresca que resbalaba por su antebrazo.

Se puso en pie y, con el arma lista, se dirigió hacia la sala de vigilancia, esperando encontrar grabaciones, respuestas, cualquier cosa que le dijera algo. Avanzó hasta

llegar a la sala de vigilancia, que no era más que un cementerio de tecnología destruida.

Monitores rotos, cables colgando como intestinos metálicos, luces parpadeando sin sentido. Iltar caminó entre los restos, jadeando, aun temblando por lo que acababa de presenciar, sin poder hacer nada, sintiéndose impotente.

Buscó por todas partes algo que aún funcionase, en eso, de uno de los rincones del lugar emergió un Violet menor, encorvado, como si supiera que ya no importaba esconderse. Iltar al verlo le apuntó con precisión, y disparó, mas ninguno de los disparos lograron derribarlo, y el Violet, en lugar de atacarlo, arrojó hasta sus pies un monitor aún encendido, con cables chispeando.

Iltar detuvo el monitor con un movimiento seco de su pie. Al ver el monitor, este comenzó a mostrar un vídeo, la grabación de las cámaras de seguridad del lugar, mostrando lo sucedido horas antes del ataque.

Mostraba un cuerpo caminando, firme, decidido, por los pasillos que conectaban la zona de los laboratorios con el centro de mando. Iltar con dificultad pudo distinguir la figura, aunque al hacerlo se negó rotundamente a creer lo que estaba viendo.

—No…— susurró, incrédulo.

En la imagen, se veía a sí mismo levantarse de la cama en medio de la madrugada, con los ojos brillando de forma tenue, el rostro inexpresivo, casi ajeno. Se desplazó por los pasillos como si supiera exactamente lo que hacía. Entró a la zona de vigilancia, eliminando al instante a todo el personal presente, de una manera inhumana. En la grabación, de regreso al pasillo, se encontró con el Coronel Zapata.

—¿Iltar?, ¿qué haces aquí?— preguntó Zapata.

—Vine a reportar una falla en las cámaras del laboratorio.— respondió con tono tranquilo y convincente.

Zapata, cansado, simplemente asintió y lo dejó pasar. Una vez se aseguró que nadie más estaba cerca, se dirigió hasta el centro de control de la base, en donde hizo lo mismo que en el anterior al entrar, acabó velozmente con todos los presentes, sólo para después poder acceder a los controles del campo de energía invisible que protegía la base, desactivándolo por completo.

A pesar de haber asesinado a más de 16 personas, no hubo ninguna alerta, nadie tuvo tiempo de hacerlo, y al interactuar con el equipo se aseguró de no levantar sospechas, usando el identificador del encargado, su ojo y su mano. Al terminar, se quedó inmóvil por unos instantes en medio de los cuerpos sin vida del personal, observando fijamente a las cámaras, como si supiera que estaba siendo vigilado.

En el video mostraba como Iltar tras haber desactivado el campo de energía, caminó de regreso a su habitación, acostándose y cerrando los ojos como si nada hubiera ocurrido, después, el vídeo se repitió.

Antes de que pudiera hacer nada ante lo que acaba de ver, el Violet destrozó el monitor con uno de sus tentáculos, postrándose a pocos centímetros de él.

—Tú…— dijo el Violet con voz distorsionada, como si una conciencia distinta lo habitara, como si fuese un simple mensajero.

Iltar no podía procesar nada. En su mente no podía entender cómo había sido él mismo el responsable de lo

ocurrido, de ser él mismo el traidor. La criatura se acercó más, pero antes de que pudiera continuar, Iltar se adelantó y se abalanzó contra ella, y con una fuerza que no reconocía como suya, lo tomó por el cuello, esquivó un zarpazo, y le arrancó una de sus pinzas de cuajo. El Violet chilló, pero Iltar no se detuvo.

Con ambas manos le clavó la pinza en la garganta, y la empujó hacia adentro, hasta que sintió romper carne, hueso, cartílago, luego, una explosión de sangre púrpura lo bañó desde el torso hasta la cabeza.

El Violet, convulsionando, ya sin vida, continúo sufriendo de ataques por parte de Iltar, quien continuaba golpeándolo con sus puños desnudos, y sin visión clara de lo que hacía, dejándose llevar por la furia que sentía.

Así siguió, hasta que las lágrimas comenzaron a deslizar la sangre sobre su rostro, hasta que el cuerpo del Violet empezó a desvanecerse, disuelto por el fin del evento ultravioleta.

Al final, Iltar quedó sólo, de rodillas, en medio de los cuerpos de los hombres que él mismo había asesinado y rodeado de cristales, cables y pedazos de los equipos del lugar. No se movió, no gritó, no hizo nada, sólo se quedó arrodillado, en penitencia por actos que él jamás cometió.

Tras varios minutos en total silencio, un sonido de fondo irrumpió en sus oídos, era el zumbido de motores que anunciaban la llegada de un transporte de rescate. Un escuadrón descendió con armas en alto, buscando sobrevivientes. Buscaron por todas partes, entre los escombros y los cuerpos apilados algún superviviente, hasta que entraron a la sala de vigilancia, en donde lo encontraron postrado al centro de todo el caos y la masacre.

Uno de ellos se acercó y le preguntó, sin entender lo que veía.

—¿Qué demonios pasó aquí?—

Iltar alzó el rostro manchado de sangre humana y no humana, con sus ojos rojos de dolor, y con la voz ronca y rota dijo: “Los extinguiré. A todos”. A los pocos minutos una sombra cubrió el lugar, intercediendo con una voz familiar.

—Oye, niño…— dijo Bravo detrás de él.

Iltar se levantó con violencia, su mirada encendida de furia y dolor, y se lanzó directo hacia el hombre.

—¡Vuelve a decirme algo y te juro que será tu última palabra!— espetó, con el brazo izquierdo temblando como una cuerda tensa a punto de romperse.

Bravo no se inmutó. No retrocedió, sólo lo miró, firme, y con voz grave le respondió: “No fue tu culpa”. Iltar se detuvo, como si esas palabras hubieran cruzado una barrera que ni los golpes ni la sangre habían tocado. Retrocedió, respiró agitado, cerró los puños y se alejó en silencio. No lloró, pero algo en su mirada se quebró aún más.

Poco después, soldados de Bravo lo escoltaron hasta un módulo improvisado en el ala menos afectada del complejo, donde lo esperaría la proyección del Director de la zona americana del CMEI.

—Iltar. Es grato conocerte, aunque no bajo estas circunstancias.—

—¿Quién es usted?— dijo mientras observaba con rechazo su proyección holográfica.

—Soy un Director del CMEI, encargado de la zona de América. Dadas las circunstancias de lo sucedido, me parece que debemos hablar seriamente, pero antes, ¿sabes qué fue lo que ocurrió y si alguien más logró sobrevivir al ataque?—

Iltar guardó silencio y agachó la mirada.

—No, no sé qué fue lo que sucedió. Yo estaba dormido cuando todo comenzó, el sonido de la alerta fue lo que me hizo despertar, y al salir el lugar ya estaba infestado de Violets. Nadie más sobrevivió.—

Bravo quien no creía en sus palabras, lo cuestionó.

—Seguro que Seage ha de estar en el otro extremo de la base. Conozco muy bien al desgraciado sé que…— fue interrumpido abruptamente por Iltar.

—Dije que nadie más sobrevivió...vi como los Violets devoraron a todos. Seage, la Doctora Shang y a Fey. Y si no han encontrado nada de Palmer, del Coronel Zapata ni del General Secretario, es porque no quedó nada de ellos que pueda ser identificado.—

Bravo golpeó con fuerza uno de los pilares del lugar, descargando su ira de haber perdido a su amigo, a su único amigo.

—¿Y tú?, ¿dónde mierda estabas?, ¿dónde estabas mientras todos luchaban con su vida?—

—Yo salí en la noche hacia la base Ventrez, se me encargó la misión de escoltar de regreso al Dr. Sostakovish. Tras recogerlo y estar en rumbo de regreso, nos percatamos de que se avecinaba el evento, así que nos refugiamos en un búnker cercano. Fue entonces cuando recibimos la señal y decidimos movernos apenas fue seguro.—

—Alguien alcanzó a activar una señal de emergencia desde la base Midway, la señal fue recibida por las demás bases y por el centro de mando del CMEI, es la primera vez que se utiliza, por lo que supimos que la situación debió haber sido crítica. Apenas terminó la noche ultravioleta, organizamos el operativo y llegamos tan rápido como pudimos.— agregó el Director.

En medio de la conversación se hizo presente un hombre de estatura mediana, cabello blanco corto y ojos grises, con una bata blanca manchada de tierra y tinta. Era el Dr. Sostakovish.

—Iltar, ¿verdad? Me han hablado mucho de ti.— extendió su mano para saludarlo, mas no fue correspondido.

En ese momento, mientras Iltar intentaba cuadrar todo en su mente, la punzada de su ojo se hizo presente, haciendo que cerrara los ojos por un segundo, al abrirlos entró en una especie de visión que le reveló algo importante.

Primero hubo oscuridad, una oscuridad espesa, orgánica, como si la visión misma estuviera envuelta en una placenta de sombras. Luego, un zumbido, profundo y resonante, comenzó a vibrar en su oído, como un canto ahogado o una oración antigua que no pertenecía al lenguaje humano.

A través de esa negrura comenzó a abrirse un paisaje húmedo y espeso, cubierto de maleza. El aire parecía podrido, como si el tiempo se hubiese detenido y todo estuviese en descomposición; el suelo era negro, pulposo, y a cada paso invisible que daba, se levantaban pequeñas esporas luminosas, como si la tierra respirara a través de ellas.

En el centro de ese paraje olvidado por Dios, estaba un acelerador de partículas, lo recordaba, era idéntico al que vio cuando era un niño. Luego, con un destelló apreció la EEI, una torre semicircular de metal corroído, saliendo de la tierra como los huesos expuestos de un titán. Sus anillos estaban cubiertos de runas tecnológicas que parpadeaban intermitentemente con una luz violácea, y giraban muy lentamente en diferentes direcciones, como si el tiempo dentro de ellos no obedeciera a las leyes físicas normales.

La estructura parecía rota, incompleta, pero viva. Raíces y enredaderas se habían fusionado con partes del metal, como si el bosque mismo intentara digerirla o protegerla. Cada tanto, una descarga de energía violeta atravesaba los anillos, y durante un parpadeo, Iltar veía las siluetas de los Violets que se retorcían sin emitir sonido alguno, como si fuesen almas engullidas por la máquina, congeladas en una danza de sufrimiento perpetuo.

A su alrededor, en medio de la vegetación, había símbolos tallados en rocas antiguas, semejantes a las cruces curvas que había visto en el pueblo maldito de Andrés, recordando su significado, aunque no tenía del todo claro si eran de advertencia o de adoración.

Iltar dio un paso más, y al acercarse, el acelerador pareció reaccionar. Una de las compuertas se abrió lentamente con un crujido seco y oxidado, revelando un pasillo interno. En el fondo de ese pasillo un ojo lo observaba, y entonces todo colapsó.

Antes de que la visión se deshiciera por completo, una voz susurró desde dentro del metal: “Ven”.

Entonces, abrió los ojos nuevamente jadeando, con las venas de su ojo y brazo izquierdo ardiendo. Todo lo que vio fue en apenas un suspiro para los demás.

—Llévenme al acelerador.— interrumpió Iltar, con voz firme.

Todos los presentes se miraron con incomodidad.

—¿De qué hablas?— preguntó confundido el Doctor.

Iltar guardó silencio al ver las reacciones que evocó en los demás.

—¿Sabes algo que nosotros no?— cuestionó el Director.

—Acabo de ver algo en mi cabeza, una especie de imágenes, como visiones de un dispositivo que intentaba activarse. Estaba rodeado de maleza, como si nadie lo hubiera tocado en años.—

Sostakovish entrecerró los ojos.

—Eso que describes suena al acelerador de partículas de la Estación Espacial.—

—Entonces llévenme.— dijo sin dudar.

—No se puede.— intervino el Director—. El campo electromagnético del núcleo de la EEI interfiere con cualquier propulsor o señal, desactivando kilómetros antes cualquier especie de dispositivo. Es por eso por lo que nadie ha logrado llegar desde el primer día del suceso, no porque no se haya querido, sino porque simplemente no se puede.—

Iltar apretó los dientes.

—Entonces llévenme al de aquí, al de América.—

—¿Qué piensas hacer una vez estes allí?— cuestionó el Doctor.

—No lo sé, pero algo debo poder hacer, siento que la respuesta está en alguno de los aceleradores de partículas. Quizá al encenderse, así como deja que esas bestias lleguen a nosotros, pueda llevarme hasta la EEI, o mejor aún al lugar de origen de los Violets.— respondió Iltar—.

—Interesante, nunca antes hemos explorado esa posibilidad.— comentó el Director.

—No porque no hay ninguna evidencia científica que respalde esa hipótesis.—

—Eso y porque no hemos estado dispuestos a enviar a hombres para que arriesguen su vida sólo para intentar probar algo tan absurdo como eso.—

—Yo sé lo que les digo. Es la primera vez que tengo esas visiones, y si no están dispuestos a arriesga la vida de nadie, entonces iré yo solo. Ya no tengo nada más que perder.—

El lugar se llenó de una tensión incomoda, nadie era el enemigo, mas parecía que todos estaban actuando como si lo fueran. Entonces, Bravo rompió el momento con un gesto, tomó del hombro a Iltar y le dijo: “No irás solo. Yo te escoltaré”.

—No necesito un niñero.—

—Tienes razón, pero tampoco necesitas morir, mucho menos solo. Yo tampoco tengo nada más que perder.— respondió Bravo con dureza—. Además, conozco a la perfección el camino para llegar al acelerador de partículas, solía recorrerlo de niño, y durante mis años de entrenamiento realicé cientos de simulaciones y misiones en la zona. Te

puedo asegurar que no hay nadie que conozca mejor el camino que yo.—

Iltar dudó por un instante.

—¿Por qué ayudarías a alguien como yo?—

—Porque quiero vengar la muerte de Seage, de todos los que perdimos aquí, y porque tú eres lo único que aún puede llevarnos a respuestas.—

Iltar sin decir nada, le dio a entender que aceptada su ayuda con un sutil movimiento de cabeza.

—Está decidido. Cuando lo indiquen el transporte estará esperándolos.— dijo el Director.

—¿De verdad?, ¿no debe consultarlo o solicitar permiso al resto del CMEI?— cuestionó Iltar, conociendo muy bien el funcionamiento burocrático.

—No. Porque yo soy la máxima autoridad dentro del CMEI, al menos de este lado del mundo.— respondió con ironía.

—Entonces, qué, Iltar, ¿estás listo para vengar a todos?— preguntó Bravo con tono retador.

—Sí. Acabemos con esto de una buena vez.—

Iltar fue escoltado hasta un campamento improvisado donde habían recuperado algunas cosas de la base, entre ellas su casillero de la armería. Sus ojos se cerraron por un instante. La imagen de Seage, desgarrado entre los Violets; Fey, gritando su nombre; su madre inmóvil, con la mirada perdida en el más allá, le vinieron a la mente, todo en silencio, todo en sombras que parecía nublar el juicio de quien alguna vez lo tuvo todo.

Sin mucha adulación abrió el casillero, encontrándose con otro traje, uno de repuesto en caso de que el primero quedase inutilizado. Lo observó en silencio, tomó las piezas una por una y comenzó a colocárselas.

Primero, el núcleo torácico, que se cerró con un sonido hidráulico. Luego, los refuerzos del abdomen, piernas, y el brazo derecho. Al llegar al izquierdo, notó cómo las venas alteradas parecían reaccionar al contacto del material, adaptándose, casi fundiéndose con la tecnología, donde la articulación de la hombrera y la protección del antebrazo emitieron un leve resplandor violáceo.

Después se ajustó los guantes, cargadores magnéticos y fundas laterales. Revisó con manos firmes las placas, las uniones, pues todo debía estar perfecto, sabía que no habría una segunda oportunidad, no en aquella ocasión.

Finalmente, tomó el casco, uno diferente al que portaba antes, este tenía un diseño aerodinámico, con el visor completo que se activaba con el contacto del iris. Iltar lo sostuvo unos segundos frente a sí, vio su reflejo en el cristal y apenas se reconocía.

Tras unos minutos terminó por colocárselo. El visor se encendió con un destello violeta que recorrió sus bordes. En segundos se proyectaron datos, rastreadores, canales de voz, espectros visibles e invisibles, su visión se transformó en una sinfonía digital.

Abrió el compartimiento inferior de su casillero y retiró un arma, una carabina de plasma integrada con cuchilla táctica. La revisó, la cargó, y colocó la culata sobre su hombro, también, tomó 8 granadas de pulso y una daga, pues sabía que, si algo le pasaba a su arma principal, esta sería lo único que lo separaría de terminar en trozos dentro del estómago de un Violet.

Antes de salir, sacó la inyección que le había dado Fey, su único recuerdo físico de ella, y aunque no tenía pensado usarla, aun así, la administró dentro del sistema del traje, para que, en caso de que la situación fuese crítica, pudiera usarla con un simple y rápido gesto durante la batalla.

Caminó hacia lo que quedaba del hangar de la base, en donde se encontró a Bravo quien lo esperaba a un lado del helicóptero que los llevaría a ambos, fumando un puro, disfrutándolo como si fuese el último.

—Vaya, pensé que te ibas a ir en pijama.— gruñó con una media sonrisa.

Iltar no respondió, sólo caminó, determinado, hacia el transporte, con su arma cargada y la sombra de todos sus muertos marchando con él. El helicóptero sobrevolaba un paisaje devastado, la ciudad había sido abandonada por ser el epicentro del evento, provocando que un gran número de Violets emergieran en un radio de cientos de kilómetros a la redonda. El cielo estaba teñido de un violeta enfermizo, como si una tormenta perpetua hubiese sellado el firmamento. Las

hélices cortaban el aire con violencia, pero a pesar del ruido, Iltar sólo escuchaba los latidos de su ojo izquierdo, palpitaciones profundas, avisos que su cuerpo emitía como si ya no le perteneciera del todo.

Bravo iba sentado frente a él, revisando su rifle y cuchilla con una concentración casi ritual. Ambos sabían que no había margen para errores, que de fallar no tendrían otra oportunidad, ni siquiera de salir con vida.

—Estamos entrando en zona roja.— anunció uno de los pilotos—. Prepárense para el descenso.—

Justo cuando había iniciado el descenso, el efecto comenzó una vez más, sin respetar las reglas no escritas de su llegada cada domingo. El ojo de Iltar ya le había anticipado el suceso, sus cascos comenzaron a sonar con gran intensidad, al punto de parecer que estallarían.

Un pulso violáceo recorrió la atmósfera, como un latido de la misma realidad. Las sombras comenzaron a moverse, a extenderse, a retorcerse. Desde la línea de los restos de lo que una vez fue una gran capital humana, comenzaron a surgir los Violets como un enjambre ancestral. Algunos menores, otros avanzados, con cuerpos como armaduras biológicas y rasgos no estudiados.

—Bájennos ahora mismo, antes de que algún desgraciado active su pulso electromagnético e inutilice el motor.— gritó Bravo al piloto.

El helicóptero aterrizó con una sacudida brutal, levantando tierra y polvo. Sin perder tiempo, Iltar y Bravo saltaron, armas listas, y abrieron fuego contra las primeras criaturas que se balancearon sobre ellos.

Los cuerpos crujían y se deshacían bajo las balas, pero el avance era incesante. Cada Violet caído era reemplazado por dos más, luego por cuatro, hasta que al poco tiempo se volvió en una ecuación exponencial.

Mientras eliminaban a sus enemigos, fueron buscando avanzar a través de las abandonadas calles de la ciudad.

—¡La entrada está ahí!— señaló Bravo—. ¡Rápido!—

Ambos corrieron, cubriéndose mutuamente hasta conseguir llegar hasta las puertas principales del complejo subterráneo donde se encontraba el acelerador de partículas, pero una de las criaturas avanzadas, de gran tamaño y forma semi-humana, descendió frente a la entrada con un golpe sordo, bloqueándola por completo. Su carne parecía estar hecha de un material impenetrable, y sus ojos brillaban con un color púrpura intenso.

—No pasarán.— dijo la criatura, con una voz que retumbó dentro del cráneo de ambos.

—¡¿HABLÓ?!— gritó Bravo, retrocediendo—. ¡¿ESA MALDITA COSA HABLÓ?!—

—Y no sólo eso...—murmuró Iltar, tensando su arma—. También parece sabe que venimos por algo.—

Ambos abrieron fuego sin dudar, mas las balas no parecían afectarle en lo más mínimo, e incluso los disparos concentrados no hacían más que dejar leves quemaduras en su piel.

La criatura se abalanzó con velocidad animal, y ambos apenas lograron esquivar su embestida. Cayendo entre

escombros, Bravo miró a Iltar con seriedad y un toque de resignación.

—Nunca creí decir esto, pero…creo que deberíamos correr en lugar de luchar.—

—¿¡Qué!?— lo miró como si se hubiera vuelto loco.—

—¡Confía en mí! ¡Somos más rápidos, esa cosa es grande, pero no tan ágil!—

Mientras estaban ocultos sobre los escombros, buscaron a su alrededor un mejor lugar en donde reposicionarse, cuando de repente, sus cascos les indicaron un camino que conducía hasta una escotilla secundaria que daba acceso a los antiguos túneles de mantenimiento del recinto del acelerador de partículas.

—¡Allí!, detrás de esos carros y Violets.—

—¡Sí, también lo vi! ¡Tal vez funcione!—

Se miraron durante un segundo antes de comenzar a correr, asintiendo con el silencio el momento de actuar. Al salir consiguieron desviarse de la criatura, mas esta los ubicó casi de inmediato, iniciando con la persecución. Ambos eran mucho más rápidos y ágiles que el Violet, donde este sólo arrancaba trozos del suelo para lanzárselos mientras gritaba: “¡No pasarán!”.

El eco de sus pasos los seguía, pero el terreno irregular y la arquitectura retorcida del lugar jugaban a su favor. Eliminando con destreza a los Violets menores que se encontraban en su camino, lograron atravesar el caos hasta deslizarse por la escotilla antes de que la criatura pudiera atraparlos o bloquearles el acceso.

Al adentrarse cayeron por una pendiente oxidada, aterrizando entre suciedad, metal podrido y cables como raíces. El túnel estaba oscuro, pero la presión del aire indicaba que algo más respiraba con ellos allí abajo.

No hubo tiempo para siguiera un sucinto suspiro, sabían que aún no podían bajar la guardia. Limpiaron sus visores, recargaron sus armas y continuaron a través del conducto. Sus cascos les mostraron el mapa de las instalaciones del lugar, donde vieron que se encontraban cerca del acelerador.

—Estamos cerca. No nos podemos detener ahora. Sigamos.— dijo Bravo con su característica confianza.

Ambos avanzaron, rodeados por la oscuridad y por un destino que parecía más incierto con cada paso. Apenas salieron del conducto, Iltar y Bravo se detuvieron al borde del abismo.

Frente a ellos se abría un espacio circular, vasto y hundido, con varios niveles concéntricos de pasarelas metálicas, laboratorios fracturados y consolas colapsadas. El techo, antaño con cúpulas de vidrio reforzado, se encontraba estrellado, dejando entrar una luz enfermiza, azul-violeta, que parpadeaba como si el aire estuviera maldito.

Las estructuras crujían, algunas plataformas chispeaban al borde de caídas definitivas, y justo allí, al centro de todo se encontraban decenas, cientos de Violets tanto menores como avanzados, que se arrastraban entre terminales rotas, cubriendo como ratas la maquinaria científica, gimiendo, acechando; custodiando el centro del lugar, cerca de una columna circular, la entrada al corazón del instituto, el acelerador de partículas.

Parecía que no los habían visto, hasta que uno de los Violets avanzados pareció detectar la presencia de Iltar, dejando escapar un rugido que alertó al resto, quienes sin dificultad lograron ubicarlos entre la penumbra del sitio.

—¡PUTA MADRE! ¡YA NOS VIERON!—

—Entonces que vengan.— respondió Iltar, encendiendo el filo de su cuchilla secundaria.

De inmediato, la horda se lanzó sobre ellos como un mar de carne y extremidades. Iltar saltó desde el borde, aterrizando con un rodillazo explosivo sobre un Violet menor, que reventó bajo su peso. La carabina de plasma cantó, abriendo agujeros en los torsos de otros tres.

Bravo cubría desde arriba, disparando con precisión, reventando cráneos y extremidades que se acercaban a su compañero, mas por cada criatura que caía, otra surgía. Iltar giró sobre su eje, activando una granada de pulso que lanzó al centro de la oleada. La explosión no eliminó a ninguno, mas sí los aturdió lo suficiente para que con su daga y rifle los destajase a quemarropa.

Un Violet menor se le trepó por la espalda, clavándole una de sus garras en el omóplato izquierdo. Gritó, giró y lo aplastó contra una columna. Su traje chirrió, el ataque fue justo en la parte con menor protección de su traje, lo que hizo que este pudiera dañarlo.

Bravo al ver la situación de Iltar descendió con un estruendo seco sobre la sala, aterrizando de forma aparatosa, disparando a diestra y siniestra a cualquier cosa que se moviera.

—¡SABES, NO ME PAGAN LO SUFICIENTE POR ESTO!—

—¡¿A caso a ti te pagan?!— respondió con su humor casi muerto, forcejeando con otro que intentaba morderle el casco. Le rompió la mandíbula con el codo y luego lo partió con la cuchilla.

Uno de los Violets avanzados atacó. Enorme, con sus huesos expuestos como cuchillas, lanzó una onda de energía que hizo volar a Bravo contra una consola. Se arrastró, herido, con el costado sangrando.

Iltar fue tras la criatura, esquivando zarpazos, usando el entorno. Saltó sobre un riel roto, se impulsó, y descendió clavándole la hoja de su brazo izquierdo en la garganta. El Violet chilló y estalló en una nube ácida. El ácido quemó parte del casco de Iltar y el lateral derecho de su traje.

Bravo, sangrando, pero consciente, se arrastró hasta una torreta de defensa automática. La encendió manualmente y empezó a usarla como arma de cobertura, abatiendo a los que venían de la parte trasera.

—Un pequeño regalito de nuestros predecesores.—

Iltar, viendo que se estaba quedando atrás, decidió activar su habilidad, y con los reflejos desatados y el brazo infectado brillando, aumentó su velocidad, sus movimientos más bestiales que humanos, esquivó y embistió a varios de los Violets, hasta que uno avanzado lo mordió en el costado del muslo, casi rompiéndole la pierna, pero con su puño izquierdo lo atravesó desde la boca hasta el cráneo.

Otro se abalanzó sobre Bravo, desgarrándole parte del pecho. Bravo gritó, manteniendo su posición intentando no dejar de disparar. Iltar quien observó el ataque, saltó sobre el Violet, cayendo ambos al suelo. De un momento a otro, el cuerpo de la criatura comenzó a brillar.

—¡MALDITA SEA, ILTAR, CREO QUE VA A EXPLOTAR!— exclamó.

Iltar lo miró, y sin pensarlo hundió sus dedos en el pecho del Violet y lo atravesó antes de que se detonara, donde la explosión fue sólo un gemido apagado. Tras acabar con el último de los Violets, el lugar se llenó de un silencio abrumador, donde sólo el chisporroteo de los cables, el goteo de sangre, y los jadeos agónicos de ambos era la único que lo interrumpía.

El suelo quedó cubierto de cuerpos, tripas de criaturas mezcladas con restos humanos, ácido humeante que derretía partes del piso. Iltar estaba cubierto de heridas superficiales, quemaduras químicas, un corte profundo en la pierna. Bravo había perdido el control del brazo derecho, y su pecho sangraba profusamente.

Se miraron, aunque sin decirse nada. Bravo se dejó caer contra una columna, alcanzando a Iltar.

—Dios…qué bonita es la ciencia, ¿eh?—

Iltar se dejó caer al suelo, respirando hondo, su visor tenía múltiples rasguños, pero aún funcionaba.

—Si esto fue el vestíbulo…no quiero imaginar el corazón.— murmuró entre dientes.

Avanzaron por el túnel que descendía en espiral, las paredes marcadas con impactos, quemaduras y garras de tamaño inusual. La luz de emergencia tintineaba a cada paso, proyectando sombras líquidas sobre el rostro endurecido de Iltar y el semblante cansado de Bravo. Sus pasos resonaban como tambores lúgubres en un pasillo condenado.

Al llegar a la cámara del acelerador de partículas, una estructura colosal se levantó frente a ellos, como una bestia dormida construida con tecnología atemporal. Tubos circulares de acero magnetizado recorrían la sala como serpientes muertas, y una cápsula suspendida por brazos metálicos pulsaba con energía azul en su núcleo. Las paredes estaban parcialmente cubiertas de maleza y una sustancia negra que vibraba con la frecuencia del campo electromagnético.

—Es como en tu visión, ¿no?— murmuró Bravo, con su arma apuntando a las sombras.

—No...— respondió Iltar, caminando hacia el cristal de contención mientras observaba el lugar con el ceño fruncido—. No es el mismo.—

El cristal que separaba la zona del acelerador con la de la enteada del cuarto se abrió con un suspiro de aire sellado. Entraron con cautela a la cámara principal, observando como la energía oscilaba como un corazón irregular, formando siluetas de lo que parecía ser un portal.

—Tenemos que entrar.— dijo Iltar sin quitar la vista del acelerador.

—Adelante, las damas primero.— contestó Bravo, sin confiar del todo en lo que ese artefacto pudiera hacerles.

Antes de que pudieran hacer nada, escucharon el eco de un rugido colosal desde los pasillos de donde habían venido. Cientos de Violets se estaban aproximando con velocidad a su posición. A los pocos segundos emergieron todos del túnel y se abalanzaron como una ola hacia ellos. Bravo con un rápido reflejo, disparo cerca del cristal de

seguridad, lo que hizo que se cerrara de golpe, dándoles algo de tiempo.

Ambos notaron que en la oleada no sólo habían Violets menores, sino los avanzados y otra especie, una nueva, más altos, más delgados, con cráneos abiertos como pétalos y ojos que no parpadeaban.

Iltar se puso en posición de ataque, dispuesto a enfrentar a todos y a cada uno de los Violets, mas antes de que pudiera decir algo, Bravo le arrebató todas las granadas que aún conservaba con un movimiento preciso, casi quirúrgico, e inmediatamente después lo desequilibró, sosteniéndolo de la parte del cuello de su traje antes de que se cayera.

—¡¿Qué haces?!— gritó Iltar.

—Hazme un favor, ¿quieres?— dijo el capitán, con una mueca que mezclaba cansancio, resignación y determinación—. Esta vez no te quedes paralizado, niño.—

Bravo lo arrastró hasta el núcleo del acelerador y lo lanzó hacia la entrada del vórtice de energía, donde Iltar desapareció frente a sus ojos mientras él se preparaba para su última batalla. Estaba herido, cansado y sabía que, incluso aunque hubiese estado en perfectas condiciones, jamás podría salir con vida de esa situación, por lo que activando una de las granadas de Iltar, se preparó para actuar, y cuando el cristal cedió ante la horada de Violets, Bravo se lanzó sobre esta sin pensarlo, desatando una gran explosión que terminaría por colapsar todo el lugar sobre sí mismo.

Tan pronto como el cuerpo de Iltar se acercó lo suficiente al acelerador de partículas, este se desvaneció en un suspiro, transportándose a un vacío absoluto, un espacio

más mental que físico. Todo era oscuridad, pero no la oscuridad del sueño, sino la del pensamiento deformado, de los recuerdos rotos, del miedo puro.

Su cuerpo parecía intacto, y su mente vibraba como una antena rota. Un dolor sordo, eléctrico, empezó a concentrarse en su ojo izquierdo. Era como si ardiera desde dentro, como si algo lo observara desde allí, como si su propio cuerpo sirviera de anfitrión para una conciencia ajena.

Y entonces, la oscuridad se fracturó, apareciendo frente a él fragmentos de memorias, deformadas:

El rostro de su madre, sin vida.

El grito de Seage antes de ser desgarrado.

La expresión de la Dra. Shang suplicándole ayuda.

Fey gritando antes de ser alcanzada.

Su propia figura, de pie frente a los cuerpos sin vida de todas las personas que mató y murieron por su culpa.

Una criatura…con su rostro.

Un planeta devorado por las mismas sombras que lo perseguían.

Iltar, atormentado por lo que estaba viendo se llevó las manos a la cabeza, y con un fuerte grito dejó en claro su sentir.

—¡Ya basta!— su voz retumbando en un eco que no tenía paredes.

Su ojo palpitaba con fuerza, con un ritmo ancestral, como si su pupila intentara abrirse por completo, como si algo dentro de él también estuviera intentando salir.

El cuerpo de Iltar flotaba inerte, mas su conciencia hervía como un océano en ebullición. Entonces, una voz imposible, indescriptible, emergió de todas partes a la vez, como si hablara desde cada molécula del aire, desde su propia mente, desde más allá del tejido del universo.

—No nos detendremos hasta acabar con todos ustedes.—

Iltar giró sobre sí mismo, buscando el origen, algo.

—¿Quién eres?— su voz se alzó con ira.

—Somos los salvadores.— escuchó luego de un minuto de silencio.

La palabra lo congeló, sintió un escalofrío que no tenía origen físico.

—¡¿Salvadores de qué?!— preguntó con un dejo de desesperación.

—De toda la existencia.—

La rabia subió por su pecho como una llamarada viva.

—¡Lo único que hacen es asesinar!—

—Hacemos nuestro trabajo. Nuestro deber. Nuestra deuda.—

—¿¡De qué mierda hablan!?— exclamó con su voz que retumbó en la nada—. ¡Su trabajo es matarnos!—

—Erradicamos la plaga.—

—¡¿Plaga?!—

—La raza humana. Es el virus de la existencia.—

El eco de esa sentencia se repitió una y otra vez, como si lo juzgara.

—No voy a permitir eso, ¿me escucharon?— gritó, con los dientes apretados—. ¡No lo permitiré!—

—Ya lo veremos.— respondió la voz más profunda, más abismal.

Una luz tan pura que no era blanca, sino el vacío de todos los colores estalló de repente, con un rugido sordo que llenó el espacio mientras su cuerpo era arrastrado, absorbido, deformado, desintegrado y vuelto a ensamblar como un recuerdo borroso de sí mismo.

Entonces, de un momento a otro, tal y como entró por el acelerador, salió. El aire volvió de golpe a sus pulmones, y su consciencia. Iltar cayó de rodillas, jadeando, con el traje desgarrado y el sudor pegado al rostro. La gravedad artificial lo mantuvo apenas de pie. Al levantar la vista, lo reconoció, era el acelerador, pero no en la Tierra. El símbolo de la Estación Espacial Internacional brillaba en la consola, cubierto de polvo y telarañas metálicas.

Las luces titilaban como si no hubiera electricidad estable desde hacía siglos, todo parecía estar en funcionamiento, aunque demasiado olvidado, silencioso, muerto. Como pudo avanzó por un corredor iluminado por faros de emergencia pasando junto a carteles oxidados, techos abiertos por la presión, puertas trabadas por raíces secas que colgaban como nervios arrancados de un organismo artificial. Tras estar explorando el lugar encontró un panel deslizante de seguridad, con letras descoloridas que aún se alcanzaban a leer: “Sala de Observación Exterior”.

El lector biométrico estaba muerto, mas el pestillo mecánico no. Forzó la palanca con su brazo izquierdo, aplicando presión hasta que un chasquido seco anunció que se había liberado. La puerta chirrió con un lamento profundo

al abrirse, revelando una sala abovedada, circular, coronada por una gran cúpula metálica cubierta por cortinas gruesas, oxidadas, como párpados sellados durante una eternidad.

Avanzó entre consolas apagadas, sillas volcadas, vidrios rotos, todo estaba cubierto por una capa de polvo tan espesa que parecía ceniza. En el centro encontró una interfaz con energía de reserva. Puso su mano sobre el sensor, esperando una reacción y entonces la máquina respondió con un zumbido débil, pero firme. Se encendieron varias pantallas, y un pitido de arranque sonó como el latido de un corazón moribundo que aún no se rendía.

En la pantalla principal apareció: "[PROTOCOLO DE EMERGENCIA – ACCESO DE OBSERVACIÓN ACTIVADO]", seguido, un panel se abrió junto a la consola. Iltar lo miró con desconfianza, luego apretó el botón de apertura de la cúpula.

Las cortinas comenzaron a retraerse lentamente con un gemido metálico, como si se resistieran a revelar lo que ocultaban, lo que surgió después fue una visión que le cortó la respiración.

Vio a través de los espejos un planeta, mas no era el suyo, o al menos no la Tierra que él conocía. Lo que flotaba frente a él era una esfera ajada, marchita, agrietada como un desierto sin fin. Las masas continentales eran irreconocibles, cubiertas de grietas y costras rojizas, sin océanos, sin nubes, sin vida, sólo una atmósfera cenicienta, temblando con residuos de lo que alguna vez fue azul. El planeta entero parecía un cadáver.

—...No...— susurró con la voz quebrada.

Se aferró al borde de la consola, mirando fijamente, sin parpadear. Buscó mediante los equipos del lugar algún indicio, alguna señal, o frecuencia proveniente del planeta o de algún satélite, mas no tuvo éxito alguno. La computadora del lugar se lo confirmó, mostrando en la pantalla: "NO SE DETECTARON SEÑALES CERCANAS”.

Iltar cayó de rodillas ante ver el reporte en el monitor, con las manos temblorosas, viendo horrorizado cómo el lugar de la Tierra que conocía estaba ocupado por un planeta sin vida.

—Ésta no puede ser la Tierra...¿dónde estoy?—

Tras la devastadora Noche Ultravioleta el mundo cambió para siempre. Nadie sabe qué son, de dónde provienen ni cuál es su propósito, todo lo que se sabe es que parecen ser el depredador supremo, cazando con extrema facilidad a quienes solían dominar la cadena alimenticia: los seres humanos.

Iltar quien fue testigo de la noche 0, quedando marcado profundamente por el caos y la pérdida, decidió unirse al Cuerpo Militar Especial Internacional (CMEI), una unidad de élite mundial que es la única línea de defensa de la humanidad.

En la lucha contra las criaturas que acechan invisibles en la oscuridad, Iltar buscará respuestas: ¿qué son los Violets?, ¿qué provocó realmente la Noche Ultravioleta? y ¿cómo detener la inminente extinción de la raza humana?